

R. P. Fray Mario José Petit de Murat O. P.

EL AMANECER DE LOS NIÑOS

Palabras sobre la crianza de los hijos



www.traditio-op.org

Traditio Spiritualis Sacri Ordinis Prædicatorum

EL AMANECER DE LOS NIÑOS

Palabras sobre la crianza de los hijos

Fray Mario José PETIT DE MURAT, op



In. Maria Pella de Marat

PRÓLOGO

No una "maldición" sino una profética sentencia es la que Dios revela para el destino de la mujer, de Eva, como una de las consecuencias del pecado cometido en los orígenes del mundo:

Y el Señor Dios dijo a la mujer:

Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos:

Parirás a tus hijos con dolor.

Las aflicciones de la gestación, el parto hermanado al dolor, serán en adelante la carga de todo alumbramiento para la mujer.

Pero no pensemos con necesidad que aquí se habla de dolores físicos. Dios se refiere a las inquietantes zozobras, a los miedos padecidos de una

madre, cuando sabe que ha de desprender de sus entrañas y echar a un mundo entenebrecido por el pecado, un fruto que ya no podrá proteger.

Saber que se ha de entregar lo más amado, a la intemperie de un mundo que nosotros mismos hemos podrido...

¿Cómo criar, cómo educar ese brote indefenso, para que no se destruya?

Pensar en esto con angustia, bastaría para comprender el por qué de estas páginas.

Resta conocer el origen de ellas, y por eso a su autor.

Fray Petit de Murat

Se llamaba Mario José Petit de Murat y nació en Buenos Aires en 1908.

Junto a su hermano Ulyses, pasaría su juventud por la época dorada de la bohemia creativa porteña, donde alternaría con figuras como Jorge Luis Borges, Roberto Arlt, Homero Manzi, entre tantos otros.

Él, inclinado personalmente a las artes plásticas con una vehemencia decididamente vocacional, formaría de manera competente sus innegables aptitudes estéticas en el taller del pintor Juan Antonio Ballester Peña.

Pero, a los veintidós años, su vida da el vuelco rotundo de una conversión y un retorno a la Iglesia.

Ocho años después, ingresa en la Orden de Santo Domingo y es enviado para sus estudios filosóficos y teológicos a Francia y España. Regresa al país y en 1946 es ordenado sacerdote en San Miguel de Tucumán, donde se quedaría para siempre.

La docencia lo ocupa desplegando una llamativa singularidad en cátedras de la universidad católica y estatal de la provincia. Sus palabras allí dan la precisa definición de las cosas, mostrándolas a los ojos de la inteligencia tan nítidas como el blanco y el negro de ese su hábito dominico.

Pero es la encendida y vigorosa oratoria del púlpito y la paciencia misericordiosa y desvelada del confesionario las que hacen de su sacerdocio una personalidad convocante en aquellos tiempos iniciales de extravíos, crisis y quiebra de esta tierra.

Como breve paréntesis, un bienio residirá en Buenos Aires al ser designado Maestro de novicios y estudiantes de la Orden dominica.

Pero al fin, con el pasar de los años sacerdotales, una insoslayable vocación lo lleva a retirarse de los esterilizantes ajetreos urbanos, dedicándose los dos últimos años de su vida a la atención y cuidado de una capilla en el campo tucumano, donde lo encontrará la muerte a los sesenta y dos años cumplidos.

Como escribiera en su momento el maestro Leonardo Castellani:

"Mucho siento la desaparición del P. Petit de Murat. Sus ensayos no me consuelan antes me desconsuelan al ver lo que hemos perdido. En fin, él nos ayudará desde donde está. Tengo grandísimo aprecio de ese hombre completo y eminente."

Esta edición

En la plenitud de su sacerdocio, fray Petit de Murat, al correr de un año, daría una serie de charlas semanales a un puñado de personas, sobre la crianza y educación de los hijos. Recogidas en apuntes al correr de sus palabras,

fueron transcriptas y atesoradas por sus oyentes. Gracias a esa fiel tarea, se pueden ahora publicar aquellas palabras.

Hemos respetado en las charlas estas su carácter oral, no pretendiendo modificaciones impropias. No hemos querido quitar valiosas digresiones ni tampoco ciertas reiteraciones temáticas, para no debilitar esa fuerza pedagógica ni el clima vivencial de su oralidad. En muy pocas ocasiones y cuando era ineludible hemos dejado de lado fragmentos, indicándolo, cuya comprensión sería oscura o equívoca fuera del contexto particular donde se dieron.

Cada charla se ha transformado en un capítulo, al que sólo se agrega un título y un epígrafe bíblico de nuestra propia cosecha, como de nosotros es el título del libro.

Quiera Dios que su lectura sirva hoy al lector, como ha venido ya sirviendo a generaciones anteriores.

Miguel Cruz

I

VARONA Y MADRE

*El hombre llamó Eva a su mujer,
por ser la madre de todos los
vivos.*

(Génesis III-20)

Tratamos de explicar la importancia de la tradición.

Nosotros no podemos constituirnos a nosotros mismos, en sólo nuestra vida individual y con sólo nuestras fuerzas. Necesitamos de toda la humanidad, tanto de la presente como de la pasada, y es lo que nos va enriqueciendo, precisamente. Si nosotros hacemos progresos en el bien y en la verdad, es porque los hombres han

dado pasos anteriores que prepararon esos progresos.

Hay momentos en la humanidad en que muere una verdad y nace otra, no porque se hayan agotado los valores que caracterizan a esa época dentro de la verdad y del bien, sino porque vienen otros bagajes y van ahogando a esos otros anteriores. El hombre común, que no sabe discernir, abomina de todo, en conjunto. Entonces, siempre hay esa confusión y se dice: "*se ha agotado la escuela anterior*"; y no es así, se van agotando los amañamientos, las formas inútiles afectadas y se conserva todo ese contingente maravilloso de verdades y de bienes adquiridos de la manera más penosa, y se repite, en fin, todo lo demás.

Y ese momento tenemos nosotros ahora. Se educa a los hijos sin ese auxiliar preciosísimo que es la tradición; y ¿por qué? Por la inutilidad de las madres. De algunas madres, claro; todo hablo en general. Falta de tino de querer imponer a sus hijos costumbres de otra época en nombre de la tradición; y todo fracasa, todo perece, porque les muestran la tradición bajo la costra; la superficie de toda esa serie de elementos falsos, a los cuales se les quiere dar autoridad de tradición: "*Hijo, en mi tiempo, no se hacía eso*". Pero lo que ahora se hace, en ese orden, no está en con-

tra de la moral ni del bien; entonces, ¿por qué se impone ese criterio estrecho!

Y el remedio de esta situación, ¿cuál es? El remedio de esta situación -en la cual sin duda tienen culpa los hijos por la gran insolencia en que están, pero no dejan de tener culpa los padres por la falta de criterio- entonces, el remedio, cuál sería: ante todo, al hijo o a la hija de ahora, no se le puede decir: *"hay que hacer esto"*. Hay que razonarle. Al fin de cuentas todo es para provecho del justo, porque exige a las madres que dejen su comodidad. Porque, claro, era muy cómodo recostarse en la tradición y decir: *"en mi época se hacía así o no se hacía así"*. Ahora los hijos se están levantando para que las madres sean verdaderas varonas. Ése es el remedio. No hay otro.

La madre se ilustra y entra en la verdadera ciencia de la vida. Va a tener que ir a la fuente misma de la tradición, va a tener que recurrir a la Iglesia, entroncarse en la tradición de la Iglesia, que es siempre actual, porque se rejuvenece todos los días. No es la tradición anquilosada del mundo, que perece. La Iglesia tiene una fuerza de rejuvenecimiento eterno, porque es intemporal, y porque es eterna, no envejece. Lo eterno es lo que no perece.

Por eso, es una tontera representar al Padre Celestial como un anciano de barba: si es eterno, es siempre igual, no envejece, no cambia, no muere. Por eso lo eterno es lo justo: porque no muere.

¿Quién es el que puede estar continuamente remontando estas cosas y llevándolas a lo auténtico? El que bebe en la eternidad, el sacerdote católico. Los sacerdotes tenemos la edad del mundo. Así que sólo el sacerdote católico puede renovar al mundo continuamente.

Pero, volviendo a la tradición auténtica. Entonces no hay desamparo para las madres. Ellas están en un islote de amor. "Y que me van a arrebatar los hijos". Sí, les van a arrebatar los hijos en la medida en que se dude. [...] las condiciones actuales están exigiendo a la mujer que deje de ser como era, que hacía las cosas rutinariamente. La mujer de hoy tiene que ser varona.

Vamos a hablar de la madre; por lo tanto, antes hay que hablar de la mujer.

La mujer recibió dos nombres y los dos debemos de explicar: la saluda Adán en esa maravillosa alba del mundo y dice: "*se llamará varona, porque del varón ha sido tomada*", y luego dice: se llamará Eva, es decir vida, "*por ser la madre de todos*

los vivientes". Entonces, el primer nombre, que quiere decir -"varona"-: que la mujer llega a ser mujer, cuando hay una comunicación del hombre pleno hacia la mujer. El destino que le dio Dios es que será la palabra del hombre, el verbo del hombre; la respuesta. Aquí está la semejanza más fina con la Santísima Trinidad.

El Señor dijo: *"y serán dos en una sola carne"*. Allí significa la naturaleza humana, a todo el hombre presuponiendo la parte espiritual. Quiere decir dos en una sola carne, dos en una sola naturaleza. Cada uno es persona; pero hay tal comunicabilidad, que están destinados a formar una total naturaleza humana; la inteligencia del uno complementando la inteligencia del otro, la sensibilidad del uno, la del otro, etcétera.

Muy bien. Varona significa que la mujer desempeña el lugar del verbo en esa persona. La mujer tiene que ser la imagen de la gloria del varón. Y lo que es el Verbo respecto al Padre, es la mujer respecto al varón. Al varón pleno, al varón hecho; al hombre que es hombre.

Porque cuando se casa un muchacho, yo le digo: bueno, vamos a ver los puntos que calza. Vamos a ver amiguito, ahora, qué tal se porta; lo vamos a ver en la felicidad que tenga su mujer; en la tranquilidad que tenga su mujer veremos que tal

hombre es usted. Claro, lógicamente, la mujer va hecha, y va con toda su perfección femenina, pero el hombre le tiene que comunicar su racionalidad.

Y entonces hay que decir la verdad, también, de que si hoy la mujer está belicosa como nunca, llena de caprichos, que no sabe qué hacer de su vida, es precisamente porque el hombre la está vaciando, la está exprimiendo. Y así vemos que la mujer está vacía, y no sólo está vacía sino que el varón aprovecha esa influencia que tiene sobre la mujer, para minarla, enloquecerla.

Y siempre la mujer es la palabra del varón. Siempre. A los Apóstoles seguía una legión de vírgenes maravillosas, una Santa Inesita, miren ustedes; y a los hombres de hoy, qué mujer es la que sigue: esa mujer belicosa, que lo enerva y lo agota; y ahí está la venganza de la tierra: en todo aquello que, precisamente, lo vence al hombre y lo hunde. Y entonces, de dónde ha salido esa chica casquivana: ¿"que hay que divertirse... que la vida pasa... que la juventud acaba pronto"?; tú la has engendrado. El varón de hoy. Para ver el valor del hombre, nada como ver el valor de la mujer.

Y existe la trinidad aquella. Claro. De dónde nace el Hijo. El Padre ve tan necesario y tan excelente

al Hijo, que lo ama con amor infinito; y a su vez el Hijo ve tan necesario y tan excelente al Padre, que lo ama con infinito amor, y ese es el Espíritu Santo.

Y de ahí nace el hijo: del amor conyugal; del amor del padre y del amor de la madre. Del amor que se profesan siendo los dos una sola cosa. Y recién tienen que engendrar al hijo. Si no se aman así, el hijo terminará amando a uno y aborreciendo al otro. ¡Es tan vital esa unión de los esposos!

Porque, eso sí, mucho cuidado cuando una señora pelee: que se dé cuenta de que ella no es ella, que detrás de ella está su hijo o su hija, donde va a repercutir de una manera intensísima su pelea. Ella no es ella. Ella es un valor cósmico y su misión no es estar mirándose ella y sus caprichos, sino que su misión es ser un dique entre su hijo y ese hombre que quizás sea débil.

Bueno. Entonces, el otro nombre de la madre es "vida", porque será madre de vivientes: pero esto implica el ser varona. Entonces terminaremos con ese concepto falso de la femineidad, que ser femenina es estar muriéndose a cada rato. Sí; creen que ser femenina es ver un ratón y subirse a una silla. ¡Ay, qué monadita! ¿Me permiten? Ella no es una monadita sino una tilinguita. Si el

que tiene que tener miedo es el ratón. Los animales son los que tienen miedo a la gente.

Bueno. Así que entonces sepa la mujer que es fuerte cuando es varona, cuando se le han comunicado las dotes de hombría, que no es otra cosa que la fortaleza. Es lo más elemental en la definición de una persona. Es la columna vertebral; tiene que estar la fortaleza como la columna del edificio. La columna no será lo principal en un templo, por ejemplo, pero si no existe no puede hacerse el frontón.

Bueno; llegamos a la encrucijada: esta mujer de hoy, desgarrada del varón, puede llegar a ser varona si el hombre está en pecado. Porque, entiéndanlo bien: no hay una dependencia atávica. Porque el hombre sea un tonto, ella no va a tener que ser una tonta. Claro. A veces la mujer casada con un tonto, es doblemente varona. Porque el hombre ha fallado de una manera tan calamitosa, que no sólo no desempeña su oficio junto a la mujer, sino que la traiciona, la mina, la vacía de sí y la prepara a la terrible claudicación.

Es indudable, porque si Dios se ha compadecido del hombre, se ha compadecido de la mujer. En Cristo toda mujer puede llegar a ser completamente varona. Allí puede encontrar todo lo que

necesita para ser una verdadera mujer. Falle o no falle su esposo. Entonces allí.

Y esto de que la mujer sea vida y madre de vivientes, ése no es un título gratuito, hay que adquirirlo y merecerlo: "*Creced y multiplicaos*". Vean qué bueno es poner a cada cosa los puntos en las íes. La niña que ha sido niña de esas que se suben a la silla cuando ve un ratón, que ha estado siempre bajo la tutela de su papá y su mamá, y cuando ve que esa tutela es insuficiente, forja en su cabeza la idea del "príncipe azul" (ahora ya no se le llama "príncipe azul", estoy muy antiguo. Pero se le llama con tantos nombres que no quiero repetir...). Bien; esa niña no tiene ningún derecho a casarse porque es una "cosa" toda ella. Nunca ha llegado a ser persona humana y no va a llegar a ser vida y madre de vivientes; persona humana.

Cuando Santo Tomás dice que sólo la causa que alcanza su perfección encuentra su efecto... ¿Ven cómo está el mundo dado vuelta? Porque esa mujer jamás ocupa un lugar en su órbita personal. Cristo dice a la mujer: eres persona; tú eres dueña de ti y si quieres te casas y si no quieres, no te casas. Los mahometanos y los paganos creen que la mujer no tiene destino si no se ha casado. Y cuánta gente tiene esta idea mahometana. ¡Pero si así se rebaja a la mujer! Ya ven

cómo están las cosas dadas vueltas. Ahora que las mujeres dicen que están emancipadas, no aprovechan la emancipación. Cristo les dice: si queréis, buscad y poneos en esa dependencia del hombre, pero aquí estoy Yo. Si quieres, entonces, te casarás, si no, no te casas.

Y entonces las madres de hoy están reaccionando, enhorabuena. Y que dejen esa cosa modosita, y esa cosa de haber estado siempre arrinconadas, en el sentido de no haber tenido una ciencia de la vida; y tienen que ser dueñas de la vida para tener hijos. Cuando el hijo está con pañales, ¡qué agradable es! Porque no piensa, ¿no? Pero, cuando viene el hijo con los "por qué"...: *"¡qué monstruo que me ha salido!"*; *"¡andate a jugar, ¿no ves que se me quema la comida?..."* Y entonces deja que los malos compañeros[...] sean las madres de ese niño. *"Pero, hijo, las cosas que preguntas, si esas cosas no debes saber... Eso no es para los niños..."*. No. No se es madre del ser humano porque se le da un cuerpo. Se es madre cuando se le da la persona, con toda la mentalidad. La madre tiene que retratarse en el hijo.

Me acuerdo, en el barco venía una chica de dos años. Era una cosa realmente bella. Todo el día la madre le arreglaba los rulos, no se la podía mirar, porque ya la criatura hacía una mueca. Ahora tiene 15 ó 16 años. Y, claro. La madre dirá *"quién la ha robado a mi hija"*... Y ella la ha esta-

do vendiendo. Porque las madres de hoy están así. Cuando llegan los veinte años, "*que ha llegado el momento*"; le pone un vestido, que ya ni escote tiene siquiera; y la chica no se quiere sacar el tapado, porque todavía tiene *algo*, y la madre: "*¡que no sea tonta, ha llegado la hora de merecer!*"; y así la está vendiendo a la marchanta. Y cuando esa niña cae, la madre se arrincona y: "*¡cómo, mi hija, con los ejemplos que tiene, y con el apellido que tiene!*". El apellido. El apellido no es una palabrita, unas cuantas sílabas. ¡Qué horror, las cosas que se ven!

Yo les digo, cuando quieran leer los periódicos lean la Sagrada Escritura, es lo más actual del mundo. En el salmo 105 dice: "*Entregaron sus hijos y sus hijas a los demonios*". Es lo que se hace ahora, ¿ven? Ya lo dice la Sagrada Escritura. He oído hablar de una "hora romántica", o algo así, que dan cinco minutos a los jóvenes y apagan las luces... ¿no? Bueno, tal vez no se haga aquí. ¡Cómo se disfraza todo! Que si se lo nombrara, si se supiera lo que se hace, no se lo haría, pero esa idea de que hay que divertirse, que todo pasa, y todas esas cosas... El paganismo ha encendido una hoguera, créanme, y la mujer es la víctima. Entonces terminemos con eso.

Quedamos con esto hoy: que la mujer para ser mujer tiene que ser varona. Que tiene que tener

una formación vigorosa de los conceptos de la vida y del mundo; que si el esposo no le ha dado la palabra y la luz, tiene que ir a Cristo. Lo dice San Pablo: "Cristo es cabeza del varón y el varón cabeza de la mujer".

Si la mujer se ha descuidado es porque no ha llegado a entender. Pero si entiende, recibe y se queda tranquila. El hombre discute y busca, y rechaza. La mujer, no. Cuando se le dice una cosa razonable, de manera clara y distinta, la mujer entiende y reposa.

Pero miren que yo hablo en el orden humano que es la mentalidad. La luz es la vida de los hombres. El hombre es hombre cuando tiene luz. Cuando conoce la finalidad de las cosas. Mientras no llega a eso, el hombre está solo. No tiene timón.

Esa segunda palabra: la mujer es "vida". ¿Cómo será "vida"? ¿Será vida porque ella trae en sí la vida? No. Por el gran don adquisitivo que tiene. Y porque tiene comunicación de la vida. Mientras el hombre puede mantenerse en forma despegado de la vida, que llena su efecto en forma abstracta, diré; como un filósofo, por ejemplo -no sé si entienden-, que vive fuera de la vida, la mujer en cambio, asimila y todo lo tiene que convertir en vida; por eso se llama vida y madre de vivientes.

A la mujer hay que prepararle como una verdadera corola de la tierra, convertida en vida de la tierra. Es la fuerza eminente. No sé si será un poco cursi, pero es necesario. Es la corola eminente de un mundo sensible. Por eso la mujer queda tan bien en un jardín, en un paisaje. El hombre, no. El hombre queda como una llamada que siempre se levanta. La mujer concluye muy bien en una rosa y en una paloma.

Tiene que ser una cosa dispuesta a recibir del varón la última palabra. Por eso los griegos, que intuyeron tanto a la mujer, la hacen emerger del medio de las aguas. Los ropajes nacen de las olas. Las amazonas, que son las mujeres vírgenes, salen del elemento fecundo de la tierra, ¿no es cierto?

Bueno; ahora, han visto el orden y el lugar de la mujer, y por qué la mujer se llama vida y madre de vivientes.

El hombre adquiere y la mujer plasma. La mujer es profundamente telúrica. Echa raíz en la tierra en ese orden cósmico, pero vivifica la tierra. Ella es femenina con respecto al varón y varona con respecto al hijo, y tiene que ser maravillosamente varona, y formar al hijo, y comunicarse al hijo.

Es que los valores de femineidad no son absolutos ni están bien entendidos. El alma humana en

su esencia superior es contemplativa; es femenina. La inteligencia mira las cosas, recibe su forma y después a su vez forma su palabra. Eso es de todos, hasta del varón; el hombre es varón con respecto a la tierra, y como la mujer está como función de la tierra, se comunica a la tierra. Porque es femenina con respecto del varón y masculina con respecto del hijo.

De ese hijo suyo que no tiene dos ojos, sino veinte, y no tiene dos oídos, sino veinte o cincuenta.

No es fácil ser madre. No se asusten, no es fácil pero están muy auxiliadas. Deben saber, para consuelo, que Dios ama a la madre, con el amor que ama a todas esas criaturas que están dependiendo de esa madre. Así que tengan muchos hijos. Si tienen tres hijos, las amará como a cuatro. Y estará dispuesto a comunicar toda la inspiración y todas las luces que necesita para formar al ser humano. Y si tiene doce hijos, las amará como a trece. ¡Miren ustedes!

II

FORTALEZA Y NERVIOS

Una mujer fuerte, ¿quién la hallará?

(Proverbios XXXI-20)

Bien; hemos tratado de explicar la concepción que tiene que tener la mujer de sí misma. Ubicarse en esa responsabilidad que es otra que la del hombre; porque, lógicamente, cada uno tiene su responsabilidad propia, y ésta de la mujer, no es ni mayor ni menor que la del hombre, pero es ésa y no otra.

La inteligencia es augusta porque ella tiene que distinguir lo que es propio de cada cosa, y relacionarla con lo que tiene de común; y la mujer tiene que conocerse a sí misma, porque estamos

en esa época niveladora en que todo es lo mismo, todo es la misma cosa. ¡Qué va a ser todo lo mismo!

Y entonces ella tiene que rescatarse y darse un contorno dentro del universo; porque todo se enloquece cuando cada cosa no ocupa su sitio, su lugar.

Es posible decir lo que es la mujer, por lo que tiene de misterio dentro del misterio grande, que es la creación. Dios ama tanto a su criatura, que la hace participar de la creación. El hombre también crea, pero no tanto como la mujer. El hombre forma a su hijo mediante la mujer. Influye en la mujer y la mujer en el hijo: ésa es la escala. El hombre ha sido creado para oficios universales; la mujer para esa relación inmediata con la tierra y bien concreta. Se le ha dado poderes para poder plasmar tierra, para colocar espíritu en la fibra. La mujer es lo más próximo al cuerpo para espiritualizar al cuerpo.

Pues bien. La mujer no pierda nunca de vista su responsabilidad. Que todo lo que ella haga va a repercutir por los siglos de los siglos, y va a ir dirigido siguiendo el impulso, la orientación que se le haya dado.

Vamos a la educación del hijo, o del niño en general, aunque no sea el hijo. ¿Cuál es el primer

regazo que va a ofrecer una madre a su niño? ¿Cuál será? ¿el amor, y los besos, y "*mi hijito y mi bomboncito*"? El primer regazo que debe ofrecerle, el más valioso y que será del niño más amado, es la paz y el dominio de sí misma. Y hay que hablar largamente de los nervios.

Los nervios quitan toda actividad creadora en la mujer. Ella ya no es ella, sino las cosas que impresionan a ella. Ella ya existe sino como una radio, una cosa impresionable que va a transmitir las cosas al niño. Entonces ya no es cosa creadora.

Otra vez un principio de Santo Tomás: "Sólo la cosa que alcanza su perfección encuentra su efecto". Y no va a plasmar su hijo esa persona que estará contenta si hay una prosperidad, y estará dolida si hay adversidad, y estará dominada de sus caprichos siempre, en un continuo vaivén, en un coser y descoser de cosas; y ese niño no tendrá madre, directamente. ¡Qué atroz!

Cuánto se descuidan los nervios, cuando es fundamental la posesión de ellos para tener posesión de nosotros mismos.

Cuál es la virtud de la naturaleza humana: virtud es el orden de las facultades: los sentidos perciben las cosas, y se los deberá tener como medios

y como siervos, para que lleven los datos a la inteligencia y ella delibere, y que la voluntad entonces mueva, en la medida en que deba moverse.

Una pasión nunca debe ser elícita sino imperada. Una pasión elícita: yo recibo una impresión y contesto. Por ejemplo: qué veo yo sobre la mesa: aquí hay merengues; ¿les gusta el merengue? Inmediatamente mi pasión ha dicho: "*quiero el merengue*". No he dicho si me conviene o no el merengue; si le hará bien al hígado; si es hora de comerlo. Pero no digamos un merengue, digamos algo más dañino. Pongamos una torta de chocolate que es tan nocivo al hígado en Tucumán. O pongamos los huevos, que son portadores de toxinas al organismo, sobre todo en verano. Pues bien, yo veo aquí una torta de chocolate, y "*¡qué rico!*", y como el chocolate; y no ha pasado por el tamiz de la inteligencia, ni he deliberado si es bueno o no, y si debo de comerlo. Esa es entonces una pasión elícita.

¿Cuándo es imperada? Cuando pasa por la inteligencia y la voluntad ha dicho: puedes comer; conviene que comas.

Vieran ustedes, si yo pudiera pintar las cosas como son, si pudieran ustedes tener una noción de la naturaleza humana, de los apetitos, de la

inteligencia, dirían: las palabras son cortas para explicar las diferencias. La razón y la voluntad son inconmensurables, ¡y la pasión es de una pequeñez! Yo veo lo que el apetito puede pretender, y veo que son cosas efímeras, insignificantes. Ese apetito por lo tanto es insignificante, y en cambio, ¿exagero cuando digo que la inteligencia y la voluntad son inmensas? No porque lleven a aprehender el bien de todas las cosas; es que miren ustedes, la diferencia enorme que hay: apreciemos las potencias nuestras y veremos la diferencia entre la parte superior y la inferior de nuestra naturaleza. La inteligencia tiene capacidad para aprehender un bien infinito, no un bien particular, lo mismo la voluntad.

"Pero este Padre Petit, ¡tan exagerado!" ¿Es exageración que yo diga que las pasiones pueden imperar sobre la voluntad, y que esto es monstruoso? Es de una monstruosidad, que más no puede ser. Es lo más monstruoso del universo. Que las pasiones tengan imperio sobre la parte superior y afecten a la parte superior; que la razón y la voluntad existan a merced de cosas insignificantes como son los apetitos y las pasiones.

La pasión es la acción del apetito. ¿Y cuándo impera? ¿En los casos extremos del vicio? No. Nuestras acciones deben ser siempre imperadas

y son elíctas. Cuando nosotros ponemos la inteligencia al servicio del apetito y la pasión.

¿Y cuándo es eso? En el momento brumoso de la ilusión. La ilusión es todo ese desorden. Que la pasión presente una cosa a la imaginación, la imaginación muestre el dato errado a la inteligencia, la inteligencia se encandila y empieza a mover medios para conseguir ese fantasma que no existe. Entonces no nos tengamos por criaturas normales porque no somos normales.

Lo normal sería lo siguiente: abro los ojos o los oídos y veo u oigo tal cosa. Deberá la inteligencia deliberar: eso, ¿conviene o no a mi destino de hombre? ¿Está dentro de lo que tengo que hacer? ¿Sí? Entonces, impero. Impero, intervengan pasiones o no. Porque en este caso pueden, después, intervenir pasiones.

Pongamos un santo; un santo que está a la cabeza de una sociedad cualquiera. Tiene súbditos que están cargando la mano, y los ha amenazado, y los ha advertido, y no reaccionan; y el santo tiene que encenderse en ira; y bueno, eso es cósmico. ¡Cuando un manso se enciende en ira!

Una madre, por ejemplo: *"hijo, eso no vas a hacer porque esto es así y es asá"*, y lo habla, como una amiga. A la siguiente vez: *"hijo, te he dicho que no*

debes hacer, ¿por qué lo has hecho?". Y el hijo: "que bla, bla, bla, bla...". Y ella siempre escucha. Eso lo desarma al otro; esta persona que escucha, y como a él no le asiste razón y él lo sabe, al tratar de explicar, va quedando en ridículo, y perdiendo terreno. Y al final le dice la madre: "*¿Pero no te das cuenta de que eso no es acertado? ¿Qué estás disparatando?*". Y el hijo se da cuenta de que está diciendo cosas sin valor. Y un buen día la madre le pega una buena azotaina, y él se da cuenta de que tiene que ser así.

O el caso de una matrona. No sé si les he contado: sucedió en provincias. Se entera una mamá de que su hijo, de treinta años, le era infiel a su esposa; y a ella le gustaba ir de visita a ver a sus hijos y a sus nietos. Y cuando se enteró, se puso un látigo aquí, y el hijo la recibe: "*Mamita*", qué se yo, los besos. "*No, hijo: tenemos que arreglar una cuenta*". Y ta, ta, ta; "*para que aprendas a ser hombre*"; y el hijo recibió la paliza calladito. Esa es una madre. Ya ven qué concepto tenía de la hombría. El hijo creía que estaba siendo hombre con lo otro, ¿no?

Entonces, hay que tener dos conceptos claros de pasión imperada. De suyo no es mala ni buena, es la que razona y decide cuerdamente en el momento concreto. Pasión elícita es la que la mamá y el médico le están diciendo: "*tiene que*

comer", y ella: "que no tengo ganas, mamá". "Que no tengo ganas, mamá". "Que voy a arruinar mi silueta". Esa es pasión elícita. La imperada sería que coma porque le están diciendo que está a riesgo de una grave enfermedad. Entonces no es exageración decir que es una monstruosidad que las pasiones imperen sobre la inteligencia y la voluntad. La razón y la inteligencia son las que tienen que imperar.

Ahora, vayamos a lo nuestro: ¿qué sucede con los nervios? Que están siempre a merced de eso. No funciona su cabeza sino que funciona una noción rapidísima de las cosas y elícita, por su cuenta. Están como esos aparatos morses que están continuamente haciendo signos.

Ella no es ella. Es un conjunto de impresiones desorganizadas: estoy contenta ahora porque hay una cosa que me impresiona bien; y al rato estoy descontenta porque hay una impresión que no me ha gustado; una impresión: ni siquiera una realidad. Y esto en la mujer es atroz, porque sus nervios están a flor de piel, y sale la mujer como son sus nervios, se vive aplastado, se caen a pedazos. Y yo veo cómo hay señoras de sesenta años que ya no tienen vida, que hasta la manera de hablar es trémula, y se quejan de que su vida es lamentable, pero es que han vivido de pura impresión; y si ellas han abandonado el aparato

receptivo, cómo van a tener vida. No pueden pedir otra cosa después.

La vida será lo que sea mi espíritu. No podemos cambiar el mundo para que una persona sea feliz. Quizás ahora a mí, si fuera nervioso, me estaría molestando ese sol. Así que tendrían que sacarlo al sol y poner la luna y entonces yo sería feliz por media hora; se pondría la luna y vendría un señor pinchudo, qué, un señor que tenga un tic nervioso que me molesta, y ya sería yo la persona más desgraciada del mundo.

Cómo vamos a remediar las cosas si no las remediamos en nosotros mismos. Mi vida será lo que sea mi espíritu. Dadme, Señor, un espíritu recto y de verdad y yo seré feliz en el infierno. El infierno está adentro, nada más que adentro.

No nos quejemos de la vida sino de lo que somos nosotros, pero no de una manera negativa sino positiva: ahora comienzo. En ese momento cambia toda mi vida. Empieza a florecer todo. Es de una fecundidad la verdad, es tan fecundo el espíritu, que hace falta un pequeño raciocinio para que se transfigure todo. Miren ustedes si es importante esto, los nervios.

Es que el ser humano no se conoce a sí mismo y va viviendo de categorías equivocadas. Detrás de

los nervios puede estar la timidez, el capricho, la afición a los mimos, el orgullo. Entonces, ya ven ustedes que la persona nerviosa está a merced de un enjambre de pequeñas impresiones; de una imaginación excitable que le pinta un mundo y realidades que no existen; y todo ese ser empieza a vibrar en las manos de ese mono. Como si un instrumento, como si una guitarra excelente, la pusiéramos en manos de un mono. No es posible.

Tenemos que pensar que somos dueños de nosotros mismos y que hay que recobrar esas cosas. Tengo una cabeza sobre los hombros para que seleccione y sepa desechar una cosa y escoger otra.

En esto tampoco nos olvidemos que hay remedio para todo. Cuál es el remedio de los nervios, ¿las pócimas, los psiquiatras? De ninguna manera. El psiquiatra toma las cosas desde una parte de la naturaleza humana, y no se le puede pedir que organice nuestra alma si no la conoce. Conoce la parte inferior del alma que son los apetitos. No le podemos pedir, porque todo lo va a reducir a categorías muy bajas.

¿Cuál será el remedio de nuestros nervios? Es tomar nuestra cabeza y ponerla sobre los hombros. Encasquetarse la cabeza. La persona nerviosa cuando esté tranquila diga: *"Qué hago yo*

con mis nervios. Esa impresión que yo tuve, que me pareció que Fulano de Tal estaba enojado conmigo, y no había sido así, sino que tenía un pagaré para firmar, y estaba preocupado por eso; y yo todo el día lo he pasado tan mal, y he llegado a pegarle a mis hijos por causa de mis nervios. Mis nervios no hacen sino complicarme la vida".

Yo me quedo pasmado ante los líos que se hacen las mujeres por sutilezas, sin valor, por insignificancias. Sobre todo las dueñas de casa, las amas de casa, son terribles y amargan la vida con ese dominio que tienen de las cosas culinarias. "*¡Ay!, que barbaridad, esta cocinera, ha dejado pasar de punto el arroz*"; y uno estaba comiendo tan tranquilo y, bueno, ya se ha dado cuenta de que el arroz se ha pasado de punto. Ese momento venerable de la comida, cómo se altera, cómo se hace de áspero por "quítame estas pajas", ¿no es cierto?

Vivimos de impresiones y manoseamos grandes amores, amargamos la vida a seres queridos por "quítame estas pajas". El almuerzo y la comida deben ser casi una ceremonia. Si se reza antes y después de las comidas, la comida sería otra. Muchos demonios serían eliminados de la mesa. ¿Por qué tendrá que ser la comida una ceremonia? Porque tiene una significación muy grande: todos se reúnen ante la dádiva de Dios, y ese

debe ser un momento de gozo en el hogar. Todo es muy hermoso y no hay que profanarlo.

Entonces el remedio de los nervios es desechar la imaginación como cosa falsa, que no tiene una relación con la realidad, y que todo lo que nos muestra son fantasmas que nos van a devorar.

En la próxima vez, vamos a ver la suerte de los hijos en manos de padres nerviosos. Tengan mucho cuidado de eso: es la primera disposición a la futura maternidad; los nervios no sirven para nada. Cómo se agrandan las cosas con los nervios. El malestar del momento en que chocan como leones, y cuando se calman, piensan: *"caramba, por qué habré hecho esto"*, y empieza el amor propio: *"pero no voy a pedir perdón a mi hija, no, perdería la autoridad"*. Y la hija: *"que no le voy a pedir perdón a mamá porque después me va a gritar más"*.

Y algo tremendo: Se está en una idea tan pasiva con nuestros nervios, que se dice: *"estoy nerviosa"*, y ya está. Se nos ha dicho frecuentemente que somos buenos y no tenemos ninguna atención del gobierno. *"Soy así y qué voy a hacer"*. Pero no. No soy así. Soy lo que quiera. Es cuestión de que tomo en mis manos esa marea, esa masa informe, tomo todo eso que he recibido al nacer y lo plasmo.

Pues bien. Las personas nerviosas tomen con toda deliberación eso. No voy a hacer caso a mis nervios. No voy a hablar hasta que hayan pasado por lo menos diez segundos. El buche de agua, ¿no es cierto? Hablo para las personas que todavía tienen dominio, que esos momentos son parciales, y que tienen una reacción excesiva por las cosas de la vida.

Muy bien. Entonces, reflexionar mucho acerca de los nervios que no sirven nada más que para complicar las cosas. Por la mañana proponernos como una orden para todo el día eso: desechar la imaginación que no nos muestra la realidad, sino objetos de la imaginación sometidos a la pasión. Y el siguiente principio: las cosas que no dependen de mi voluntad y mis oficios, no me tienen que preocupar para nada. Lo único que voy a hacer es comprobar mi impotencia. No debo yo perder la paz y estar cavilando. En una palabra, que cada uno lleve su carga.

[...] Entonces eso. Reflexionar sobre lo malo de los nervios y quedar en paz.

... que dice: Las personas que...

... que dice: Las personas que...

... que dice: Las personas que...

III

DOMINIO Y CORRECCIÓN

El que mezquina la vara odia a su hijo, el que lo ama se esmera por corregirlo.

(Proverbios XIII-24)

Bueno: vamos a empezar aunque no haya muchas, porque eso no importa; se habla a las paredes y las paredes repiten. Es increíble cómo una idea que han oído dos o tres personas da la vuelta al mundo, ¿no es cierto? Uno se asombra de pensar dónde enseñaba Kant, y ya ven, especificó a toda una era.

Bien. Hemos dicho las dos condiciones necesarias para que una madre sea madre: la primera

es una condición eminente, y es la de plenitud de femineidad, de persona normal y por lo tanto tengan cuidado, mucho cuidado con los nervios: La plenitud no vayan a creer que se la da la edad, se las va a dar una intensa formación interior, que es una formación muy "sui generis".

Es la de encontrarse ella misma en su misterio de mujer; esa conciencia clara de su prolongación en la realidad concreta. De que ella está llamada a formar seres humanos. La mujer tiene que tener la conciencia de que está en la causa del mundo y tendrá que llegar al nombre de "vida", para ser madre de vivientes; que los valores verdaderos de la mujer están adentrados en una forma especial, como sobre el alma y no de una manera racional.

Y hay que ver entonces que ella conoce un "síntoma" claro de razones, y que no saber dar razones de sus razones, o de sus sinrazones. Ella intuye, y siente repugnancia por una cosa, y no sabe por qué la siente: *"Esto no me gusta; esto no marcha. No sé por qué, pero no me gusta"*. *"Y por qué Fulanita, ya estás con tus cosas"*. *"Y bueno, no me gusta, yo sé que esto no va a marchar, y no va a marchar"*. Y tal vez tenga razón. Pero tiene que tener mucho cuidado la mujer: el razonamiento se mete como una cuña de hierro en la pobre cabeza de la mujer. Ella es vibrátil, y el

razonamiento se mete como una cosa dura, rígida.

[...] La lógica no la aplica la mujer, porque ella intuye muy lógicamente a veces, pero sin razonamiento. Una vez, una mujer muy equilibrada, una niña que estaba oyendo una discusión terrible, de leones, sobre filosofía, entre su marido y un amigo, dice: "*Estos hombres que buscan tanto las cosas y discuten tanto la misma cosa, ¡son imposibles!*". Ella vio lo que era, abrió su inteligencia y entendió. Listo. En cambio el hombre discute, y busca, y así, marido y amigo, llevaban ya dos horas discutiendo.

Bueno. Entonces, se parte de ese principio de inteligencia irracional, que es intuitivo y que está acondicionado para entender la cosa concreta y esa cosa imprevista, del momento; y vean que todo está ordenado a esta manera.

A una madre, cuando el hijo esté llorando, un niño de seis meses, que no se sabe qué tiene, déjenla en silencio. Déjenla sola un rato. No corran todos: "*y qué tiene, y qué tiene, y qué tiene*". Déjenla a la madre en silencio, y ella les va a decir, y le va a decir al médico. No la abuela, ni la tía, con sus experiencias, que son experiencias muertas.

Ahora, claro que hay personas y personas, y hay mujeres y mujeres. Cuando ven que no funciona

aquello hay que socorrerlo. En un momento déjenla sola con su hijo, no la socorran. El silencio. No empiecen: *"Me parece que es esto. ¿No tendrá hambre? Yo creo que le duele la barriga"*. Y puede ser, pero la madre es la más apropiada para saber lo que es. Y la madre está angustiada porque hay una cosa en ella que tiene que funcionar y la están posponiendo, y la abuela viene, y todos, y: *"debe ser un flato, debe ser un eructo, debe ser un dolor de barriga"*; y la pobre madre está ahí. Bien; pero es algo horrible, ¿no?, opinan todos, y la madre no ha hablado. Y que vienen con sus experiencias, vienen con generalidades, y la madre es la que conoce a ese chico, y sus cualidades y sus deseos; y la madre lo conoce bien porque es una cosa de ella, que ha brotado de ella y le comprende todas las particularidades de ese hijo.

Claro que hay madres completamente anuladas en las épocas modernas, producto de esa crianza y de los mimos ¿no es cierto? Así, les conté, creo, el caso de esa prima mía: estaba la madre en una pieza, el chico estaba en la cuna volando de fiebre, y la madre en un rincón. Me recuerda a Agar, que no quería ver morir a su hijo. Bueno, esta madre también: ella estaba ahí, mordiéndose las uñas, y mi prima, que no había tenido hijos, tuvo que hacer los oficios de madre. Claro eso es el colmo, pero es producto de la crianza

que se les ha dado, y la intuición no se ha desarrollado en ellas.

Tiene mucha razón Chesterton, cuando dice que el centro del varón es la taberna, y el de la mujer el hogar. El hombre siente la necesidad de discutir las cosas. Dice taberna, y toma el término como símbolo, muy pintoresco, como que es un humorista. Opina que el hombre arregla los asuntos políticos de su nación delante de una taza de café. Ése es el hombre: El discutidor por excelencia, porque tiene que discutir el por qué de las cosas. La mujer observa las verdades y las lleva a lo concreto. Empapa la realidad concreta con esas verdades, y eso es lo que tiene que descubrir ella.

Toda esa emancipación que se le promete a la mujer es la peor traición del hombre. Y aquí dice esta señora o señorita (leyendo): "Hay que tener sumo cuidado y prestar mucha atención a este factor de psicología femenina, antes de inducir a las mujeres, como hoy se hace, a que sean ambiciosas a 'lo hombre'. Tales ambiciones no le son propias ni naturales, ni le procuran ninguna satisfacción real; en cambio, significan un verdadero peligro para la armonía de los sexos y para el equilibrio social" [...]

Dejemos entonces como una derivación de este punto, el orden práctico: ¿ven un síntoma de lo antihumano de la realidad de ahora? La realidad de ahora, da un papel de lucha a la mujer, y la va lijando, rompiéndole los nervios.

Se tiene, que volcar en la pureza, y no contaminar su mentalidad con la corrupción que va a destruir su obra. Porque ella no va a poder formar un hombre, si tiene corrupción. La fecundidad es de la virginidad, de la pureza. Cuanta más virginidad, más pureza en el alma; es decir, que no se contamine en ella ese mundo privado de donde va a salir un ser humano. Por lo tanto esa plenitud de la mujer tiene que ser guardada en virginidad y pureza.

Hay que ver que la de la mujer es el alma más próxima a la carne, ¿no es cierto? No quiero decir que sea alma carnal. Es la que tiene aptitudes para espiritualizar la carne, ¿entienden esto? Qué maravilla; y miren que razono, ¿no?

Entonces, la mujer es instrumento, es una delegada de Dios que está dentro del misterio de la creación; y nos da un testimonio claro del estado del mundo, desde el momento que sus nervios se descuidan en el mundo moderno. Nos sentimos muy limitados para llenar todos los datos de la realidad que cerca a la mujer; porque la inteli-

gencia percibe enseguida los datos, y cuando es "a contrapelo", los nervios fatalmente se rompen. Y la pobre mujer está dando sus nervios a un mundo así. Y el asfalto y el cemento y los gases, que es parangón de todo un estado espiritual, la están exprimiendo.

Yo me admiro de la capacidad de la naturaleza humana. Cómo nuestros oídos y nuestros nervios no se rompen, cuando pasa un camión radial. Cuando tomamos un ómnibus vacío en que todo cruje: los vidrios, la carrocería, los fierros... Cómo la adaptación del dolor reduce al mínimo el dolor. Yo no me doy cuenta mucho de la tortura que significa tomar un ómnibus así, porque yo lo necesito para llegar a tal punto, y me interesa, aunque cruja. Pero basta que yo no lo quisiera así, pongamos que por coacción un enemigo mío me quisiera poner en una tortura, y me ponga en un ómnibus vacío así, que dé vueltas, y bueno, yo vería entonces aquello como un instrumento de tortura, y vería lo que eso tiene de tortura. Lo mismo, decían que una de las torturas más refinadas de los chinos, era meter a la víctima debajo de una gran campana y estar tocando y tocando. Creo que eso no es nada al lado de un camión radial.

Ése es un aspecto sensible, qué será en un aspecto moral, en el que vemos que están sacan-

do la mujer de sí misma, y diciendo que ella no es sino una cosa; que la mujer va creyendo que ella es eso: la diversión y nada más. Estamos en un tiempo brutal y eso se manifiesta en la mujer. Ella es como el barómetro.

Bueno, esto lo dije en la clase pasada y ahora quisiera hablarles de lo que es necesario para la crianza de los hijos.

Bien. Que quede entonces eso: la primera condición que se necesita, es que una madre, o la que va a ser madre, se convenza que va a tener dominio de sus hijos, por inteligencia y amor; nunca por violencia, nunca por fuerza. He visto una madre verdaderamente admirable, a la que Dios le ha dado, por herencia del padre, una hijita que, ¡tiene un carácter!..., y yo me he quedado asombrado de la habilidad de esa madre, para dulcificar ese carácter. Porque la criatura va a pedir un juguete, una muñeca, y no la pide como una chica dulce, sino que pega en el suelo y: "*quiero la muñeca*". Y entonces la madre, sin alzar en lo más mínimo el tono de voz, pero con gran firmeza: "*no, Fulanita, pero si tú la puedes alcanzar, ¿no ves?*", y así con persuasión, la lleva a la hijita a que tome el muñeco ella. Si ese chico tiene carácter fuerte y la madre se pone en tren de fuerza, van a chocar los dos.

La ira engendra ira. Así entonces la mayoría de las madres engendran en sus hijos lo que después lamentan. Siempre una pasión, provoca a la otra pasión igual, en el otro sujeto. Yo hablo a una persona con ira, y va a responder con ira. Ustedes lo habrán notado. En el demonio que tenemos dentro. Aunque uno sea la persona más mansa del mundo, en cuanto se le dice una cosa con rudeza, ya uno está preparándose a una negativa. Uno mecánicamente le dirá que no. "*¡Por favor! ¡Búsqueme esta cosa!*"; y uno le va contestar: "*No puedo por tal cosa*"; y va a tener razón seguramente.

La ira despierta ira, es lógico. Siempre hay un gran estímulo en ese sentido. Es por eso que en todo conflicto humano hay que ver la parte que tenemos nosotros. Empieza uno, y sigue el otro. Hay que tener en vigencia la inteligencia, y si uno nota una reacción violenta, hay que dejarla pasar y no tomar ninguna medida hasta que no se está sereno.

Esto lo recomiendo mucho a los esposos. Esos abusos de confianza en que se manifiestan tal como no son: porque la gente es mucho mejor de lo que se manifiestan en tren de confianza. ¡Cómo está el ser humano de destruido! Guarda lo malo para el amigo, y no me van a decir que "eso" es él. No es él. Entonces, los esposos tienen

que tener una delicadeza muy grande en el trato íntimo. ¡Es tremendo!

Dicen una cosa muy buena, los maestros de ahora de pintura. Dicen: "La línea no tiene que ser trazada por la mano sino por la inteligencia". Es decir, la línea siempre tiene que fluir de la inteligencia, la mano tiene que ser un instrumento docilísimo llevado por la inteligencia. No permitir que la mano trace con un ímpetu ciego, que es lo que hacía la gente que no sabía dibujar, sabía copiar pero no dibujar; entonces hacía los trazos de cualquier manera. "Esa nariz tiene una curva así", y bueno.

Ahora se dice una cosa muy linda: que la línea tiene valor y belleza en sí, el valor y la belleza que le coloque la inteligencia. No está en la línea, pero lo ve la inteligencia, la inteligencia nomás. La mano debe estar gobernando al lápiz, y ella gobernada por la inteligencia.

Nosotros debemos trazar nuestra vida siempre con nuestra inteligencia; y sobre todo en la intimidad, que tiene que estar empapada de nobleza; que cuando un hombre vale en los detalles de la vida, es cuando vale del todo. Porque en un salón todos los hombres valen; pero cuándo valen en la intimidad, con su madre, con las mucamas, con el proveedor. Y ahí hay que tener mano maestra.

¿En dónde se ve la mano maestra de los genios?: en esa cosa imprevista, inasible. Cuando uno lee un clásico como Cicerón o Plutarco, decimos: "pero qué fácil es hacer poesía", qué lógico nos parece. Porque la poesía y el arte están allí fluidos, brotando de todos los detalles.

Entonces, embellezcan la vida, comprendan el valor del detalle, del gesto amable de saber alcanzar el tenedor, de pasar la panera, de saber callarse cuando es oportuno. Una criatura que sabe esto está haciendo una maravillosa obra de arte con su vida. No hablo de esa minuciosidad empalagosa, sino del justo medio, que hace amable la vida.

Pónganse ustedes a analizar una Amazonas de Krésilas. Dónde está la belleza. ¿En el arco de la nariz?, ¿en las cejas? Está en la belleza. Y dónde está la belleza de una persona que se desliza, que facilita todo a todos, que es el amigo esperado en todo momento, ¿dónde está? En la inteligencia que está alerta, viviente en todo momento.

Cuidar los detalles por amor a otro. No aparecer desarreglada por respeto a sí misma y por respeto al otro. Como se hace ahora, que se está haciendo la tierra de una fealdad que reina descarada. Hay que ver los bichos raros que se paseaban en el barco, creyendo deslumbrar, y uno

tenía que decir: "no hay derecho, no hay derecho". Y ellas muy orondas; sólo les faltaba la cola del pavo real, creyendo que estaban deslumbrando. ¡Qué cosa! Si supieran, los jueces que se levantan del silencio, ¿no?

Me causó una gracia hace poco; tal vez les llegue hasta ellas; fui a un casamiento. Casé a la pareja y me insistieron para que fuera un rato. Voy a saludarlos, y era una avalancha de gente, no se podía salir, y sin mirar, de atrás nomás, me di cuenta de todo. Dos chicas que me conocen mucho, se habían sacado el tapado y estaban escotadas y muy escotadas. Miren lo que es estar serenos: uno ve hasta atrás. Uno ve todo. Y uno ve todo. Y uno ve sin que haya reacción en uno. Porque otro demostraría, su expresión lo delataría, sus ojos... Pero no uno; está acostumbrado a todo y no lo sorprende nada. Las vi perfectamente y ellas no me habían visto a mí; y cuando estuvieron cerca me vieron, y salieron corriendo y se pusieron el tapado, y me salieron por la otra puerta. Con el tapado puesto. Y yo como un tonto, las saludé; no había visto nada. Y ellas están convencidas de que el ingenuo del Padre, estaba engañado.

Hay que tener cuidado, porque desde el silencio se ve todo. Tengan el alma en paz y van a ver todo. Muchas madres me dicen: "*¡no conozco a mi*

hijo!" ¿Saben por qué? Por esa ansiedad que tienen de conocerlo. Serenen el espíritu y van a ver dónde pueden fallar, y dónde prosperar lo que le hace falta. Esa ansiedad de ustedes, cómo va a salvar las cosas, si la imaginación está como un toldo entre la inteligencia y la voluntad. *"Por este dato parece bueno; por este malo"*. Si uno tiene paz, y sabe que el hijo es bueno, se puede ir el hijo a cualquier parte, y ella tan tranquila. Porque el hijo es bueno. No "buenito", bueno, que está firme en sus principios. Y por eso el amor materno es variable en sus decisiones y a un hijo le dice: "sí, puedes ir"; y al otro, "no". Parece injusticia pero no es. En esta forma no hay desilusión en la vida, porque se sabe lo que puede dar cada uno de sí.

No exigir nunca a nadie más de lo que esa persona puede dar. A una persona ruda yo no le voy a pedir que me hable del intelecto, ni le hablaré del intelecto. Le hablaré de los tomates y algo aprenderé. A sembrar tomates. Hace falta esta inteligencia comprensiva que nos da dominio de las cosas. Primero inteligencia y amor, que tenían Adán y Eva antes de caer. Dominio, que se les da a los santos, como San Martín de Porres que manejaba los ratones, o San Francisco de Asís que conversaba con los animales, o nuestro Padre Domingo que levantaba muertos que estaban en un campo inmediato, por la bendición de

Dios. Eso no se nos da a todos, pero si hay una participación de eso, a los que cuidan de la pureza. Que las pasiones no turben a nuestras facultades magníficas.

La intuición es una cosa magnífica. La mujer tiene que tener dominio de sí misma, y así dentro, del hijo. De ahí que una madre, de repente, lo lleva al chico, que nadie sabe qué tiene, y le da un baño; y justo era lo que necesitaba. Son cosas extraordinarias. Vemos a veces que el médico está desconcertado y todos lo mismo, desorientados, y la madre empieza, pero de una manera enloquecida a meterle cataplasmas y lo salva al hijo, ¿no es cierto?

Entonces, nos quedamos con eso: que la madre tiene dominio de sus hijos por inteligencia y amor, y sólo por eso. *"Vení, querido, que te tengo que dar siete latigazos". "Y por qué mamá?" "Porque tú lo has querido. Yo te dije que te los iba a dar si volvías a hacer esto, lo has hecho de nuevo, entonces te tengo que dar, porque tú lo quieres".* Y el chico ve una cosa tan lógica. Y después, que no hayan resentimientos y lo trate al hijo como si tal cosa.

Les digo por experiencia. Mamá tenía un chico huerfanito que había recogido, y les digo no podía más, porque había venido con todas las lacras

habidas y por haber. Y aquello era una cosa insoportable, y mamá todos los días, tenía un nuevo arrebató, y qué se yo, y ya lo estaba por devolver. Y entonces yo le dije: "déjame lo por mi cuenta". Pero qué es lo que no hacía. Tiraba piedras al vecino, qué sé yo. Y yo usé esa medida: "Vos volvés a tirar piedras al vecino (creo que ya había matado gallinas y todo) y tendrás siete latigazos". Y como yo era el buenito, creyó que no pasaría nada. Y siguió con las piedras. Entonces fui directamente, me saqué el cinto y el dije: "Te había prometido esto si lo volvías a hacer. Muy bien, aquí lo tienes". ¡Lloraba...! ¡Le salían lágrimas creo que hasta por los poros! Lo dejé llorar cuanto quiso, y seguía haciendo las cosas como si nada hubiera pasado, y santo remedio. Después el chico me quería mucho, ya ven.

Pero hay que castigar en frío. En cambio si castigamos con ira, el otro percibe que estamos satisfaciendo una pasión, y no ve claro el motivo. Hay que castigar en frío. Si no, se convierte en pecado. Los gritos son signo de debilidad. Los débiles tienen que hacer un gran esfuerzo y gritan para tomar fuerza, para tener autoridad. Pero el grito no convence a nadie.

IV

PROTECCIÓN Y TERNURA

El que mima a su hijo tendrá que vendarle las heridas y a cada grito suyo, se le conmoverán las entrañas.

(Eclesiástico XXX-7)

Bueno. Es necesario despertar en la mujer, y que ella despierte en ella, la conciencia de que está incorporada a un misterio, y cuando ha llegado el momento de la maternidad que comprenda, que sepa que la vida que va a dar, significa una colaboración con Dios. Ella se va a hacer como un órgano de creación; que entienda que está incorporada a Dios como instrumento de Dios, como sacramento. La carne de la mujer es materia de

sacramento como el pan es materia de la Eucaristía, como el agua lo es en el Bautismo, ¡miren ustedes en qué nivel se encuentran!

Cómo es posible que las mujeres y los hombres estén tomados tanto de las cosas humanas, y con el alboroto con que rodean todas las cosas, estén rodeando también esto. Tengan mucho cuidado con el niño recién nacido. Protéjanlo de esa atmósfera de ruido, en el sanatorio. Ni ruidos, ni risas, ni palabras crudas, ni luces fuertes. Las oye y lo molestan. Dejen de divertirse un rato. ¿Qué somos nosotros? Un aparato de radio, que está sonando siempre, ¿no es cierto? Queremos decir todo lo que percibimos.

Las sensaciones que nos vienen de afuera, deben pasar a la razón para que ésta las aprecie, y entonces la inteligencia elegirá las que deben salir y las que no vale la pena; las filtrará. Pero no. Percibimos cualquier cosa y zás, ya lo hemos dicho. No charlar en todas partes. Es imposible. No parlotear al lado de esa cosa delicadísima y frágil que es un niño recién nacido.

¿Han pensado ustedes que con la mano se puede matar al niño? ¿Y esa cosa tan delicada no les merece respeto? "*Que no oyen*". Ya van a ver si oyen o no oyen. [...]

El niño es como una flor, es como un lirio. A qué tocarlo. No lo toquen. Nuestras manos son muy rudas. Qué va a hacer esta cosa tan encallecida con la carne del niño sino dañarla. Ya vamos a ver las cosas en su punto. No recomiendo con esto una absoluta frialdad, ¿no es cierto? Ya veremos las cosas en su justo medio.

[...]

Hay una desorientación enorme: se confunde la ternura con el sensualismo. La ternura es la cosa más clara y la cosa más fina del espíritu. Es la sensibilidad superior que viene como una consecuencia de la castidad. ¡Hay que ver lo que es la ternura de un ser casto! ¡Es una cosa tan magnífica, tan elevada! Como es la aurora. Como es la noche. Que no es una cosa blanduzca que va deshaciendo los contornos de las cosas.

Esa blandura de la carne es una fuerza disgregante. Lo va minando todo, lo va nivelando todo. Todo es la misma monotonía, buscando siempre la misma expresión y el cariño ciego.

El cariño del alma es una cosa luminosa, preciosa, constructiva, creadora.

El cariño de la carne es una cosa licuescente, como diría un latino. Es la humedad que va

comiendo los cimientos del edificio. Es la filtración que tolo lo va deshaciendo, que va quitando la configuración a las cosas.

La ternura del alma espiritual va dando configuración a todas las cosas. Se enternece por la bondad de las cosas, se llega a las lágrimas. La castidad no quita la sensibilidad sino que devuelve la verdadera sensibilidad humana. Vibrará la sensibilidad como un arpa en su justo diapasón y en la justa medida. Por favor, distinguan las cosas, por lo tanto.

[...]

Como nosotros sabemos que la vida solos es un tedio, que si estamos solos nos aburrirnos, que necesitamos compañía, entonces desde niño, al pequeño, que es más inteligente que nosotros porque quiere la soledad, se lo está divirtiendo para que viva. Los niños de ahora son la diversión de los grandes. Pero así se vengan ellos después porque los ancianos son la diversión de los jóvenes. Si dan ganas de tomar una ametralladora y matarlos a todos, menos al niño. *"Pero mirá las gracias y cómo mueve las manos, y qué vivo es, y qué vivo, y que vivo..."*, y el niño se va inflando y después los va a matar a todos.

Es una creación nueva; es una obra de arte nueva. Es necesario la inteligencia y el espíritu

creador. Dejen a la intuición de la madre funcionar. Dénles las ideas generales los que tienen experiencia pero déjenla a la madre con el chico y que ella aplique su inteligencia a ver qué puede ser.

Ahora, ¿se lo debe tener al niño en una sequedad total? No. Ni mucho menos. Sobre todo en los primeros tiempos, cuando es pequeño, que sienta la presencia de la madre que vela por él pero no que lo empieza a sacar, y dar vueltas por todas partes enloquecida, sino que mira qué puede ser. Serenamente. No corran todos a la cuna porque el chico dijo "¡ah!".

Ahora, ¿no lo va a tocar nunca? Sí. Algunas caricias jubilosas y breves. Despejadas. Y los besos también breves y pocos. Muy pocos, ¿comprenden? La virtud es el justo equilibrio. No vayan a decir que se les ha predicado la más absoluta austeridad, porque entonces el niño va a ser duro y seco. Que el niño vea un afecto vigilante y protector, y que note que el padre y la madre son superiores a él, y que él esta dependiendo del padre y de la madre. Que los vea seguros. Dominantes.

Ahora, la mujer en la maternidad tiene que ser una plenitud de inteligencia. Es algo que tiene que ser toda ella inteligencia. Tiene que ir al

máximo esa agudeza intuitiva que ella tiene. Es ella la que tiene que dar, con esa variedad maravillosa de la verdadera madre, programas que no tienen reglas precisas. *"Al chico le vamos a dar jugo de tomates y tal y tal cosa"*. Pero un día dice la madre: *"basta del jugo de tomates"*. Y ¿por qué? *"Porque he visto tales síntomas y no se le debe dar más jugo de tomates"*.

De la medicina se está abusando. No recurran tanto a la medicina. Después dicen las madres: *"Padre, no podemos tener hijos porque cuesta un dineral"*. Claro, porque lo tienen que llamar al médico a cada rato. El médico tiene que dar normas generales, cada tres o cuatro meses. Los médicos también tienen errores garrafales. No se puede aceptar la teoría de que en verano haya que bañar al niño tres o cuatro veces al día. Va a ser un anfibio blando, que va a tener que vivir en la bañera. No se pueden exagerar los recursos exteriores. No abrigarlo mucho. Si se lo cría entre algodones viene una corriente de aire y ya tiene pulmonía. Hay que acostumbrarlo, incluso, al frío y a las variaciones climáticas. Tampoco bañarlo a cada rato. Así la gente ya parece carne en remojo.

Bueno. Qué es lo que debe hacer una madre para criar bien a su hijo. La norma precisa es esto: cuando quiero enseñar algo a mi hijo, lo adquiero

ro antes yo. Ya he hablado cómo eliminar los nervios. Y he dicho que la educación del hijo comienza desde siempre. Me permito corregir la plana al Obispo aquél, que al ser preguntado por una señora sobre cuándo debía comenzar a educar a su hijo, le preguntó cuánto tiempo tenía su hijo: "*Cinco meses*". "*Ha perdido cinco meses, señora*". Yo me remonto a la infancia y a todo tiempo.

A la niña hay que inculcarle que ella es un molde sagrado. La maternidad comienza desde que se es mujer y hay maternidad en muchos sentidos, no sólo en éste. Pues bien. Comienza desde siempre, y la mujer tiene que llevar dentro, lo que tiene que enseñarle al hijo. No cuando tenga los oídos abiertos, sino desde siempre. No se quejen de que el niño sea un alocado insoportable, que sea caprichoso y nervioso, si la mamá ha sido nerviosa. Es eso lo único que puede engendrar en el hijo: sus nervios. Si le comunica todo en el trato que le da, en la manera de mirarlo, en la presencia. En la serenidad de esa alcoba, en el orden que reina, en la manera de estar dispuestas las cosas.

El niño es eminentemente receptivo. Todo él es una esponja. Está bebiendo todo el día. Bebe el ambiente, bebe las miradas. Tengan mucho cuidado con el niño. Se fija y observa todo y aprende todo. Desde que nace es puro ojos y puro

oídos. Dejen de creer tontos a los niños. Déjense de señales y miraditas. El niño se fija en todo y se da cuenta de la malicia de lo que están diciendo.

¡Yo me divierto más! Soy malo. El sacerdote es un poco niño porque está fuera del mundo. Una vez fui a una casa, que me habían invitado para un bautismo y había un hombre pero de lo más guasón, y estaba diciendo un montón de cosas impropias, y de atrás mío la hermana le hizo señas. Atrás mío. Y yo lo había visto. No vayan a creer que se lo engaña a un niño ni a un sacerdote. No porque se quiera ver, sino porque está todo tan claro... Se percibe inmediatamente lo que sucede, sin que medien palabras determinadas, ni gestos concretos. Es una tontería creer que el sacerdote es tonto. Cuando van, uno está de vuelta. En esa ocasión fue así. No había pasado nada ni se había visto nada, pero empezaron las piezas de artillería alrededor de ese hombre y quedó "groggy". Es así.

El niño es eso y mucho más. Es totalmente virginal. Entonces, desde niño ir inculcándole todo. Después ¿cómo lo va a corregir y cómo lo va a educar, con palabras? Bueno. Desde la cuna hay que educarlo y después no habrá que corregirlo, o muy poco. Porque esa cosa después agregada,

no da resultado. Porque al niño no se lo engaña. *"Ellos no quieren que yo haga esto y ellos lo hacen"*. Claro. Esos padres que dicen malas palabras, y si el chico las dice, va una cachetada. Eso es, como decía el Padre Moledo, un abuso de poder.

Cúidense de purificarse mucho. Nada de sensualidad. Mucho amor y mucha ternura, que no se resuelva nunca en blandura sensible.

[...]

El niño lo ve todo y lo aprende todo. Así que no pongan un cuarto demasiado barroco ni lo llenen de cuadritos y adornos. Desde que abre los ojos que vea buen gusto en su cuarto. No lujo, sino buen gusto y ese niño va a tener buen gusto después. No lo tengan al niño delante de trapos tirados por aquí y por allá porque el niño es niño y no ve ¡"No ve"! Como el sacerdote, "no ve".

Bueno. He dicho mucho en poco rato. Pero, ¿servirá esto? Por favor, háganme caso. Les diré esto: siempre he tenido la boca bastante cerrada y los ojos muy abiertos. He observado las cosas y he visto a niños que eran destruidos por sus parientes en seis meses. Viene esa cosa diseñada por Dios, virginal, y a los tres meses, cuatro meses,

cinco meses, empezar con mañas y tener una pataleta que había que ponerlo debajo de la ducha. Háganme caso, por favor.

V

CONSENTIMIENTO Y ABUNDANCIA

Los hijos jactanciosos y mal educados deshonran el noble origen de su familia.

(Eclesiástico XXII-8)

(Lectura de una fábula:)

Mamá Sapo, mamá Cerdo y mamá Serpiente eran vecinas trabadas entre sí por mil aficiones y envidias. Tantas ayudas y molestias se prestaban mutuamente que no podían vivir la una sin la otra. Al fin, después de emularse muchos años en pequeñeces y egoístas altruismos, la primera tuvo un hijo rubio y hermoso; tan hermoso que casi parecía el hombre. Ella se fijó en su hijo que era

rubio y hermoso hasta el punto de parecer el hombre y la embriagó la idea de ostentarlo para recibir el homenaje de la admiración de sus vecinas. Se veían de continuo y lo mostraba desnudo y vestido, dormido y despierto. El niño entró en desasosiego porque los ojos de mamá Sapo, mamá Cerdo y mamá Serpiente perturbaban el recogimiento de sus fuerzas; no dejaban que las fuerzas de adentro se ocuparan del todo en estirar su hombría en ciernes y sus cabellos rubios comenzaron a apagarse. En medio de las mamás que lo extinguían pugnadas por crecer como retoño nacido en tierra hostil. Pasó un año y un día dijo con mucho esfuerzo, como si toda su inteligencia saliera por su boca: "P-e-r-r-o". Enseguida, su madre, enloquecida de gozo se asomó al balcón y casi precipitándose por él, llamó a sus vecinas. Vinieron con la solicitud acostumbrada y reunidas colocaron en medio al niño hermoso y le requirieron que hablara. "P-e-r-r-o", dijo por segunda vez. Mamá Sapo flageló con enloquecidos besos la carne de su hijo: lo devoró un poco. Mamá Cerdo y mamá Serpiente la felicitaron con efusión y se retiraron con una vaga tristeza en lo más bajo de sus corazones. El hijo de cada una de ellas no había dicho más que "cama". En cuanto el niño hermoso habló en público, un globo imperceptible de aire, nació en su pecho. Con todo, la alegría de la buena mamá no menguó porque no tenía ojos para ver aquel globo y lo confundió con robustez y gordura. Pasaban

los años y todo era prosperidad en el niño. Con cada progreso el globo crecía en su pecho. Mamá Sapo estaba definitivamente ensalzada por encima de sus queridas amigas. El niño no sólo era hermoso sino también inteligente. A los cinco años había declamado un verso de su padrino: a los ocho años sabía dividir por tres cifras y sus cuadernos pasaban de mano en mano. El globo crecía en el pecho y ya, no lo consideraban únicamente robustez, sino además dignidad y sello de distinción. Cuando fue adolescente, mamá Sapo meditó: "¿Qué haré con mi hijo prodigio?". Pero no pensó mucho porque ya desde antiguo había resuelto el destino de su hijo: "Lo enviaré a un colegio a Babilonia, la Grande, y allí aprenderá a dominar las ciencias de los hombres; sus hechos serán notorios en la Ciudad de las Sombras y su nombre se perpetuará en ella". Y así fue. Aquella afortunada señora llegó a creerse inteligente porque todo se cumplía según sus deseos. Volvió su hijo de Babilonia la Grande, dominando las ciencias de los hombres. Su madre empleó un secretario para que lo siguiera y apuntara todas sus frases. Su hijo se internó en la Ciudad de las Sombras, sin otro tesoro que su cabello apagado y el globo de aire muy crecido en el pecho.

¿Se entiende algo? ¿Necesita explicación? ¿Necesita glosa? Bueno. Qué cosa bárbara, ¿no? Me dan ganas de llorar un poco. Yo creo que la

tercera vez que la leen se ponen a llorar. Ese es el destino que se hace del hombre desde su cuna. Porque esto termina así:

Dio un paso y triunfó; dio otro paso y triunfó; al tercer paso, el globo que ya había invadido todo su ser, reventó.

Bueno. Es así, ¿no? El hombre está tomado por otro espíritu, que no es el hombre, sencillamente. No está en inteligencia de sí mismo, como la mujer no está en inteligencia de la criatura que tiene que formar. Vemos desde la cuna ese globo de aire que va creciendo en su pecho, que lo confunden con dignidad, con inteligencia, porque hay ese desmedido afán, primero. Desde que Caín fundó una ciudad y le puso el nombre de su hijo, se van sucediendo estos actos en que se van dando vueltas siempre sobre sí mismos y si no sobre los hijos, que son parte de sí mismos; se van localizando en sí mismos. Somos el hambre de otra cosa.

Es una confabulación espantosa para echar abajo a otros, esas asambleas acerca de los niños, para ver qué chispita de "algo" aparece, para pescarla con ansiedad; y en criaturas que son lo más pobres y miserables, se están viendo maravillas.

No digo que no se los ame, pero ese amor debe ser constructivo, no estar devorándolos. Todo esto caerá por su base, porque está en contra del hombre y va formando un globo de aire en su pecho. Ésa es la verdad. Ése es el desarrollo del hombre moderno y esa es la obra de las madres modernas. Y eso es lo que queremos combatir aquí.

Vamos a continuar con los detalles.

[...]

Que el niño sepa que hay cariño; pero ya hemos tratado de explicar en qué consiste la verdadera ternura. Miren que porque hay semejanza entre el espíritu y las cosas de la carne, creamos parodias de lo que el corazón humano ansía. La carne tiene su ternura, pero es muy distinta a la ternura que apetece y corona la humanidad y que sólo puede dar el espíritu.

Ahora, un cuidado enorme con el llanto del niño, que jamás el llanto sea un arma en el niño. Jamás. Miren que la intuición que tienen los animales, tienen los niños; porque un perro se da cuenta inmediatamente del trato que le va a dar su patrón. Inmediatamente. Un patrón débil, y va a estar majadereándolo, y qué se yo; y si el

patrón es fuerte, se va cuidar mucho de molestarlo.

En el niño está funcionando la inteligencia desde que nace. De los dos modos de la inteligencia, el intuitivo. Porque la inteligencia tiene un modo racional o discursivo y un modo intuitivo, pero no se sabe con exactitud, no se puede saber, en qué momento empieza, y la base de la inteligencia es la intuición. Me causa una gracia enorme cuando dicen que el niño empieza a saber cuando entra en uso de razón. Va a aclarar entonces lo que ya vio, no se sabe desde cuándo. No se puede saber.

Claro, no se puede decir: "cuídense de esto". Formen un ambiente de lo que se quiere enseñar al niño: el orden, la paz, la limpieza, la serenidad. Ahora, un ambiente en donde de repente se dé un grito, no le va a quedar, porque es accidental, pero un ambiente donde hay trapos sí, porque va engendrando una psicología. El ambiente ordenado va formando un buen gusto a toda prueba porque va formando la moral. Un buen gusto que muestre un espíritu sano y limpio. Cuídense mucho de esto porque para los niños se están haciendo cada monigote... y lo cobran una exorbitancia. Esas cunas que le pintan muñecos y bastante mal hechos... Bueno.

Y por lo tanto miren que tiene una intuición agudísima el niño. No se puede decir exactamente cómo lo van a tocar, y cómo lo van a tratar, porque a veces, y en muchos casos, estos principios fallan porque son distintos casos que hay que considerar; pero esto, que el llanto no sea un medio, un arma, porque en cuanto ve que el llanto es eficaz para todo el mundo y para que todo el mundo vaya a atenderlo, van a ver a lo que se llega. Ahí ven por qué hablé tanto de los nervios de la mujer, porque tiene que tener los nervios bien templados. Porque el llanto prolongado excita. A mí me han dicho: "*Padre, he maltratado a mi hijo porque me tenía loca*", y así, ven que ellas mismas son la causa. Miren que generalmente son las madres y los allegados al niño los que provocan los llantos. Se le va a despertar al niño tal o cual tendencia, según el trato y más que nada el ambiente. Porque el niño va a traer disposiciones heredadas de sus antepasados, y todo eso va a salir a flote y se va a desarrollar, según el trato que se le da al niño. "*¡Ay, qué fatalidad ésta! Porque el abuelo y el bisabuelo tenían tal carácter, este chico justo lo ha sacado*". Porque, claro, la madre, tiene un poco parecido a estos antepasados el carácter.

Los mayores provocan los males que después lamentan en sus hijos. Ese trato nervioso es algo que va formando al niño en esos caracteres dis-

colos, caprichosos, que no saben lo que quieren, irascibles. Miren si tienen que tener cuidado en ser un arpa bien templada. Se van a poner a prueba cuando el chico chille y chille. Llore todo él: los pies, la cabeza. Hay que tener primero serenidad para que la intuición pueda funcionar dentro, despejada, a ver qué le pasa a este niño: "Es un dolor real". Una necesidad que tiene porque a veces puede haber una molestia en la criatura y puede ser un pañal, puede estar ardido, o una molestia en la cuna. El llanto de dolor se conoce enseguida. Me causa admiración esas madres que, de repente, se dan cuenta cuando el chico se está muriendo. Cómo no se va a notar el llanto del niño rabioso, cómo no se va a distinguir del llanto del chico hambriento. Cuando la madre lo siente llorar, que vaya y que vea que no tiene nada, pero que vea que es nada, y entonces recién que lo dé vuelta, porque a veces puede estar necesitando eso, y lo deja nomás, que llore tranquilo. Ya van a ver que ese llanto se va tranquilizando y cada vez llora menos, después llorará un poco por compromiso y ya está. En cambio, cuando se está pendiente del "bomboncito" y que corrió la mamita y el papito y la tía y la abuela. Bueno. Ya el llanto se va a ser norma para todo.

Los chicos nos están sobrando. En nosotros se ha ido apagando una cosa que en ellos está vibrante. Claro que ellos no saben; no dicen "voy

a usar del llanto; eso me da resultado". Por demás está decir que no es remedio para nada, a menos que medie una enfermedad, los paseos y los brazos. Antes, cuando tenían muchos hijos y había que atender la casa, la madre los dejaba tranquilamente ahí sentaditos, mientras ella trabajaba, tranquilamente y el chico también. Qué inteligencia hay que tener para criar los niños porque hay veces, como les digo, que estos principios fallan, pero es que no son normas rígidas. Tomarlo en los brazos cuando el niño está mal, le va a hacer bien, porque va a ver que cuando él tiene necesidad, ahí está la madre. Se va formando un concepto cabal general. Hay que unir esa inteligencia despejada, con esa ternura comprensiva. No digan que enseño normas de gendarme. Ni esa frialdad de no tocar al chico con el dedo, ni tampoco esa babosería.

Y ahora, qué diremos. No creo que aquí sea muy necesario, porque hay todavía una tradición, pero en ciudades grandes, como Buenos Aires: el dejar los niños en manos mercenarias. Es sencillamente matar al niño porque es cortar la corriente vital que está criando al niño. La madre no forma su hijo en nueve meses de esfuerzo, sino en veinte años de esfuerzo; y si ese esfuerzo ha sido bueno, lo puede largar al hijo a la Patagonia, porque ese hijo es un hombre. Si no, va a estar con esa angustia: "*¡qué será de mi hijo!*",

¡qué será de mi hijo si sale hoy!, ¡qué será de mi hijo si se va al campo!". Y ya no habrá caso. Ya nada se puede hacer. Al muchachuelo desarrollado, que tiene una conciencia de que él es dueño de sí mismo, y se lo tiene en esa forma, no se logra nada sino que se sienta oprimido, y hasta que riña y se vaya al otro lado por llevar la contra. Quizás sea bueno, pero hará fechorías por llevar la contra. Se han visto niños oprimidos por un padre austero, que al morir el padre se han reventado. Porque sobre ellos había una mano rígida oprimiéndolos. Desapareció aquello y sí, reventaron.

El chico depende del padre mediante la madre. El padre debe estar al lado de la madre para los momentos bravos. Ya vamos a ver en la educación superior, también. Pero una madre que rompe esa corriente vital y pone en manos mercenarias al niño, merece que la fusilen. ¿Ustedes saben de dónde viene esa persona? ¿Qué vicios trae?

[...]

Y esa persona queda en poder de los hijos. Y los padres, por ahí, de vez en cuando ven a sus hijos. Las cosas que se ve en Buenos Aires, los hijos están en el departamento, con todo un bagaje de cosas y los padres van a visitarlos un ratito, nada

más. Por los compromisos sociales. ¡Tienen tantos compromisos y obligaciones!

Tengan mucho cuidado con eso: la confianza en alguna persona del servicio. Tengan confianza en una persona que está treinta años en la casa. En ella ya se puede confiar, ha estado toda una vida con uno y ya es de la casa, ya es como otra madre también ella. Pero en un año, no se puede conocer.

Luego, hay una época difícil, que es el momento de echar los dientes. Un momento de suma molestia en el niño y que va a poner a prueba los nervios de la madre. Dejen al niño que aprenda a sufrir y a ser fuerte. Con esa blandura lo están destrozando al niño. Pobrecito si tiene que pasar esa época, y entonces, ¿qué? Más sufrió la madre en los nueve meses que tuvo que llevar al niño en sus entrañas. Por qué se afligen de una cosa que no tienen por qué afligirse. Pero están con las palmaditas. "*Y a ver chiquito, y esta cosita, y este salerito*". Lo hacen un mañero. Tengan cuidado en esos momentos.

Hay que divertir al niño pero tengan cuidado de no acostumbrarlo a la variedad de cosas. En la cuna o en el cochecito no le pongan muchas cosas. Porque lo van a extravertir y empieza a enloquecerse. Siempre mucha sobriedad.

Observen que el niño que tiene un cuarto de juguetes es el niño más aburrido de la tierra. Está harto de todo. Son chicos más bien tristes. En cambio, miren ustedes esos chicos pobres, cuando les cae una muñeca en la mano. Y después, cuando la rompen, es otra solemnidad. Porque ya es otro juego el romperla. Pero la rompen después, cuando ya han jugado mucho, o no la rompen nunca. Pero la van a querer y va a tener nombre y le van a atribuir costumbres y qué se yo. Pero, cómprenles veinte automovilitos y no van a querer jugar.

Es lo que le pasa a la gente que busca la felicidad en las cosas y no se sacia nunca. Un tapado de piel. Uno gris. Sí. Después, uno negro. Y después, uno blanco. Y las cosas, y las cosas, y las cosas.

Es lo que le pasa al rico que ha visto todas las cosas, y lo mismo le pasa al pobre niño que termina como ese cuento que les dije, del chico que quería un caballo y el padre recorrió todo Buenos Aires para buscar un caballo que le guste al chico, ¡tenía tantos! Bueno, por fin se contentó con un caballo de calesita y se lo trajeron a casa. Y él quería que el caballo esté en la cama del papá y la mamá. En medio de los dos. Y el papá y la mamá dormían incómodos en el borde de la cama, porque el chico quería ver cómo quedaba

el caballo en medio de los dos. Qué ridículo. A la semana, no le interesaba el caballo de calesita y le tuvieron que traer un ponney. Y era una casa de Belgrano que no tenía fondo y el ponney estaba en el patio. Y ahí eran todas las necesidades. Después yo no sé qué habrá querido. ¡Qué cosa! "*Que quiero un autito, papá* ", y no es un autito, sino veinte autitos. Y el chico se enloquece.

¿No han visto qué cosa tan angustiosa es visitar un museo? Porque un cuadro está anulando al otro cuadro. La abundancia nunca es riqueza. Bueno. Ese error también existe en el orden de la cultura; que se sustenta a la cultura por la erudición. Cuál es el hombre culto: "el que conoce muchos autores". Ese es un catálogo de autores, qué va a ser culto.

Es culto un hombre que ha profundizado un genio. Dicen que una forma superior contiene en sí las formas inferiores. Entonces el hombre que haya entendido bien a Bach, a Beethoven, ya van a asimilar a todos los músicos porque, en una forma eminente, están contenidos en ellos. La cultura tiene que tender a la unidad. Es un desatino no temer al hombre de un solo autor. Un libro bueno, leído a fondo, marca una etapa en nuestra vida y en nuestro progreso; marca toda una etapa. Leídas bien a fondo las "Confesiones" de San Agustín o "El Diálogo" de Santa Catalina

de Siena, marcan etapas en nuestra vida espiritual.

Darle al niño buen gusto. Saber seleccionar. Para el buen gusto no hace falta mucho dinero. A veces con el dinero no se hace nada. Hay que tener atenta la facultad de saber seleccionar. La persona que vive de otras, que no tiene noción de cultura ni de buen gusto, le tienen que decir: "*Tal paisaje es lindo; es hermoso el paisaje de Río de Janeiro*". Y él dice: "*Qué hermoso es el paisaje de Río de Janeiro*"; y así, toda una vida. Y si va a Río de Janeiro dirá: "esto es hermoso", y sacará una fotografía, casi sin haberlo mirado. Ya está.

Por qué se ha abusado tanto de los renacentistas. Empalagándonos. Por ejemplo, Rafael. Ya cansa. Como ese caso de Bach: "Tocata y fuga". Ya uno no sabe si vale o no vale. Pero tal vez la persona que tiene un espíritu formado, es feliz con un paisaje que ha encontrado ahí.

Tal vez el chico va a ser más feliz con un muñeco de trapo que con el montón de cosas finas. No multiplicar las cosas porque los van enloqueciendo. Que se entretenga con una o dos cosas, pero nada más que con eso. Y tengan cuidado, porque el mal gusto está cundiendo. Son feísimos los juguetes de ahora; todas esas cosas de material plástico son feísimas. Tengan cuidado. La made-

ra, el cuero, la porcelana, pueden servir para el niño, o la goma, no sé qué, eso lo sabrán ustedes. Hablo en bien de niños pequeños y grandes. Hay que tener el gusto formado para, entre mil cosas, saber seleccionar una, para que el espíritu dé unidad a la selección y que el niño se vaya formando con la unidad. No un montón de baratijas, como pasa en las iglesias por falta de unidad en la gente religiosa. Y cada uno regala los ornamentos que a él le gustan. Con el niño es lo mismo.

Y miren que está reinando la heterogeneidad, porque falta el espíritu propio. No sé si se han alarmado ustedes o si se usará todavía ir a los bailes puestas de cualquier manera, o con un turbante árabe, o con un vestido tipo Luis XV... Por lo menos, eso se veía en "El Hogar". *"¡Ay, qué elegante!"*. En cambio ustedes ven qué cosa tan bella, las campesinas de Grecia, de Italia (no sé de Italia, no conozco bien), de España. No sé si han visto el noticioso ese en que aparecen bailes regionales, cuando la visita de Eva Perón a España. Es una belleza esos trajes regionales, que son la unidad de espíritu en todo. Hay que ver los sombreritos, las polleras, los encajes, los corseletes. Daban envidia. En cambio, cuando se ve tomar así, todas las cosas aisladas... ¿Y por qué habrá eso? Porque no hay un sentir, no hay un espíritu nuestro, no hay personalidad.

¿Ustedes me han seguido? Porque les parecerá que he divagado. Todo esto es a propósito del buen gusto y de la sobriedad en los juguetes. Nunca lo abrumen al niño con el montón de cosas ni lo dejen comprar todo lo que se le ocurre. Que se para delante de una vidriera, y que la mamá tiene la cartera abierta. *"Que ese autito, mamá. Quiero ese autito"*. *"No. Ya tienes un autito y te quedas muy tranquilo"*. Porque si no, es de no acabar nunca con las pretensiones. Y va a terminar en el caballo de calesita. Entonces, no.

VI

DESORDEN Y PRECOCIDAD

Un caballo sin domar se vuelve reacio, y un hijo consentido se vuelve insolente.

(Eclesiástico XXX-8)

Entonces bien. Encarezco mucho lo último que hemos explicado: tengan mucho cuidado con la multiplicación de juguetes, que es enloquecer al niño y orientarlo a la frivolidad. Desde pequeño hay que orientarlo hacia la profundidad. Un solo juguete le va a gustar más que muchos, porque muchos le están enloqueciendo la atención. Tengan cuidado en eso de ser moderados. Es la manera de hacer desagradables a los niños. Es la mentalidad de un criterio hedonista y de creer

que con eso va a ser feliz. No les digo la mezquinidad, sino aquello que pueda incorporarse a la vida del niño, que vuelque allí su cariño y que le dé vida. Que no sea tal muñeca, no, sino que sea Fulanita, Carmencita, o qué sé yo.

Bien. Otra cosa que tenemos que recalcar mucho es que el niño debe estar en un ambiente de orden. Nunca la fealdad de los trapos, que es la más horrible decoración de las casas. Cuando no hay orden tenemos que perder dos horas y hasta dos días buscando las cosas. Miren si será feo. *"¡Y dónde estará aquella libreta!"*. Y la libreta se está muriendo de risa debajo de una pila de cosas: *"Ha llegado la hora de mi venganza: será lo último que encontrarás"*.

El orden facilita mucho las cosas. Ahora, ya saben que la virtud es el justo equilibrio. ¡Cuidado con el orden! No ser esclavas del orden. Hay algunas señoras que lustran el comedor, y lo friegan, y lo limpian, y le sacan brillo, y después le meten llave y hacen un escándalo enorme si el marido quiere ir a buscar un vaso. Entonces las cosas se dan vuelta. Las personas sirven a las cosas. Es como para alojarlas en la punta del Himalaya y dejarlas; porque es un martirio, están: *"cuidado, no muevas eso, no toques eso, ¡cuidado la silla!"*.

Bueno. Esto está al margen, pero... hubo un tiempo en que creían que la virtud era ser sirvienta del marido. Adivinándole el pensamiento. "*¿Qué quieres mi hijito? ¿El diario?*" ¡Corre, el diario! "*¿Un cafecito?*" Volando un cafecito, un cafecito. Ahora han cambiado las cosas: "*¿Qué crees que yo me he casado para ser tu esclava?*". Bien. Ni lo uno ni lo otro. Tolerarlo, ayudarlo, pero a la par del marido, no a los pies. Ya lo dice muy bien San Agustín, que Dios no sacó a la mujer de los pies del varón, porque no habría de ser su sierva, ni tampoco de la cabeza, porque no sería superior a él; del costado, para que le sirva de compañera y amiga. Esto tenemos que decir después respecto a los hijitos varones. Que no saben hacer nada, ni pegarse un botón.

Entonces, el orden. El orden les va a formar un espíritu apacible. No se quejen si después el chico tiene mal humor, si es que lo tienen en medio de los trapos. El orden despierta el buen gusto. [...]

Bien. Llega otro momento muy molesto en el niño. Ya hablamos de la dentición. Ahora, el caminar. No estén todos pendientes [...] porque va a dar un paso. Déjenlo que se caiga. No le va a pasar nada. Si el chico está muy cerca del suelo. Eso sí: cuidense de las escaleras que eso sí es peligroso. Pongan una barandita, o una puer-

tita. Y dejen que se dé un golpe después. Y después, cuando sea grande, dejen que se caiga del caballo también. Claro. Los hacen pusilánimes a los chicos.

Pero cuidado, no imitar a aquel judío, ¿no? ¿No sabían ustedes? Lo puso al chico arriba de una cosa así y le dijo: "*Vení, mi hijito*". Y el chico se caía, y caía en los brazos del padre, y así una y otra vez; y en una de esas, el judío se hizo a un lado, y el hijo se fue de cabeza al suelo. "*Eso*", le dice, "*para que aprendas a no confiar en nadie, ni siquiera en tu padre*".

Bueno. ¡Ay, los nervios de las mujeres! ¡Cómo arruinan a los chicos! Los hacen pusilánimes. Cobardes. Y miren que eso de la cobardía está a la orden del día. Da vergüenza el estado del niño. Qué capacidad va a tener frente a la vida si aprendió a ser cobarde cuando niño. Es algo tremendo.

Bueno. Ahora sí que viene el momento bravo: la iniciación en la comida. Otro cruce y otro desvío. Sepan que allí se ponen a prueba la prudencia y la paciencia de la madre. La madre pierde la cabeza abandonando la tarea y el niño se hace un mañero para toda la vida. Piensen que, al principio, todo les va a resultar desagradable. Nada se compara a la leche de la madre. Ni la

papa, que es tan suave y tan liviana, ni la papa les va a gustar, les va a parecer una cosa áspera, terrible. Qué les diré del jugo de tomate. Pues bien. La madre va a deponer sus armas y va a dejar al chico: "*No me gusta, mamá, y no me gusta, mamá*", y va a dejar al chico, que coma dos o tres cosas. Hay que tener dulcísima paciencia hasta que el niño coma de todo. No cejar. Claro, poco a poco y hasta que el chico tenga dos o tres años. Ustedes saben que ahora la medicina ha hecho adelantos grandísimos al enseñar al ser humano a comer. Claro que también se cometen errores muy grandes, pero también las madres ya saben un poco más. No les van a dar de golpe cosas que hasta son pesadas para los grandes: salsas o fritos. Y nada de "*no me gusta, mamá*". Cuando vean que las cosas se están poniendo mal y que la insistencia lo está enervando, dejen hasta el día siguiente. Pero no cejar. Mire que eso de que no les gusta un plato es un principio de una desgracia para toda una vida futura.

[...]

Al chico le tiene que gustar todo. Mire, una experiencia propia: yo tenía siete años. Nos daban de comer antes. Ya éramos grandes. El más chico era yo. Era una mesa larga y estábamos todos ahí, y a la cabecera se sentaba la mayor de mis hermanas; y trajeron un día loco, y se le ocurrió

decir que no quería locro y todos, como loros; a repetir: "*yo no quiero*", y mi madre, que había visto ya la manía de repetir lo que decía la más grande, se puso delante: "*¡Todos a comer locro!*". Y a mí me gustó mucho el locro. Nunca lo había probado. Pero el aspecto no me gustaba. Después me hice esta reflexión filosófica: si Fulano come tal cosa y tiene el paladar como el mío, a mí me va a llegar a gustar. Ahora me gustan hasta las piedras.

[...]

Bien. ¿Pero eso de que a los niños les gusta de todo? No. Son tan mañeros que tienen hambre, y no les parece buena una cosa, y están majadereando y lloriqueando, y no comen. Todo tienen que aprender. "*¿Qué no te gusta, mi hijito? Ya te va a gustar*". Pero nunca admitir el argumento de que "no me gusta" una cosa. El chico que estudia tiene un hambre de lobo. Pero si le hacen caso de que no quiere y le dan en la boca, lo están malcriando. También, ¡algunas mamás! Había una niñita que tenía ya veinte años, y que la mamá la seguía con el plato para darle la sopa. Estaba hablando por teléfono la otra y la mamá dándole la sopa porque si no, no comía la niñita. Créanme que para salvar a muchos hijos hay que matar a la madre.

Si la madre afloja porque el primer día no quiere el chico, pero es que algún día querrá. No aflojen. Aflojen sin aflojar. La comparación que hacia el Padre Moledo: el trato con el niño debe ser como se hace con el barrilete: se va soltando el hilo, que el barrilete pueda volar tranquilo, pero cuando vemos que se va un poquito más allá, tirar de la piola rápido.

Nunca la madre dominada por el niño. El niño pertenece todavía al orden animal. Un caballo sabe quién es el jinete. Y si el jinete domina sin miedo el caballo va a ser una seda. Miren, lo he visto en Córdoba. En los turistas, que no bien llegan se ponen pantalones, se ponen un bonete y quieren andar a caballo. Pero si han vivido en un departamento, qué quieren en quince días andar a caballo. Y andan el primer día a caballo y los otros catorce se los pasan en la cama.

Un día estaba mi hermana, y pasaba una turista en un cordero que iba al tranco: *"Señorita, téngame-lo al caballo que se va a donde yo no quiero"*; desesperada, y mi hermana a reírse. En cambio, había un espectáculo maravilloso: un muchacho que había sido ganadero, y subía a uno de esos animales nerviosos, que son todo músculo, y en uno de esos caños de cloaca se quería asustar y no pasaba. Y el muchacho este tenía una serenidad y hasta que no pasó y volvió a pasar, no lo

dejó tranquilo. Pero había que verlo, sentía la satisfacción de su energía y de su suficiencia.

Lo mismo la madre. Ella tiene la inteligencia y es superior al niño. Tiene que ir envolviendo al niño hasta que se dé por vencido. Pero no. No quiere comer y ya lo dejó. Y que se entienda solo. No. Es una obra de arte. Se hace para toda la vida y en aquel punto en que claudiquen las madres, va a pagar el otro para toda la vida. Y nada de dar de comer en la boca, sólo mientras sea necesario, después no. Mucho cuidado. Después son majaderos. *"Que esto no me gusta porque tiene cebolla, aquello porque tiene espinaca, y aquello porque no está a punto"*. Y amargan la vida entera. Bien se paga en los conventos, ¿no? Algunos los hay que no perseveran porque no les gusta la cebolla, y como en los conventos se come más que todo verdura, ya no pueden. Qué cosa, esa crianza. Abandonan un gran destino por la comida.

Y esto causa molestias en la vida doméstica, y disgustos a la hora de la comida, porque el otro se pone todo tieso, expectable, porque no le han hecho el gusto. *"No, no tengo ganas"*. *"Y qué te pasa, Fulano"*. *"Nada; no tengo ganas"*.

Bueno. Otra cosa que tienen que cuidar mucho para cuando el niño sea mayor, son las confituras. No den plata al niño para que coma a desho-

ras, que eso es causa de molestias y de grandes anemias. Un caramelo a deshora es suficiente para que el chico después no coma. Se atenta contra la salud del niño porque se hace inapetente y se lo hace esclavo de la gula. Y después va a estar pensando: *"qué quiero y qué quiero"*. Miren si hay que tener sabiduría para criar los hijos.

Bien. Ahora ya entramos en el niño que ya habla, que ya camina, en el pequeño niño de dos años y aquí tenemos que advertir una cosa: he visto muchos padres encantarse con la precocidad. Y la precocidad es mala, sencillamente. La precocidad es el índice de que ese niño va a ser un mediocre. Porque a mayor perfección en un organismo, mayor período de desarrollo.

Ustedes ven en la escala zoológica: un animal a quien compete una perfección rudimentaria, baja, inmediatamente está en estado de adultez. La langosta inmediatamente puede vivir por sí misma. Pero qué digo la langosta. Los peces salen de la huevo y ya pueden vivir por sí mismos. Alcanzan pronto su plenitud. ¿Me explico? Ustedes ven, en la medida en que un organismo es superior, mayor es el período de desarrollo. Y a medida que avanzamos en la escala zoológica, a mayor perfección, más largo este período; y así vemos en la naturaleza humana, que necesita veinte años de cuidado.

Pasados los veinte años, lo tienen que largar. No hay nada que hacer. Si no lo han formado en veinte años, no hay nada que hacer. Pero el niño que a los tres años ya sabe leer, sabe contar, ya ha quemado toda su inteligencia. En cambio, el desarrollo de las personas de genio es lento y va con una progresión admirable.

Y en la primera etapa son niños: viven buscando las cosas, descubren la planta, la hormiga, se trepan a los árboles, buscan el vaho de la tierra, no están hablando con las personas mayores. Después de los trece años pasan al período del mecanismo y se volverán locos por hacer un barco. Quieren ser carpinteros o herreros. De los quince a los dieciocho años quieren ser médicos o zoólogos o biólogos o botánicos. Y después de los dieciocho a los veinte años, van a querer ser literatos o artistas en vista ya, casi, a la madurez. Y si está bien dirigido le va a gustar la matemática y va a querer ser matemático.

En fin. Así que nada de encantarse ni de ilusionarse porque el niño sepa declamar una poesía del padrino a los tres años. He visto algunas cosas que me daban ganas de gritar. Una abuela que llamó a la nietita, tenía tres años la chiquita: *"van a ver qué maravilla, no sabe leer y van a ver cómo lee este libro"*; y en una rueda de personas grandotas la sentaron en el trinchante y la pobre

criatura, colgando las piernitas, se dijo al pie de la letra todo el verso y lo decía al pie de la letra, como si estuviera leyendo. ¡Pobre criatura! ¡Estos salvajes! ¡Estrujando a los hijos! Me daban ganas de irme. Les dije, y probablemente se rieron de mí y pensaron: "*¡Qué preocupado, pobre!*".

Y pensar que la base de todo eso es la vanidad de los parientes. "*Tengo una hija prodigio*". Y la hija prodigio, a los siete años, va a ser una mediocre y la van a gastar y va a tener surmenage. "*Y ¿de dónde le habrá venido surmenage a mi hijita?*"

Así que tengan mucho cuidado con la precocidad que es provocada por los grandes. Claro que ya sabemos que somos sociables y las cosas se comunican. Pero se frustran los procesos de desarrollo. Se apuran. Eso es lo que sucede; porque se ha cambiado el orden. Los grandes están pendientes del niño, y los niños hacen muy bien en jugar con los grandes y reírse, y hacerles la vida una tortura. Tienen derecho. "*¡Qué hijito imposible éste!, me ha ensuciado toda la casa con su pelota*". Hizo bien en echarlo todo abajo; ya lo echaron abajo a él los otros.

El niño en medio de los grandes es triste. El niño necesita niños. Por eso hay que tener bastantes hijos. No hay nada peor que el hijo único. Porque los padres están pendientes del niño, porque

ponen todo el amor que tienen para muchos, en ese hijo único; y el niño también, envarado ahí, porque tiene que cuidar a sus padres.

Es un veneno los chicos en la rueda de los grandes. Claro, las cosas están tan mal: en un departamento, cómo van a estar los niños solos. Después ustedes dicen que hemos adelantado.

Otra cosa: el niño en este tiempo, que esté contados minutos en medio de las visitas, porque las visitas son atroces. Es una jaula de panteras. "*Dónde está Fulanita, dónde Menganito*". Sí, que la madre los traiga un ratito y otra vez al fondo. Porque si no, después no come ni duerme. Entonces, que venga, como un gran personaje, un ratito, la mamá lo presenta, lo muestra, y enseguida se lo lleva. Y la mamá, si no hay quien lo lleve, si no hay niñera, que se sacrifique y se lo lleve. Porque después va a tener la recompensa; va a dormir bien esa noche. "*Si no hay otro que atienda las visitas*", pero sí, siempre habrá alguien.

La madre está entre dos mundos enormes: el mundo de los grandes, que está bullendo; y el mundo en formación de su niño.

La precocidad es provocada por esa compañía de los grandes. Ya vamos a ver después lo que exci-

tan a los niños las conversaciones de los grandes. Es algo tremendo. Hay niños que se pasan la noche entera pensando: *"Qué han querido decir con eso; qué han querido decir con eso..."*

Bueno. Insistimos en la precocidad. No sólo no se debe explotar, sino que hay que moderarla. Ahí debe estar la madre. A un niño apático, excitarlo, moverlo, con los amigos. Y a un niño agudo, aplacarlo, moderarlo, para que no se gaste. Ya veremos cuando los niños crecen, la diversidad de caracteres, y la madre tiene que ir estudiando y moderando.

No se refugien en casos excepcionales, como Mozart. Pero miren que Mozart murió a los treinta y siete años; y después dicen *"lo que hubiera sido la música de Mozart si hubiera vivido"*, y tal vez no, porque ya se gastó, ¿no es cierto? Así que no, al contrario. El talento necesita desarrollo.

Hay errores garrafales. Hay que ver lo que hacen los parientes con los niños. El niño va convirtiendo sus dotes excelentes en vanidad y todo se va dilapidando.

VII

TEMPERAMENTO Y VIRTUD

*Hay caminos que parecen rectos,
pero al final son caminos de muerte.*

(Proverbios XVI-25)

Recuerden entonces, lo que hemos tratado. Habíamos llegado a la edad del caminar, y recomendé mucho que no vayan a desarrollar la timidez en el niño. Que no estén con esa nerviosidad ("*que se cae, que no se cae*") que los hace a los chicos pusilánimes. No importa que se dé un porrazo, no le va a pasar nada: ni un chichón se va a hacer.

Después, la comida. Ahí hay que ser muy inteligente. Aflojar sin aflojar, para acostumar al

niño a todo, porque es un desdichado el hombre o la mujer que no sabe comer de todo. ¡Las aflicciones, las complicaciones de hogar que crea eso! "Que me gusta, que no me gusta, que sí me gusta". Cuando son maridos, con sus esposas; y los chicos, que están bajo la férula de sus padres, los malos humores, las rabietas, y qué sé yo. Imagínense, si por alguna circunstancia, van al campo, y tienen que comer un día en una casa que les dan cualquier cosa, y van a estar haciendo ascos.

En qué forma tan distinta proceden los santos. Un Padre, no les estoy hablando de un monje del siglo tercero, un Padre, se tomó todo un vaso de vinagre. La dueña de casa se había equivocado y él, por no hacerla afligir, se tomó todo el vaso. Claro, no les digo que hagan eso. La educación obliga a comer lo que hay delante. Y qué va a hacer la niñita delante de un plato de acelgas, que son tan buenas, porque a ella nunca le gustaron las verduras.

Que el niño vea esa resolución de la madre, de que tarde o temprano tiene que comer. "No quieres hoy, mañana vas a querer". He sabido de madres que le hicieron aparecer el plato tres días seguidos al chico.

La precocidad. Estamos repasando lo que dijimos la semana pasada. Qué cosa malísima, no mala sino malísima. Es un desarrollo prematuro que se paga con la decadencia prematura. La persona de talento, ya les he dicho, tiene un desarrollo lento. A mayor perfección en el organismo, más tiempo de desenvolvimiento y de cuidado.

Luego, aquello que es un delito: que el niño no se esté con los grandes nunca, porque hay palabras que son veneno para los niños. Porque una palabra le suscita una curiosidad enfermiza, y pasa toda la noche: "*Qué han querido decir*". Y mucho cuidado con las muequitas: "*ahí está Fulanito*", porque en cuanto vio el chico el gesto, ya sospecha y le da importancia.

Cuidarlo mucho de las visitas porque las visitas son una jaula de cotorras. Terminan excitadísimos y a la noche no duermen. Que si la madre tiene que sacrificarse, que se sacrifique. Esto, para el período tan delicado de la transición de la primera infancia en que uno deja de ser lactante para empezar a caminar y a comer.

Ahora entramos en el período que va de los dos a los cinco años. En esa edad comienza ya a aparecer de manera más sensible cada día, el temperamento y las diferencias temperamentales de los

niños, que se diferencian de familia a familia, y de hijo a hijo.

La madre tiene que tener talento; y si no lo tiene de natural, que se lo fabrique. Es una artista. Una madre es un artífice que continúa la obra de Dios. La crianza de un niño es un arte y un arte eminentísimo, trabajan una materia pero delicadísima.

Sobre todo la madre hacia el niño. Comienza a aparecer el temperamento y lo primero que vamos a decir, es que jamás se debe encerrar a un niño en un casillero; no lo cataloguen: *"éste es rabioso, aquél es mentiroso, el otro nervioso y el otro solapado"*. Ésta es una crueldad que los va a destruir. A los buenos, porque los echa a perder; y a los malos, porque no les deja levantarse. Porque si lo trato a un niño como un mentiroso, no lo voy a dejar levantar. No es mentiroso. Dice mentiras. Es un ser humano que puede cambiar, que está en una continua modificación. La naturaleza no está hecha.

Si la persona que mira las cosas desde el silencio y desde la reflexión, se queda pasmada de ver el cambio de la gente. Hay que ver el asombro que uno siente, cuando ve a un hombre a los veinte años y lo vuelve a ver a los cuarenta. Quién lo ha hecho. Nadie. Él se ha hecho. Las cosas que fre-

cuentemente hacemos, se van estabilizando en nosotros por el hábito, pero los hábitos se pueden cambiar. El primer error es formase un concepto del niño y tratarlo según el concepto: una persona roba, y ya Fulano de Tal es ladrón, y se le hace el campo para que no pueda rehabilitarse en toda su vida. Por eso les pido mucho que eviten los comentarios sociales. "*Fulana es esto*", y corre, y corre, y corre, y ya no la dejan levantarse más de allí. Siempre hay que inclinarse sobre el caído y pensar que es como nosotros y que podíamos haber caído más que él. No seamos como el fariseo, que "yo pago los diezmos, y cumulo con mis obligaciones, y me porto bien".

El temperamento no determina la bondad ni la maldad de una persona. Ya hemos visto los temperamentos, y hemos visto que tienen versión buena y mala. Nunca demos a nuestro temperamento un valor absoluto: yo soy nervioso y desecho al melancólico. El nervioso necesita al melancólico, y el melancólico al fogoso. En cambio, cuando llevamos el temperamento como punto de referencia absoluto, nos quedamos anquilosados, como un islote en medio del mar.

El niño es una cera blandísima en manos de la madre. La mayor parte de las veces que la madre lamenta algo del niño, es la madre la que se lo ha comunicado. Con su trato, con la vida diaria.

Pues bien. Eso: acerca del temperamento no hay casilleros ni temperamentos fijos. Es la impiedad más grande poner a las personas en un catálogo. Es el desconocimiento más grande del ser humano.

Por eso Dostoievski es el escritor más genial, porque nunca describe al personaje. Insinúa y abre posibilidades infinitas. Y siempre pone esas contradicciones: el más gran canalla es capaz de un acto de generosidad, y el mejor, de un acto canallesco. Las reacciones son múltiples para nosotros mismos. Por eso, el afán del escrupuloso: "*Quiero conocerme todo, todo*", es inútil, porque se quiere agotar, se quiere conocer íntegro, y es imposible; si somos un abismo de posibilidades.

Puede haber una circunstancia que ponga a flote una disposición que yo no conocía. Por ejemplo, una persona que no sabe que tiene una vocación, por ejemplo para la literatura, y se pone en contacto con un literato y ¡pumba!, ya le salió la vocación. Pongamos un hombre que está en el campo, en medio de caballos, viene y se pone en contacto con un poeta o un escritor ya formado, y sale entonces su vocación.

Esto es muy bueno tenerlo en cuenta, ¡esto es una evidencia!, que hay personas que son personas masas, sin personalidad. Caracteres débiles,

porque así está constituida la humanidad. No todos pueden ser cabezas. Hay una humanidad masa, que será según la cabeza que tenga. Si cae en manos de un mal político, se va a pervertir hasta las raíces, y si cae en manos de un pillo, lo mismo. Y si cae en manos de un buen "duce", "duce" quiere decir el que dirige, que sea un buen maestro, va a ser bueno él también. Son personas en las que hay un predominio de pasividad, y que son sumamente influenciables, ¿no es cierto? No es una deficiencia, sino que la humanidad está hecha así.

Bien. Tan es así, que un temperamento es una marea informe, y no valen nada las buenas disposiciones con que se nace, ni las malas disposiciones con que se nace. Más aún, dice Santo Tomás, que el que tiene una buena disposición y no se preocupa de convertirla en virtud, tiene más peligro que el que tiene malas disposiciones. Lo mismo que un caballo -pone un ejemplo- va al paso y otro va al galope: el que va al galope tiene más probabilidad de quebrarse una pata. Las tendencias buenas no nos hacen buenos. Facilitan la adquisición de la virtud. Dando un paso más, ya estamos en la virtud. Pero si nos descuidamos, nos abre posibilidades hacia el mal, más que una tendencia mala.

[...]

Un ser mediocre va a caer en un mal mediocre. En cambio, si el bueno no se vuelca en el bien, se vuelca en un mal grande, ¿no es cierto?

[...]

Los libros de Dostoievski son esto. Vean la vida de "Los hermanos Karamazov". Él va dilucidando que toda vida que no está bien cimentada en el Evangelio, se va enredando de la manera más imprevista. Y el menor de los hermanos, va corriendo de aquí para allá para desfacer entuertos; y pone esa cosa intensa de los rusos que son apasionados y que se van más allá. ¡Si el alma humana es muy grande!, y si no está ordenada hacia el bien, se va disgregando en la forma más imprevista.

[...]

No son excepciones, se dan todos los días, niños que vienen con buenas disposiciones y caen en esto: "*que es buenito, que es buenito*", y el niño ya se cree realizado, ya se cree hecho. Todo ese afán de alabar a los hijos nace de una vanidad secreta. "*Yo tengo un hijo genio*". Hay que ver lo que hacen las madres. Cómo agrandan las bellezas y bondades de sus hijos. ¡Bueno!, todos los hijos son genios.

Ya vamos a hablar: al tímido le hace falta: "sos capaz de hacer esto", y estimularlo a que haga. "Si todos hacen esto, tú tienes las facultades de todos". Moviéndolo a que haga, no colocándole un sello en la frente.

Entonces, guardarse bien de esto, que el que nace con buenas disposiciones y no las cultiva, tiene más peligros que el que tiene malas disposiciones. Ahora otra cosa: Chesterton -otro "hobby" mío- Chesterton dice una cosa muy grande en "Ortodoxia": "Más daños hacen al mundo las virtudes dispersas que los vicios". Miren, cuál es el comunista que arrastra a la gente, el comunista sombrío, o el otro que es bueno y tiene bien su hogar y qué sé yo. Y en todo lo demás: cuál es el hombre que puede ser pillo: el que tiene un don de simpatía, el que es generoso. Pero este otro pobre que se arrastra, que da náuseas, que causa asco ¡evidente!

El director de "Critica", tenía un ascendiente extraordinario sobre todos. Tenía dotes. Sabía griego y latín. Era generoso, era ecuánime, era justiciero y los muchachos se iban como moscas a él. "Escribime una cosa de Fulano", y volando. Miren si hubiera sido un director que manifestara todo el odio que llevaba encima, quién le iba a hacer caso. "¡Pero, por qué es comunista usted!"; "¡Ah!, ¿pero usted no conoce a Fulano de Tal?

Generoso, virtuoso, yo no he visto un católico como él". Esas son las personas que hacen más daño. Lo mismo que la persona que está dando caramelos a un chico, para matarlo: está usando la bondad para un mal mayor.

El director de "Critica" hacía así. Disponía de los mejores literatos de Buenos Aires, porque los iba comprometiendo con una cantidad de favores y los otros después comprendían mal la gratitud, ¿no es cierto? Así que miren si no hacen más mal las virtudes dispersas que los vicios. Bueno, así entonces, vamos a dejar las malas disposiciones para otra vez. Cuidado con creer que las buenas disposiciones hacen buena a la naturaleza. Ya vamos a ver que lo único que hace buena a la naturaleza es la virtud.

Los maniqueos son los herejes que creen que el mal tiene realidad propia. Y eso no es del otro mundo, el maniqueísmo existe en todas partes: en eso de que se cree que ciertas cosas del cuerpo son substancialmente malas y no se las redime nunca, es eso maniqueísmo puro. Tal como las hizo Dios son admirables y la labor del cristiano es llevarlas a su virtud. Por qué antes se hablaba de cosas que ahora no se puede. Miren ustedes la alabanza que hizo esa mujer a Cristo: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron".

Ya vamos a ver esto en la educación de la adolescencia. No ocultar nada, porque tampoco se puede ocultar: lo saben en el colegio de malos maestros y ¡bueno! Así que el mal es ausencia de bien. Se define así: privación de un bien debido. Porque no es un mal que yo no tenga alas, porque no corresponde, sería un mal que un águila no tenga alas.

Entonces, que quede bien grabado eso: que no hay buenos y malos de nacimiento. ¡Cuidado con los buenitos de nacimiento!

VIII

CASTIGO Y EXASPERACIÓN

*Corrige a tu hijo mientras haya
esperanza, pero no te arrebatas
hasta hacerlo morir.*

(Proverbios XIX-18)

Hemos entrado en un periodo delicado: en esa edad donde comienza a manifestarse de manera definida los temperamentos, que se dan en diversidad, de familia a familia, y de hijo a hijo. Y recordarán lo que hemos dicho la semana pasada: hemos tratado de combatir un error muy corriente, de que es buena la persona que tiene buenas disposiciones; y habíamos llegado a la conclusión de que se creen buenas disposiciones aquellas deficiencias que son buenas a los

demás. Y no son buenas, y vamos a llegar a la conclusión de que niños que parecen buenos, son malos.

Las buenas disposiciones, casi siempre van a ser medianías o mediocridad. Es bueno porque no molesta, porque se deja llevar, porque no hace, porque se le dice "ven" y viene, pero no hay tal cosa; y casi siempre se tiene por malas disposiciones otras cosas como romper un vaso, saltar y romper una planta, y son personas que llegan a mucho, porque les está sobrado la vida precisamente.

Y conocía caso concretos (no en Tucumán): una niña que todo el mundo decía: "*¡Pero qué monada, qué chica tan dócil, tan buena!*". Una vez, por primera vez, se enamoró: fue una terca y nadie la podía manejar; era un hombre malo, todos le decían, y ella: "*que no, que no, que no*", y se clavó. Esa terquedad estaba dormida; era dócil porque era débil, y después cambió el centro de su vida, antes como quería a su mamá y a su papá era débil con ellos, y después se hizo mala para otro lado.

Ven cómo no habiendo virtud, esa docilidad no era buena. Era debilidad de carácter. Esa es una cosa terrible. Cuando se llega a dominar a la persona sin carácter, se hace lo que se quiere con

ella. El hipnotismo es eso: se domina a una persona de carácter débil, y se la tiene completamente sometida, y va a hacer lo que la otra persona quiera. Incluso va a hacer cosas que no quiere; y si tiene principios morales, va a sufrir y tal vez va a llorar pero las va a hacer.

Y luego, lo que se llaman malas disposiciones: un muchacho que destroza, que molesta, que rompe, que se sube a los techos, y qué sé yo. No hay tal maldad. Hay mucha vitalidad, pero no hay tal maldad. Hay aún ejemplos de orden histórico; y van a ver cómo el engaño éste es un criterio que nos hace errar en varios campos. Se dice que la gente es mejor ahora que en el siglo XVII; ahora no hay escándalos y entonces había escándalos ruidosos que dejaron rastros en toda la historia. Y no se dan cuenta de que hay un principio que hay que tener presente: la corrupción del óptimo es pésima.

Vamos a hacer la escala: la corrupción del mediocre es mediocre, la del bueno es mala, la del óptimo es pésima. Cuando yo tengo todo un caudal de pasión, de voluntad, de inteligencia, y en lugar de volcarlo en el bien lo vuelco en el mal, se convierte en un demonio, directamente. En cambio, el mediocre se va a volcar en maldades mediocres, y no va a conmovier a muchos.

Contrapuesto a aquello que hemos dicho, a esos escándalos, están los santos. ¡En cambio hoy!

Otro ejemplo: el del mar. Cuando el mar está quieto, las olas que suben son mínimas y los senos que bajan son mínimos. Cuando el mar está tempestuoso, todo es bravío. ¿Se comprende bien? ¿Bien aceptado el principio?

Entonces, hoy por qué no hay grandes escándalos en la Iglesia: porque no hay capacidad para grandes virtudes. Eso es todo. Al lado de Jesús, qué hueco se abre: el más abismal, el de Judas. Si no existe Jesús no existe Judas. A quién iba a besar Judas.

Por favor, madres y futuras madres: no se encanten con disposiciones de niños buenos, y no tengan miedo a niños terribles y malos. Porque hay ahí vitalidad, y va dar grandes virtudes. Eso pone a prueba a las madres. Ahí se va a ver el artífice. Se le pone una materia espléndida, y va a dar una obra espléndida. Pero un artista que se pone a modelar el barro, no importa si falla. Pero si toma el escoplo y se pone a tallar el granito, vamos a ver ahí. Y una señorita aficionada se pone a jugar, y va a hacer una florcita, pero se la pone al lado del óleo, y se ve la diferencia.

La experiencia de la Acción Católica para mí ha sido valiosísima. He sido delegado de aspirantes.

Recogí todos los chicos de la parroquia y tenían chicos de todo estilo. Unos que daban miedo. Y otros que venían con el rosarito en la muñeca, y que se ponían al lado del delegado. Y ya estaban minados por el amor propio. Y: "*mire a los otros*"; lo hacían notar. Y siempre adulando al delegado. Y en cambio, el revoltoso daba vuelcos magníficos y salía una gran cosa. Pero chicos que ya uno decía: "*¡Bueno!, ¡éste nos ahoga!*". ¡Y daban cada vuelta!

Por ahí uno de ellos, que era algo espantoso, viene y me dice: "Qué te parece (perdonen, a mí me decían "Negro" en aquella época), qué te parece, Negro, ¿no crees que yo puedo comprar un Misal Diario?". "¿Y para qué?" "Porque quiero usar el Misal Diario". Y bueno llegó a ser una gran cosa.

Y en cambio, los buenitos, me han fracasado siempre. Algunos de estos buenitos se fueron, porque yo los reprendí; ¡a ellos, que eran perfectos!

Claro que hay chicos buenos, formados por sus padres que son auténticamente buenos. Pero esos buenos que están creyendo que son intangibles, y columnas de las criaturas, me resultaron estériles.

Otra cosa es el niño que está en manos de esas madres maravillosas, que los van encauzando y ya tienen virtudes auténticas. Yo hablo de la confusión de tener una debilidad por virtud moral. Lleva a defectos gravísimos. Se tiene por defecto lo que molesta, pero no se tiene por defecto cosas más concretas.

Cuál es la madre que se preocupa por la timidez de su hijo. Que un día va a ser un cobarde, va a llegar a la destrucción, va a fracasar; pero, claro, el tímido no molesta. Va a arrinconarse, y va a estar ahí. Cuál es la que se ocupa de la blandura, que es una deficiencia enorme. Y cuando son maestras o son madres, son las cómplices del blando. Porque es bueno, y lo dejan hacer lo que quiere. Y todo se desmorona alrededor de eso. Y ella siempre tranquila; todo cae a su alrededor y ella sigue impassible, siempre tejiendo.

Pero vieran los casos que conozco de destrucción real de los hijos. Cosas que dan ganas de poner una bomba debajo de la silla. Que uno está ahí sacudiéndose, y ella no pierde la paz. *"Qué se va a hacer, pobrecita, hay que dejarla"*.

¡Pero las escenas que yo he visto! No ha sido en Tucumán: Un padre débil, que quería tomar cartas en el asunto. El hijo todavía no ha caído; pero, hoy estudia, y otro día viene una patota de

muchachos peronistas, y le dice: "*Vamos a predicar a tal parte*", y se lo llevan. Vuelve a la semana. Los padres no sabían a todo esto dónde andaba, ni qué hacía; vuelve a la semana y claro, el padre quiere tomar cartas en el asunto. ¡Y la madre!... No dice nada; pero se pone mustia, y se hace la mártir, pero claro, no dice nada; pero ¡cómo iban a tocar al niño! Ahora, de sólo recordarlo, me indigna. Yo estuve de visita y ahí sucedió todo. ¡Cómo estaba el hijo de inflado por la madre!

Y es claro, mientras son niños, estas personas blandas no molestan a nadie. Es buena, y está ahí sentadita con una muñeca y cuando es grande, con el tejido.

Así que llegamos a la conclusión de que lo que son defectos negativos, no se los considera, y los que son excesos sí; y el exceso puede rendir más que la deficiencia. La virtud humana consiste en la verdad, que es un justo medio. Es un equilibrio entre dos extremos: uno de deficiencia y otro de exceso, y lo malo que hay es que hay defectos que tienen la cara de virtud. Semejanza con la virtud.

Así tenemos, por ejemplo, que la liberalidad que da, es siempre generosidad, y debe estar en medio de dos extremos. Por un lado el defecto,

que es la avaricia, y a ése se lo considera defecto; y por otro el extremo opuesto, que es exceso, que es la prodigalidad; y quién la pone como defecto.

Y es un defecto, ¡claro que es un defecto! Que abunda en la Argentina. Uno va a España, y todos los campesinos tienen sus recursos, y hasta pueden dotar a la hija. En cambio, en la Argentina se vive al día, y ni siquiera al día. Somos país de nómades. Y no se llega a la cultura mientras no se echa raíces en la tierra. Mientras no se tiene respeto al árbol que plantó el padre, y al traje con que se casó la madre, (qué cosas raras les digo yo: "el árbol que plantó el padre, y el traje con que se casó la madre"), no habrá una sola persona en la Argentina que se preocupe.

Tenemos que tratar de remediar estas cosas. En Europa vemos las riquezas que con toda facilidad se van adquiriendo en esa forma, en la sucesión de generaciones. Vemos los trajes con que se casan las campesinas, y los collares de oro que van pasando de generación en generación. Y todos esos adornos, no cosas charras, no vayan a creer, de muy buen gusto. Vemos lo que es una aldea en un día de fiesta. Los campesinos tienen su tradición, su casa, sus recursos. Y aquí, ya

ven ustedes: "es generoso". No es generoso, es pródigo.

La blandura se asemeja a la misericordia, y por eso engaña tanto. En moral tiene un nombre detestable. Se llama "ignavia", y significa la muerte, el alma muerta que no molesta a nadie. Por eso es un buenito. Es preferible una persona cruel a una buenita. Porque hay veces en que habrá que decir: *"esto no se hace y vas a pasar por encima de mi cadáver si lo haces"*. ¡Se hacen cómplices de defectos ajenos y van a dar cuenta a Dios! Y no se sulfuran cuando ven que la hija corre mil peligros: *"Pobrecita, ella es joven, ya se le pasará la locura"*; y ella sigue tejiendo y tomando mate.

En cambio, la justa misericordia es distinta. La justicia es la que hace que la misericordia sea misericordia, y la misericordia, que la justicia sea justa. Lo único que no tiene medida es la caridad. Ahí podemos poner toda la locura que queramos. Las otras virtudes tienen medida. Yo no voy a dar toda la fortuna por un hombre. En cambio, puedo dar toda la fortuna a Dios. Puedo entregar mi cuerpo a las llamas por Dios. En cambio, es una locura, un hombre que se matara por una mujer. No hay proporción ninguna. ¡Por favor!, les suplico que este grupo se ocupe de poner las cosas en su justo medio.

Ahí tienen otra virtud: la virtud de fortaleza, se dulcifica por la mansedumbre, y la fortaleza mansa es lo mejor que puede darse. Un ser que permanece manso, que no se mueve y que no lo voltea nadie. En cambio, el débil se dedica a la discusión, a los gritos, a la controversia. Y se da por vencido: "*Mamá, dejame ir a tal parte*". "*No, hija, no vas a ir por esto y por esto*", después de haber escuchado a la hija como una amiga. "*Que dejame, mamá*". Y no contestarle. "*Te dije que no, y ya está*". En cambio, si la ve débil: otra vueltita a las diez, a las doce otro ratito, y la otra se da por vencida.

Y el grito es manifestación de debilidad. El fuerte nunca grita. El fuerte con una mirada resuelve las cosas. Está con un dominio tan grande de sí, que basta con mirar y el otro ve que lo mira a lo hondo y lo está desenmascarando. Pone la cola entre las piernas y se va. Y la madre tiene que ser fuerte. La columna vertebral de la madre es la fortaleza.

Bien. Yo creo que está aclarado suficientemente esto. No son virtudes esas disposiciones que se las llama buenas y que son deficiencias, en realidad. Que se las llama buenas, porque dejan vivir tranquilos a los demás. En cambio, hay cosas que no sólo no son malas, sino que pueden ser buenas. Conozco una chica que hasta los dieci-

séis años era tan revoltosa, que tenía en jaque a toda la casa. "*Dónde está Fulanita*"; y se sabía dónde estaba porque había una planta rota o algo por el estilo; y fue una cosa espléndida luego, porque la madre la formó. Tenía disposición para la música, y volcó toda esa vitalidad en la música y fue algo admirable; y dirigía la casa a los dieciséis años, y la madre descansaba en ella. No se asusten si les sale un chico así.

En cambio, tengan una mano maestra para sacar al tímido de su timidez, porque va a fracasar, y va a caer en un puestito. Y tal vez después se va a pegar un tiro. Como pasó cuando la revolución de los radicales. No sé si ustedes saben: eran empleados de la municipalidad, y estaban desarmados ante la vida, y quedaron de repente en la calle; y no tuvieron otro remedio que pegarse un tiro. Estaban acostumbrados a eso: el puesto, y después el café, a charlar y comentar las carreras. Desde el lunes al jueves, comentaban la carrera del domingo, y desde el jueves al sábado, la que se iba a jugar, y así.

Cuántas vocaciones frustradas por timidez. [...]

Ante este campo tan variado de cosas, cuál es la actitud de la madre. La más frecuente, la que se da siempre, es la de la pasión, cuando debe ser en realidad, la de la inteligencia. Aprovechen el

ejemplo de los artistas: los que han dicho que el arte es fruto de la pasión, han fracasado. El arte no puede ser fruto de la pasión jamás. Y un hijo no puede ser fruto de la pasión. Entiendan "pasión", como es, y no como se usa. El arte es el fruto de la inteligencia. Y por lo tanto la mujer madre no sólo tiene que tener inteligencia sino que tiene que ser una inteligencia desvelada. Toda ella inteligencia.

Ustedes dirán: "*cuánto se me exige*". No, porque ustedes son inteligentes. Dios les ha dado una intuición, que está vibrando desde la punta de los pies hasta la cabeza. Lo que hay que hacer es no matar eso. La mujer es lo más inteligente hacia lo concreto. Les pido, no lo que no pueden dar, sino lo que ustedes deben de dar. Esa intuición, si no funciona, es porque la han desmoronado ustedes. Diciendo de la mujer una cosa tonta. Desacreditándola ante ustedes mismas. Y siguiendo ustedes, o por desconfianza, o por ignorancia que tienen de sí.

La intuición tiene que saber hacia dónde orientarse. Y tiene que orientarse de acuerdo a principios. El primer cuidado que tiene que tener la mujer es ilustrar su mente con principios morales bien firmes y bien sólidos. No acatados sino entendidos.

Ahora los chicos están poniendo una prueba a las madres. Ya no se puede decir: no harás esto porque está prohibido. *"Y por qué está prohibido, mamá"*. Ya se acabó aquello de cosas instituidas. Y las madres que no quieren que sus hijos se les escapen de las manos tienen que dar los "por qué"; "no se puede". *"Y por qué no se puede, mamá"*. Siempre la obediencia tiene que ser racional.

Claro, es una cosa donde la madre tiene que tener criterio, de contestar a lo que tiene que contestar, y no contestar a lo que no se quiere contestar. Ya vamos a ver también lo que hay que hacer cuando hacen preguntas prematuras.

Algunas cosas hay que darlas a su hora. No hay nada peor que adaptar. Las catequistas se afanan por explicar el misterio de la Santísima Trinidad a los chicos, y no hacen más que rebajarlo en una forma ridícula. Se da una explicación, y el chico ve que no le cabe en la cabeza. Y ya está. Después lo comprenderá mejor.

Cuando el chico viene con una pregunta que no corresponde, le salen con una fórmula de física. Bien difícil: *"¿Me entiendes algo?"*. *"Bueno, ya me entenderás después"*.

Claro, cuando se da una orden, y el chico pregunta a tontas y a locas, ya hay que tener crite-

rio: *"Mirá, Fulano de Tal, no vas a hacer esto por esto y por esto"*, y se le habla como a un hombre. Tiene la autoridad siempre que ser persuasiva. Por eso se ha hecho un daño muy grande a la religión cuando se ha dicho que la fe tiene que ser ciega. La fe tiene que ser eminentemente racional. Hace bien un niño en rebelarse, si la madre le ordena las cosas sin explicar; se le explica, y se le da una pena: *"o vas a tener tantos azotes, o te vas a quedar sin comer"*; en fin, un castigo proporcional a la pena. Lo hace, y: *"bueno, parece que te gustan los azotes, querido"*.

Bien, entonces para terminar, pongamos el principio fundamental de toda educación, que es la inteligencia y no la pasión. Decían los filósofos que toda potencia o facultad está especificada por su objeto, de tal manera que el objeto tiene un dominio despótico de la facultad. Si me ponen una cosa delante de los ojos, yo no puedo dejar de verla, y la cosa va a tirar mis ojos hacia ella. Yo pongo un bien delante de la voluntad, y no va a poder dejar de amarlo, porque el objeto de la voluntad es el bien.

Y piensen qué sucede si yo pongo ira delante de un hijo, y qué se va a despertar en el hijo: ira. Yo actualizo lo que tengo, y si tengo potencia para la ira ¿No han visto?, un perro está tranquilo, y viene otro perro a molestarlo, y ya se enfureció.

La ira engendra ira. Los nervios, nervios. La madre nerviosa tendrá un chico revoltoso, que será como si varias langostas se le hubieran metido por debajo del vestido. No van a ser nerviosos, porque no tienen relajados los nervios, pero van a tener el primer paso de los nervios: van a ser inquietos, tornadizos, enojadizos. Gran alegría y de repente, gran depresión; y eso lo habrá engendrado la mamita. "*¡No sé qué hacer con mi hijo!*". Y el hijo está devorando a la mamá porque la mamá lo devoró a él.

Ahora, puede haber un niño que a pesar de la madre, sea bueno. Porque hay muchos recursos en la naturaleza humana. Puede suceder también que de un hogar malo, salga un hijo muy bueno por reacción. Pero en eso no se puede confiar. Hace falta inteligencia directiva. No se necesita tanto talento, como virtud y conocimiento de principios básicos.

La madre no se da cuenta hasta qué punto en los primeros años el hijo está dependiendo de ella. ¡Cuidado con las interferencias! Que no se metan los parientes. Mucho respeto al orden. Los abuelos tienen que acatar lo que ordenamos. Una abuela nerviosa, y la madre era primeriza: "*Esto no se hace así y esto no se hace asá*". ¡Y lo perjudican al chico de tal manera! Y no se saca a la abuela de allí.

Pero la pasión engendra pasión. Claro, la naturaleza humana es tan noble, y existe tanta fuerza en ella, que puede haber una fuerza que anule los nervios de la madre; pero créanme que hay casos terribles. Sobre todo el insulto, es una cosa de sentirse ahogado. *"Ésta se está aprovechando porque es más grande que yo"*. Está abusando de su poder. Lo dijo el Padre Moledo y tiene mucha razón.

Se llega a sentir rencor por los padres, cuando castigan con ira; aunque tengan razón, pero lo hacen por ira. Hay que ver la rebeldía, sobre todo en los caracteres fuertes. Le pegan con el látigo y *"¡no lo voy a hacer!"*, y *"¡no lo voy a hacer!"*, y es algo terrible.

Conozco el caso de una chica así, exuberante de vida y no se la podía dominar, no se la podía doblegar. Y la madre llegar a sentir odio por la hija y la hija por la madre. ¡Ah, sí! Ustedes dirán que exagero porque lo digo así, en dos palabras. Nos hemos alarmado de ese hijo que mató al padre y a la madre y creo que a siete. Pero qué sabemos por qué ha llegado a eso. (Por eso el Padre Brown descubría todos los crímenes, porque decía: "yo puedo llegar a esto"). Y claro, si hoy me pinchan, y mañana me pinchan, y mañana me pinchan, y el otro día, que sé yo. Les digo que conozco varios casos; de hijos que en ese

momento han tenido rencor por los padres. Después se les ha pasado, pero si eso es de un día, y otro día, llega a hacerse habitual.

La pasión engendra pasión. Y ese algo vivo que siempre en su base es egoísta. Por eso no hay que confundir amor con pasión en el campo sensible, porque la pasión es egoísta. Despertará pasión, pero en la que cada uno busca su propia satisfacción. Es egoísta. La única facultad que nos permite conocer al otro ser es la inteligencia, pero la pasión alcanza los aspectos.

La madre que castiga al hijo con ira, actúa como queriendo anular al hijo. Tiene un sentido de aniquilamiento ese castigo, y el hijo siente también lo mismo. Acuérdense de que han sido hijos. Aunque tengan setenta años no se olviden que fueron hijos. Que el niño vea que el castigo es justo. "*¿Así que te gustan los azotes, querido? Te dije que si hacías esto tendrías azotes*". Claro que sí se puede conmutar el castigo a veces. Si uno ve que el chico está arrepentido.

Yo planteo el principio que da la moral, para ver si hay sincero arrepentimiento, y sincera lucha. No se puede usar de las matemáticas; decir: "*un penitente cae cuatro veces en esto y ya no se le puede dar la absolución*". Se va a ver si esa persona lucha, si no cae de la misma manera. Se

puede ver una persona que es impetuosa, y vuelve a caer, pero si no cae de la misma manera, es que esa persona está luchando.

Lo que vale en realidad con los chicos es el ascendiente moral.

Una cosa: no se debe después hacer bromas y chistes sobre el castigo. Hay que dejar eso en su dignidad. Miren que el chiste es la cosa más disgregante que existe. Es el arma para disgregar lo sublime. Es la cosa terrible de la parentela: después del castigo, para consolar al chico, empiezan a hacer bromas con el chico.

Otra cosa: nunca humillar al niño delante de otros; y nunca, nunca, castigar humillándolo sino elevándolo: *"Esto no es digno de ti. No me vas a convencer de que tú eres animal, y esto que has hecho, es propio de un animal"*. Pero no seguir delante de los otros, porque eso es terrible. Y después viene la reacción de su humillación, y se hacen los cínicos, que no les importa nada. En los colegios dan esos casos.

Entonces quedamos en ese principio: la mujer tiene que purificarse mucho antes de casarse, porque todo lo va a comunicar al hijo. Y sobre

todo, una gran fortaleza para tener serenidad; y respetar mucho a las madres, no quitar nunca autoridad a las madres.

IX

FELICIDAD Y GUSTO

El Abismo y la Perdición son insaciables, e insaciables son también los ojos del hombre.

(Proverbios XXVII-20)

Recuerdan ustedes en qué punto quedamos. Vamos a continuar.

Entonces, salir de ese concepto tan vulgar y pernicioso, de que el hombre tiene buenas disposiciones, y que eso ya es suficiente para una posición recta en la vida. Cómo se arruina a los niños con ese error: "*es muy buenito, mi hijito*", y se lo descuida. Acuérdense bien de esto: hay disposiciones temperamentales que tienen semejanza

con virtudes, y otras que siendo buenas, tienen semejanzas con defectos.

Un chico molesta y ya es malo, porque es impulsivo. Un niño así va a dar fruto en la vida, si se sabe encauzar aquél impulso. Está bien que los chicos rompan alguna vez, un farol. Claro, es molesto. Y eso no es un defecto. Bueno, si lo hace ya por sistema, eso no.

Y en cambio, hay otras condiciones que no dejan de ser malas, y que se las tiene por buenas: una cierta blandura, una cierta tibieza, la timidez.

Indudablemente que hay también malas tendencias, niños que ya tienen tendencia a la doblez, a la hipocresía, al abuso, a la mentira, a la cobardía. Sobre todo la cobardía está a la orden del día, por el castigo. Se le va inculcando al niño desde pequeño que el castigo es un mal. Tan materializado está el cuerpo que se tiene por males, los males del cuerpo; en cambio, San Agustín decía: *"No temáis los males que no os hacen malos"*. El castigo es bueno, cuando es rectamente aplicado y con sobriedad. Esas son las dos condiciones: rectitud por parte de los padres; que no sea un desahogo propio. Pero están tan mal las cosas que los padres son débiles y no castigan sino cuando están furiosos. Y es precisamente cuando no deben castigar. Están las cosas patas para

arriba. Y después, como saben que han estado mal, quieren hacerse disculpar, y empiezan a hacer concesiones, y poco falta para que le pidan perdón al chico. Y entonces el chico se hace el displicente. ¡Miren ustedes! Por un impulso, han castigado mal, y después aflojan en todo sentido, y al chico se le satisface caprichos para enmendar aquello. En cambio, siempre castigar teniendo en cuenta al bien del niño y después de haberle advertido: "*te va a pasar esto y esto*"; y el niño ve entonces que él ha buscado aquello.

Que el niño vea que es libre pero que está dependiendo de algo. Que no sea después de esos hombres despóticos, que creen que el mundo debe moverse según sus caprichos. Satisfacen todos sus deseos e impulsos cuando es niño, y después el mundo se ríe de ellos. Dios quiera que me hayan entendido bien este punto, porque es importantísimo.

La mujer es un valor cósmico. Ella tiene que ser una inteligencia universal hecha carne. Tiene que estar sirviendo al universo entero, y tiene que hacer caso a las leyes del universo para plasmar al hijo.

En la Argentina no es necesario decir, porque hay inclinación a la blandura, pero cuidado con el rigor: si al niño se le pega mucho, se hace un

cínico. Las palabras de San Benito son excelentes: "*No cargues mucho la mano; no rasgues mucho el vaso, no sea que se rompa*". Si al niño se lo corrige mucho en un día, ya disimular las otras cosas, dejarlas pasar, porque si no se exagera: "*Que movete bien, comé bien, parate bien*". No. Ya le va a salir el complejo de inferioridad, ¿no es cierto? (¡Qué cosa con el complejo de inferioridad! Habrá que crear unos cuantos complejos de superioridad, ¿no les parece?).

No, pero hay muchas desviaciones de la psiquis por esto de tener a las criaturas con esos retos continuos, que les va creando una reacción, y si es tímido, lo lleva a creer que es lo más feo de la tierra, ¿no es cierto? Bueno, es así.

Por lo tanto, nada de descanso por parte de la madre. Que el niño parece buenito, no tiene descanso. Que parece malito, no tiene descanso: porque está todo por hacerse. Es la mejor obra de arte que se ha encomendado a la criatura, porque es hacer obras de arte vivas y para la eternidad. Los grandes artistas manejan materia muerta, y en cambio esto es vivo y para la eternidad. Que la madre que ha sabido plasmar bien será alabada por la eternidad.

Vamos ahora a ver: hemos planteado el problema, y vamos a solucionarlo. Cuándo el niño será

ser humano. Cuándo va a estar hecho. Miren bien el problema. Cuando nacemos, somos materia en cierto modo indeterminada. Miren la diferencia del ser humano con el resto de las criaturas: una vaca va a ser vaca, y una planta va a ser planta. Claro que hay seres humanos y seres humanos. Jesús fue un ser humano y el "petizo orejudo" también. (¿No han oído hablar nunca del "petizo orejudo?"). En cambio, las diferencias entre una vaca y otra, son mínimas: por más hambre que tenga una vaca no va a comer carne.

En cambio el sentido primordial del ser humano, es la primera responsabilidad de hacer esas criaturas que le han sido encomendadas. Ser co-creador con Dios. Miren hasta qué punto Dios nos honra. El hombre es hombre cuando es creador. No creador de extravagancias, sino creador de la criatura que le ha sido encomendada.

Primero deberá hacerse a sí mismo, y después aquellas criaturas que están bajo su amparo y su sombra.

Por eso la actitud de las madres que lo ven todo como si ya estuviera hecho de la nada, están en una actitud desfavorables ante la vida, y la vida las va a ir cacheteando.

Cuál es la vida: *"primero, jugar; después, aguantar los estudios; llegada cierta edad, casarse, y*

después tener hijos". ¿Ven que creen que, llegada una edad hay que casarse? La edad no dice nada; porque, si hay algo que angustia al que ve desde arriba al campo de los hombres, algo que causa horror, es la contradicción tremenda que se evidencia en un hombre que peina canas de plata (porque, incluso, las cuida), abre la boca y dice cosas pero tan vacías, como las que puede decir un muchacho de 16 años. Se ha estancado.

Y en cuanto a las mujeres, pasa lo mismo. Hay mujeres que no saben lo que tienen enfrente, ni lo que tienen dentro. No lo han mirado.

Esas rutinas se pagan carísimo. Eso de que todo está hecho, y determinado por costumbres o modas, es el suicidio del ser humano.

"Ya estás, hijita, en edad de merecer y, ¡a merecer!", muchas veces de cualquier manera. Ya sabemos después lo que merecen cuando merecen de cualquier manera. Un verdadero amor lo va a inspirar una gran mujer, y viceversa; porque cómo se va a amar una cosa asesina. Una carita termina pronto. Pensemos que las mujeres que han despertado grandes amores no han tenido caritas. Ha sido por la grandeza sensible de esas almas, que se han hecho amar. No me refiero al amor pasional de una Pompadour, sino a amores auténticos.

Ya ven cómo se da vuelta todo. Libertad se identifica con responsabilidad; en cambio para el mundo actual, cuando se dice "libertad", se entiende: "se me da la gana". Vas a hacer lo que se te dé la gana, pero vas a cargar con la responsabilidad de lo que hagas. Pelo por pelo, ¿no?

Esa idea debe primar en una madre, que tiene que ser eminentemente creadora. Ella va a comunicar lo que tenga, créanme. No hay problema pedagógico.

Tenía razón el más grande pedagogo, San Juan Bosco; le preguntaron qué método tenía, y dijo: "No tengo ninguno más que el del amor". Y miren qué niños hizo.

No se hagan muchas leyes. Fórmense en este principio: va a dar lo que tiene dentro. Lo que el niño tenga, lo va a dar la madre. No es una semejanza de igualdad, sino de influencia; porque el sol influye en una planta pero la planta no se hace sol.

En una palabra, no digo que la madre va a comunicar su fisonomía temperamental al niño, si él tiene la fisonomía del bisabuelo paterno, sino que esa fisonomía va a florecer por la influencia de la madre.

[...]

La influencia bienhechora es la que respeta las características personales de la criatura. Cuál será buen maestro: aquél que toma un alumno, o varios alumnos, y les va dando su estilo, o el que toma los alumnos y va despertando las notas personales de ese alumno. El primero es artista déspota, que impone su cosa, como se ve mil veces, que confunden técnica con estilo personal. ¡He visto yo de eso! Porque ellos pintan con tierra, el alumno debe hacer así y si no, no es buen alumno. En cambio, el otro, que va despertando y orientando los estilos y las diferencias sin imponer su modelo propio, ese sí.

Esa es la madre. Debe ser universal y ver que se puede ser muy buena en muchos caminos: *"Ay, hijita, que yo me pasé la vida en mi casa y cuando no estaba cosiendo estaba tejiendo"*. *"¡Pero, mamá, yo quiero ir a la Universidad!"*. *"¡No me hables de esas cosas que me aterrorizan!"*. Por qué va a ser mala la universidad; que vaya. Claro que la madre debe estar con el ojo puesto en la universidad para ver si en ese caso concreto no es mala para la hija. Pero si no, puede ir. Y a esta otra hija que es más modosica, que es más retraída y le gusta tejer, y bueno, que aprenda todas las artes domésticas habidas y por haber, y que la otra se vaya a la universidad.

La madre tiene que tener sentido común y olvidarse de sí misma y ver el bien en sí; yo tengo

preferencia por esto y a mí me gusta esto pero tengo que ver el bien de mi hija. Y entonces después debe tomar recién una actitud.

Es muy grande el papel de la madre: creación e influjo. Miren que la mujer es madre de viviente, y plasma lo que lleva adentro. Así como el influjo del sol, que sin matar las propias características de cada cosa, las vivifica. Porque si ella es débil, y tiene un hijo de propiedades fuertes, y el hijo es un bandido, ella va a decir: "*¡yo no era un bandido!*". No, pero era de carácter débil.

Bueno. Entonces ahora, cuál es la labor que debe hacer la madre en concreto después de tener en cuenta esas dos propiedades excelentes de ella. Cuándo una criatura llega a ser humano. No por la fuerza que trae, sino por la virtud. La virtud es la que nos hace a nosotros propiamente humanos. Es cuando las tendencias se humanizan. Qué cosa es la virtud. La virtud es cuando la razón, que es lo que nos hace a nosotros seres humanos, asume una tendencia y le da su justa medida en proporción a la razón. Aquí se puede aplicar el principio de materia y forma: aquellas cosas se hacen humanas, cuando entran en el molde de la razón. La razón tiene que ir ungiendo a todas las tendencias. Ponerlas en la justa medida, y en la justa orientación que deben

tener: y que nunca la tendencia ahogue a la razón.

Las tendencias no están determinadas en nosotros. Es un error radical creer que los apetitos están determinados: "*Me pide esto y tengo que darle*". ¡Y nunca va a dejar de pedir! De suyo, el apetito está indeterminado. Claro, hemos cometido el error de creer que los apetitos están determinados en nosotros, y así el sirviente se ha convertido en señor: el apetito, y la señora se ha convertido en sirvienta: la razón. Y los apetitos no se van a saciar nunca. Si el instinto es una cosa puesta, añadida al animal. No es una misma cosa apetito con instinto: el instinto es la medida del apetito. El instinto regula el cuándo, el cuánto y el cómo del apetito, que de suyo no puede saber, porque es ciego. El apetito no puede conocer el objeto al cual tiende, porque es un puro tender nada más; pero no tiene conocimiento en sí para saber a qué cosa tiende.

El apetito sigue al conocimiento. A todo conocimiento sigue un apetito proporcional. Al conocimiento sensible sigue el apetito sensible. No nos quedamos con la mera posesión cognoscitiva de la cosa, sino que hay que tender a la cosa conocida, a poseerla en realidad. Y tenemos la otra cosa, la otra ida y vuelta: al conocimiento intelectual, sigue la posesión del conocimiento. Así que

los apetitos por sí mismos no pueden conocer porque esa es la función de la facultad cognoscitiva.

La prueba está que hay en nosotros una cosa que no sabemos determinar, una vocación, por ejemplo: *"qué quiero yo, qué quiero yo"*. Un hombre que ha nacido en una aldea y nunca ha visto un pintor: *"qué quiero yo, qué quiero yo; qué cosa es ésta que me sugieren los colores, qué es esto que me dicen las tonalidades; qué quiero"*. Y va un pintor, y se da cuenta de que tiene vocación.

Así que es brutal ese error garrafal de toda la ciencia moderna, al pensar que los apetitos están determinados por ellos mismos; que la sociedad está oprimiendo esos apetitos, y que por esa represión sobrevienen los trastornos psicológicos que estudia la psiquiatría. Pero es que entonces, si dejáramos aquello en libertad, no acabaríamos nunca.

Imagínense un hombre que tiene tendencia a la ambición y se larga: va a llegar a los peores crímenes, o va a terminar en una neurastenia brutal.

Y entonces, así las madres también: *"pobrecito, hay que hacerle el gusto para que sea feliz"*. Esa madre está asesinando a su hijo. Y si no es la

madre, es el padre, que quiere leer el diario tranquilo: *"pero dejate de tantas zonceras, de tantas educaciones: a ver, dónde quieres ir"*. "Al cine, papá". *"Bueno, tomá cinco pesos, andate al cine"*. Que sea feliz. Es cuando el niño y el hombre es menos feliz, cuando está tratando de hacer sus caprichos. Es cuando aquello nunca se tiene y va a exigir más, cuando más se le conceda.

¿No conoció una parienta mía, una señora que había complicado su vida por el café? Se había ido su alma tras el café, y ahí estaba ella, temblando, y quería más café, y estaba toda su alma en el pocillo del café. "Pèro, Fulana, lo que te está enfermado es el café". *"No es posible, porque a mí me gusta mucho"*.

"Me gusta mucho". La teoría de muchas mamás: "Qué quieres, y qué quieres, y qué quieres". *"¿Quieres café con leche, o quieres chocolate, o quieres huevos?"*, y al fin, el otro no quiere nada. Que quiere tomar arriba de un árbol el desayuno, para buscar más novedades.

Esas cosas son muy frecuentes en los tiempos modernos; en departamentos modernos, en todos los departamentos de Buenos Aires. Primero, que los padres tienen ese concepto materialista de la felicidad y de la libertad, que es la satisfacción de todos los caprichos. Y como tienen un sólo hijo,

están pendientes que no se muera, y están asidos a esa única cosa que tienen.

(Como pasa con los perros falderos que se los tiene con ropas de hule. Y hay peluquerías para hacerles "croquiñol" a los perros falderos, y ahí están esperando turno los perros falderos. Nos reímos de los egipcios porque adoraban las cebollas, y nosotros adoramos los perros falderos. En Canadá se los cuida, y se les pone botitas para el frío, y todo).

[...]

Y eso hacen las madres con el hijo único: el chico es un déspota, y todos alrededor de él haciendo sus caprichos. Es algo tremendo hasta qué punto llega la esclavitud, cuando no hay esa actitud creadora por parte de los padres. Tengan cuidado en esto, de no ceder un paso. Una gran paciencia pero no ceder un paso porque la concesión hecha hoy, es preparación para otra concesión mayor mañana. Si se concede algo por prudencia o por sentido común, que el niño se quede con la conciencia de que eso es absolutamente provisorio: *"Muy bien, pero ya sabes que vas a comer sopa de "quacker". No la comes hoy, pero la vas a comer mañana"*. Que no sea una concesión definitiva jamás.

Y entonces, de esta manera, trabajar en esa forma creadora. Todos los días y todo el día. No digan "*¡qué fatiga!*", porque no hay cosa más preciosa que ver que de nuestras manos va saliendo una obra de arte. No vayan a creer jamás que la comodidad es vida. La comodidad es muerte. La comodidad no es más que una sucursal de la pereza. Entendamos que las cosas no se nos dan hechas, sino que son materias trabajables y laborables. El niño no se nos da hecho, ni la planta se nos da hecha. Tenemos que ser creadores. La comodidad es la muerte vivida. El cómodo se queda allí, alrededor de sus misérias. Y qué va a comunicar a sus hijos sino miseria.

Miren que hay madres que no tienen qué comunicar a los hijos. ¿Y no es un bochorno para la madre que ha tenido un hijo que la va a sobrepasar? No puede hablar ese hijo con la madre, porque no puede captar al hijo. Y después los hijos son un juez viviente de los padres. No concientemente, pero en esa diferenciación, los hijos son jueces vivientes de los padres: "*Tú no fuiste lo que debías, yo he tenido padres en otra parte, porque tú no me diste lo que me debías dar*".

Así que, entonces, nada de crearse esos ambientes de lujo. La comodidad es el imperativo categórico de toda la civilización moderna. Después de puesta la premisa del materialismo, se cree

que lo mejor de la vida es la comodidad. Si yo creo que los bienes materiales me van a hacer feliz, tiendo a poseer los bienes materiales sin esfuerzo. Los materialistas siempre van a aspirar a tener comodidad en la tierra. Comodidad significa eso.

Nos quedamos en este primer paso de iniciación en lo humano. Hay que crear una función de causa y apetito, para que la razón ponga en su justo lugar al apetito. Y ahí es cuando vamos a ser seres humanos.

Y después vamos a ver qué cosa es la virtud. Hay que dejar esa idea buenita de virtud: que es una cosa agradable a los ojos de Dios, y que a nosotros nos hace buenos. No, señor. Las virtudes son aptitudes para vivir, y en la medida en que no tenemos virtudes, la vida nos va aplastando. Y entonces no protestemos contra las cosas, porque las cosas se hacen grandes, si nosotros seguimos siendo chicos.

Yo me acuerdo cuando era chico, lo que me parecían las higueras de esa quinta, y aquel abeto era un gigante; y cuando era grande, vi que el abeto era un abeto mediano. ¿Por qué veía yo gigantes las cosas?, porque era chico. Y si esto se me viene encima y aquello me aplasta y me hiere, es por-

que yo soy un pigmeo. Dejo de ser un pigmeo y las cosas toman el tamaño que tienen.

X

TRADICIÓN Y MODA

No desplaces los linderos antiguos, esos que colocaron tus padres.

(Proverbios XXII-28)

Bueno; hemos ocupado dos reuniones, o más quizás, en hablar de cómo las madres no tienen que confiar en las tendencias de los hijos; ¿comprenden ya esto? Que sea buena o que sea mala la tendencia en apariencia, cuidado con confiar; cuidado con confiar en buenas tendencias. Es una manera de abandonar al hijo.

Hay que tener el concepto creador indudable de que la madre está haciendo al hijo que es una

materia informe en sí; claro que tiene su diferenciación de ser humano, pero debe estar pendiente, eso sí, de la tendencia, para orientarla.

No desanimarse con los hijos que parecen tener malas tendencias, y que sólo es un exceso de vitalidad. Otra cosa es el niño mal educado, que todo el día está desarreglando la casa de una manera sistemática; no, yo me refiero a esa cosa impulsiva, que tiene sus juegos, sus travesuras. Ahora otra cosa es el descuido total, el descuido completo y esa especie de mal de estar buscando siempre de hacer daño.

Bien. Explicamos la virtud, que es el justo equilibrio de estas cosas, la justa medida; eso es la virtud. Las cosas humanas se hacen buenas, cuando son virtuosas. La virtud no es otra cosa que las tendencias, el apetito, asumido por la razón. Es la razón la que tiene que poner las tendencias en su justa medida. Nosotros no somos hombres, mientras nuestros apetitos no estén precedidos de una justa razón: qué es lo que quiero yo; qué es lo que *debo* de querer yo. Son dos cosas distintas. Meditarlo bien y entonces después, actuar.

Ya lo he citado otras veces, y es una gran verdad: "El mundo está como está, porque ya no hay hombres". El hombre es hombre, cuando es de

consejo y de imperio. Razona y después pone su voluntad, según el consejo de la razón. Cuidado con los impulsos, con las primeras impresiones y con los presentimientos: nada valen en el campo humano. Lo que vale es la razón y la inteligencia. Qué es lo que yo tengo en mis manos, qué es lo que debo hacer. Nuestro padre es la inteligencia. La razón es nuestro padre y nuestra madre. Y si nos dejamos llevar por los impulsos, nuestra vida se va haciendo trizas hasta quedar irreconocible.

No descansemos nunca en una concepción estable de nosotros mismos. Tengamos cuidado. Estamos variando todos los días.

Los padres que empiezan a decir al chico *"que es buenito, que es buenito"*, lo están destrozando. Tienen razón las Sagradas Escrituras, cuando dicen que los amigos hacen más mal que los enemigos. Porque el amigo no es como debe ser. Los amigos tenemos que decir las cosas como son, para alcanzar el bien. La virtud es el resultado o el engendro de esa razón. Lo que ha sido impuesto por la razón, se va haciendo con prontitud y deleite. Es cuando la buena tendencia ya es virtuosa, cuando es propiamente humana.

Por eso, no se vayan a quedar nunca en el primer paso de las virtudes, el de la continencia: *"yo no voy a hablar mal del prójimo"*. Pero cuándo se es

virtuoso: cuando no se piensa mal del prójimo. Igual que la castidad: cuándo se es casto, cuándo se es puro: cuando se tiene deleite en la continencia. Lo mismo que en la verdad, se tiene repugnancia por la mentira.

Y las madres, ¿pueden darle virtud a los niños? No. Eso es una cosa personal. La madre debe disponer el campo, para que cuando aparezca el uso de la razón ya, con un paso más, esté en la virtud. Cuando esté en la adolescencia, que pueda colocar la virtud en él.

La virtud es libertad personal. Es esa posesión que yo, y solamente yo, puedo tomar de mí mismo. La responsabilidad de la madre no es absoluta; que ella haya hecho todo lo posible, y el niño dice: "*no quiero*", y no habrá caso; es una cosa terrible. Cada uno de nosotros somos dueños de nosotros mismos. La última palabra la dice siempre la persona. Somos inalienables. Qué edad tremenda la de la adolescencia en que la persona se juega entera.

Claro, eso es variable y se puede dar a los quince años, como a los veinticinco; es cuando aparece ese vacío dentro. Eso se da en los caracteres fuertes. En los mediocres no aparece: nunca llegan a ser personas, son un contenido de la época, de la moda, de la tradición. Son poquísi-

mos los seres humanos que toman posesión de sí. Antes los guiaba la tradición, ahora la moda. Son seres frustrados: "*se usa, no se usa*". No dicen: "*me conviene a mí, o no me conviene a mí*". Son un contenido de ese río que corre, y que corre.

La tradición ayudaba mucho. Como la buena escuela artística. La buena escuela artística, hace que los mediocres parezcan genios y los genios, mediocres. No sé hasta dónde habría llegado Haydn él solo, pero todos los de esa escuela son lucidísimos.

Es así cuando aparece la tradición. Una tradición es preparada por años y años de gente que ha dado todos sus esfuerzos, para orientar a cuantos se acojan a esa tradición. En cambio ahora, que están los hombres como islotes, y que la tradición está reemplazada por la moda, y la moda tiene la propiedad de empobrecer hasta tal punto, que puede echar abajo las personalidades que no son muy vigorosas: "*esto se usa, esto no se usa, se dejó de usar*", es algo tremendo.

La moda es el mono de la tradición. Se le da la importancia que se le daba a la tradición. Las chicas de ahora han dado un paso atrás, porque las mamás hablaban en nombre de la tradición, y ellas hablan en el de la moda. (¡Cómo se ponen

de contentas las mamás!). Las mamás dicen: "en mis tiempos no se hacía eso", y hablan en nombre de una tradición honorable y en cambio ahora, "no se usa", y ya está.

Distingan bien las cosas, porque la tradición es una cosa profunda, elaborada por gente que forma una fuerza educacional valiosísima. Es el esfuerzo auténtico de gente bien orientada en el bien y en la verdad, que va dejando sus fuerzas.

Cuando se estudia el arte, se ve la importancia de la tradición. Cuando abandonan la tradición, los artistas están como esterilizados, porque tienen que hacer un trabajo enorme. Por eso esta corriente musical que empieza con el "ars nova" de Italia y con los madrigalistas, es tan hermosa, porque van empezando con lo que han hecho antes.

La tradición es muy distinta a la moda. Tengamos un concepto claro de lo que es la buena tradición, porque la mala tradición, no existe.

En Filosofía es lo mismo: cada uno elabora su labor apoyado en lo anterior, de este modo es muy fácil, y se puede progresar. En cambio, el origen de la moda lo sabemos. La moda de las mujeres quién las hace. Ya lo he dicho otras

veces: tres modistos neurasténicos de París que dicen: *"qué vamos a hacer con las mujeres este año"*. Cuál es el principio que mueve a la moda: la sorpresa. *"El año pasado, qué le pusimos, una pata de loro en el sombrero, este año le pongamos una cola de cotorra en la cabeza"*. No hay un entronque con una educación sólida. Ustedes habrán visto los vestidos de las campesinas griegas, de las campesinas del Tirol, de las campesinas rusas, las blusas bordadas, qué hermosas, con esas mangas anchas, ¡y los bordados! Bien, todo está sujeto a la tradición, y tienen un vestuario bellísimo, y los vestidos son la expresión de algo, y no una cosa sin entronque con el espíritu del pueblo. La tradición lega a las generaciones futuras lo que ha cosechado, y la moda es la reina de la arbitrariedad. Tenemos que ser razonables, y distinguir las cosas como son.

Bueno. Les estaba diciendo esto, que no se alarmen ustedes porque hay una gran mayoría de gente que no llega a la posesión de su personalidad. Ustedes me dirán entonces: son frustrados. En cierta manera sí y en cierta manera, no. Porque eso conviene a la configuración de la sociedad. Hay criaturas que no llegan nunca a completarse como personas, y sirven para tener conexión con las personas fuertes, y realizar otros oficios que esas personas fuertes no pueden realizar. Como en el cuerpo humano, en que

todo no puede ser cabeza, así también en la sociedad hay unas personas masas, que reciben la fuerza de los caracteres fuertes; ellos buscan personas que les den fisonomía, y que los hagan personas. Por eso están inventando ídolos cuando no tienen un verdadero pastor. Pero atiendan: aquí nadie gana ni pierde; la masa busca un pastor, y el pastor debe estar inmolido a la masa. Siempre la muchedumbre necesita de una cabeza, y si no se le da la verdadera, ella inventa cabezas falsas.

Entonces, sepan eso: que la madre no puede dar la personalidad al niño, porque le daría la suya, y ya se puede decir que estaría anulada la de él. Ahora, en qué momento el niño va a entrar en posesión de sí: en ese momento trágico de la adolescencia al que después nos vamos a referir. Entonces, la madre tiene que tener esa habilidad maravillosa de los maestros en el arte: no imponer su personalidad, como el maestro malo que impone su estilo a sus alumnos. Cuando el maestro es verdadero maestro: cuando tiene un influjo tan poderoso en el alumno, que va despertando la orientación del alumno olvidándose de su estilo. Y lo mismo la madre, tiene que olvidarse de sí misma, y cuando más se anule su propia personalidad, más poderosa es la influencia porque más universal se hace. Cuanto más renuncio a mi personalidad, más me asimilo a los princi-

pios universales y actúo como una continuación del bien en sí, de ese bien que puede estar orientado en miles de sentidos. Como el sol. El sol vivifica todas las cosas pero no las convierte en sol. La planta es planta porque recibe la influencia del sol en ella, y el animal es animal, porque está bajo la influencia del sol, de manera que los dos están viviendo en la dependencia del sol. Y el sol no es planta ni animal. Y Dios influye en los hombres, y en las plantas, y en los gusanos, y no es hombre ni planta, ni gusano. Igual la madre, tiene que tener un destino cósmico. Tiene que recibir la influencia de la cosa universal, y estar influyendo continuamente en el niño de esa manera que sólo ella puede dar, calladamente, continuamente: de manera pujante ir orientando la personalidad del niño.

Por eso hace muy mal (ahora se da vuelta la torta) hace muy mal una madre en decir: *"en mis tiempos no se hacía esto"*. No. *"Hija, no hagas esto, porque no te conviene, por esto y por esto"*. Ahora, cuando ya la tradición está diciendo lo que conviene a la mujer, ya se puede hablar así. Pero si no, no es argumento ninguno, porque se ve solamente lo exterior.

La madre no puede desarrollar la personalidad del niño jamás, pero puede predisponer al niño para que cuando llegue al uso de razón, pueda él

coronar todo ese molde poniendo la virtud. La virtud es personal. Es el esfuerzo, la labor de mi razón sobre mis apetitos. Nadie me va a hacer virtuoso. Pueden orientar mi virtud, pueden influir en mí, pero la última palabra la doy yo, con mi libertad.

Ahora bien, por qué dijimos que esta labor es indispensable para que un ser humano sea ser humano; porque las tendencias son buenas, cuando están en un justo equilibrio con las otras tendencias. Miren esta cosa maravillosa que la expliqué ya otras veces, pero no aquí, si yo soy hombre, no puedo ser águila, y si soy águila no puedo ser planta, porque una perfección específica de suyo dice limitación; y es cosa maravillosa el ser hombre y no otra cosa, pero al mismo tiempo significa una indigencia, porque soy hombre pero no soy las otras cosas. Dice San Agustín esta cosa maravillosa: "¿Cómo está remediado esto?: por el conocimiento, porque por la inteligencia llegamos a ser nosotros todas las otras cosas".

Por la inteligencia nosotros poseemos las otras cosas, más aún de lo que se poseen ellas. ¿Han pensado ustedes alguna vez en la historia del naranjo? El naranjo no sabe que es naranjo, y en cambio yo lo conozco, y gozo del naranjo. La perfección máxima del ser es el conocimiento. Y yo

puedo conocer al naranjo, y conocer a Juan, y conocer a Pedro, sin perder mi perfección específica.

Ahora, en el orden físico, cómo se remedia eso: por la armonía de los opuestos. La armonía se define equilibrio de opuestos, y éste es otro remedio de esa indigencia o pobreza de la perfección específica. En el arte, pongan un cuadro lleno de verdes, y el cuadro es muerto, y los verdes no viven; le ponen una nota de rojo y todo cobra vida, por la combinación de dos opuestos en que cada uno toma su significado. Existe el agua tan sólo y no puede existir la vida; en cambio el agua toma todo su valor y su sentido por el sol. ¿Entienden esto? Este juego maravilloso: el opuesto me da lo que yo no tengo. Y después, ahí tienen la armonía entre hombre y mujer. El hombre tiene lo que no tiene la mujer, y la mujer lo que no tiene el varón. En todo sentido. El hombre tiene inteligencia discursiva, y la mujer inteligencia práctica; y el espíritu y todo es distinto.

Hagan una música de todo "re" y no va a salir nada; en cambio pongan los opuestos al "re", y aquello va a tomar vida. La misericordia es misericordia, porque está compensada por la justicia, que es lo opuesto, porque si no, sería una gelatina. Sería una persona buena, que no es buena. Es algo tremendo esas personas buenas. Hay

momentos en que se ve que se necesita una persona de veras, y no existe, porque ella es "buenita", y no va a tomar ninguna medida. ¡Y en lo que se convierte la justicia sin misericordia!, en una dureza, en un ensañamiento de hierro. Y con todas las otras cosas, así. Ahora ven ustedes cómo no es bueno el blandito ni la blandita, sino el misericordioso justo. Los blanditos llegan a hacer horribles males porque dejan que se caiga una casa encima, pero son buenos, y no quieren contrariar a nadie. Es la ignavia. Y con todas las otras virtudes, lo mismo.

Qué sería la fortaleza sin la mansedumbre, y qué sería la mansedumbre sin la fortaleza. Qué sería la castidad sin la sensibilidad, que compense: se caería en la dureza de la misoginia. Es el odio a la mujer. No tan raro: aquí hay hombres misóginos, terriblemente misóginos: los calaveras odian a la mujer: dicen "*¡bah!, todas son una porquería*"; porque no han visto más que mujeres con las cuales se puede jugar, no han visto la verdadera mujer.

Cuidado con los adoradores: "*¡Ay, qué bonita estás, no puedo vivir sin ti!*". ¡Qué no van a poder vivir "sin ti"! En cuanto te has dado vuelta, ya pueden vivir sin ti; porque tienen una en cada esquina, o tal vez no tanto, pero tres o cuatro, y bien que pueden vivir sin ti. Esa persona que

procede así es desleal: está desglosando sobre un fondo tan siniestro, la propia vida. Así que, cuidado con los adoradores, porque son, en el fondo, misóginos. El único hombre que puede amar a la mujer es el casto, porque ve las cosas como son. Ya ven ustedes el juego de las virtudes. Por eso la sensibilidad compensa a la castidad; eso lo dice Santo Tomás.

¿Y la liberalidad? La virtud es dar los bienes con liberalidad pero con justicia, si no hay justicia, la liberalidad es prodigalidad. Eso abunda en la Argentina: se gasta cinco mil cuando se tiene mil, y se está dando el dinero a todos, de cualquier manera.

Queda entonces, esa idea de que la tendencia no vale en sí misma para nada. No hay tendencias en sí mismas ni buenas ni malas, como no hay temperamentos buenos ni malos en sí, sino que la razón los va a poner en su justa medida, y va a equilibrar todo con su opuesto. Esa compensación. Porque el hombre tiene que ser blando, pero en ciertos momentos tiene que ser una roca. En todo orden, lo mismo.

Bueno. Y ahora, entonces la madre ésa es la labor que tiene que hacer. Siempre de lo más equitativa. No dejarse llevar de impulsos ciegos, porque va a despertar impulsos ciegos en sus

hijos. Engendramos lo que llevamos. La pasión engendra pasión, la inteligencia engendra inteligencia, y la virtud engendra virtud. En este trato con el niño, para poder ir desarrollando, capacitando al niño para la virtud de mañana, qué va a transmitir la madre: transmitirá ese equilibrio que ella tenga.

Después vamos a tratar la parodia de la justicia: se permite que los hijos, en nombre de la justicia, satisfagan su propia dureza: "*¡ah, Fulanito hizo esto, y yo no lo puedo hacer*"; "*a Fulanito le hiciste esto y a mí no me lo haces*"; y "*a él le diste esto, y a mí no*". Repudiamos la justicia que se hace en defensa de sí mismo. Y los cristianos también, usan la caridad en provecho de sí: "*no me trates así, eso no es caritativo*". De esa justicia tienen hambre hasta los mismos inicuos. Los comunistas se agarran de la bienaventuranza: "*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*". "*¡Ah!, yo estoy aquí porque yo tengo una sed devoradora de justicia*". Ellos toman esa justicia, para cometer la mayor injusticia: imponer su mentalidad de proletarios. Como si los pies, quisieran imponer a la cabeza su mentalidad de pies.

Ahora estamos en la época de los burgueses. Para un burgués, la filosofía es paparruchada. No sirve para el burgués. Ellos quieren la ganan-

cia inmediata. No se dan cuenta, los pobrecitos, que la ganancia inmediata significa la pérdida después. Eso es indudable. Así como para un sapo hundido en su charco, no existen las montañas ni las estrellas, para un burgués no existe la filosofía, ni la poesía, ni el arte, porque él desprecia a los artistas. Antes, cuando había otra mentalidad, los artistas eran protegidos por los reyes.

Pues bien. Y bueno, esta gente dice que ellos son bienaventurados, porque ellos están hambrientos de justicia, pero de la justicia que les conviene a ellos. La justicia dice: "dar a cada uno lo suyo"; no "lo mío" sino "lo suyo". No permitan jamás al niño que, en nombre de la justicia, venga a pedir algo: "*A Fulano le diste un caramelo, dámelo a mí*". "¡Ah!, no, no me vengas con eso, porque no habrá caramelos para ti en una semana". Qué cobardes están los niños ahora. Créanme, causa espanto; aquí en la iglesia, sucede cualquier cosa y se pregunta: "*quién ha hecho esto*", y todos empiezan a culparse entre ellos. Nunca nadie: "*Padre, yo lo hice, discúlpeme*", aunque no les va a pasar nada. Es una vergüenza ese miedo cerval al castigo. Ya es un tic nervioso el de llevar el dedo para culpar al otro. ¡Y esto de pedir en nombre de lo que se dio al otro! La madre sabe cómo debe actuar. La madre se debe poner en sus cabales, porque es un mal

inmenso: *"yo lo hago, porque yo sé por qué"*. Lo mismo las maestras: *"que aquél es preferido"*. *"No es preferido, porque mañana te voy a preferir a ti; no seas trápala porque el otro día te preferí a ti, ¿no te acuerdas? Ah, bueno entonces"*. Ese espíritu de justicia nos muestra el egoísmo de los niños, la crueldad y la venganza. Miren que los niños son muy crueles. Son amorales, todavía.

Hay que tener mucho cuidado con las delaciones: no hay que permitir la delación, porque es, o deseo de venganza, o adulación de la madre: *"no te he preguntado nada"*. Otra cosa es el niño muy bueno que ve una cosa muy mala, y viene a avisar. Lo mismo los empleados "buenos" que vienen a delatar a los otros. O las muchachas: *"Señora, yo le vengo a decir esto porque yo no puedo soportar estas cosas, yo no estoy acostumbrada..."*. Cuidado con los que "no pueden soportar esas cosas". El hombre noble no delata jamás. Lo dice delante de la otra persona, pero solapadamente, nunca. Y observen que siempre son las personas más malas, las que invocan la caridad a favor de ellas: *"Ah, eso que usted me dice no es caritativo"*. Y la justicia, no digamos, hace esa cosa de hierro. Jesús fue bienaventurado con hambre y sed de justicia porque se inmoló Él. Ésa es justicia, pero no la otra que me conviene a mí. ¿No han visto esas personas que mienten a medio mundo?, pero que no les mientan a ellas.

Bueno. Así que quedamos, entonces, en esto: primero, que tradición es buena, y que moda es el mono de la tradición. Segundo; que personas humanas hay pocas, y les toca a las personas humanas comunicar personalmente a las que no lo son. Tercero: que en el niño hay que comunicar esa personalidad de una manera insensible y continuada, como el sol: al sol no se lo nota y pobres de nosotros si desaparece el sol. Cuarto: la madre no debe imponer su personalidad, pero puede dejar preparadas todas las cosas, para cuando llegue el momento de poner ahí la virtud.

Y después, que no se debe aplicar la justicia sin misericordia en esa forma: justicia, justicia y justicia. Hablando de justicia, me acordé recién de esa parábola de los obreros: "Por qué tu ojo se hace malo cuando yo soy bueno. Yo no te he robado; te he dado lo justo, lo que habíamos propuesto, entonces qué te importa; yo he cumplido contigo, estamos en paz, ¿no es cierto? Bueno, qué te importa lo que haga con los demás". Así, lo mismo, hacer con los niños. También está la parábola del hijo pródigo: El hijo que estaba en la casa quería evitar que el padre le dé un banquete al hijo pródigo: "No, hijo, tú tienes todos los días lo que quieres, este otro había muerto y ha resucitado". Ven cómo ese padre bueno le da una explicación justa al hijo; y no debía haberle dado nada: "yo sé lo que hago", y nada más. Y así a los niños.

XI

CIUDAD Y CAMPO

*La gracia y la belleza son delicias
de los ojos, pero más todavía el
verdor de los campos.*

(Eclesiástico XL-22)

Bien. Hemos hablado la vez pasada de la importancia que tiene un hecho, al parecer pequeño, al que no se le ha dado nunca esa importancia, y que es la hora de levantarse, que revela una actitud frente a la vida. No nos estemos echando la suerte, ni hace falta leer las líneas de la mano, ni los rasgos grafológicos; hay que tomar esa actitud de conquista: nosotros tenemos que hacerlo todo. La hora de levantarse demuestra eso. Si nos levantamos tarde, es que hemos sido venci-

dos. Y si nos levantamos temprano, es que hemos vencido la molicie, y ése será el principio de un vencer nosotros las pasiones. Será ya una actitud que nosotros tendremos frente a las cosas de afuera.

Demos la importancia a las cosas y seamos lógicos, razonables. El levantarse revela toda una psicología: una actitud de empresa en la vida, o una actitud de relajamiento, de dejarse llevar. Ya sabemos lo que pasa con las piedras que son arrastradas por la corriente: chocan, y chocan, y, van a terminar allá al fondo; igual es el hombre que se deja llevar por las pasiones, y termina hecho un verdadero desastre.

Entramos ahora a estudiar un punto en el que me doy por vencido. Yo no encuentro solución: la necesidad imprescindible de que el niño esté en contacto con la naturaleza. Todavía en Tucumán, sí, pero en Buenos Aires... Y Tucumán, dentro de unos años será Buenos Aires. Pero eso es necesario para que el niño sea normal: que esté en contacto con la naturaleza. Que chapotee el agua, que trepe a los árboles, que corte troncos. Eso es indispensable.

Traemos el testimonio de las verdaderas culturas que han nacido de un inmediato contacto con la naturaleza. Esa época en que el hombre es bár-

baro..., no confundan el significado de la palabra bárbaro; bárbaro es el que es, sencillamente incipiente. En Europa han quedado latentes, vestigios de la barbarie, y la mayoría de los europeos que están en contacto con la tierra, no son vencidos, tienen un vigor extraordinario. Eso recibe el espíritu del hombre que hunde sus pies en la tierra fértil.

Hay que hacer que el niño se descalce, juegue con los peces, juegue con los animales. ¿Cómo lo hacemos? Tal vez el día de mañana, el hombre haga colegios racionales, con más parques, y con el jardín de infantes al aire libre. Escuelas donde los niños, en la hora de trabajo manual, puedan estar en la crianza de animales; eso es indispensable al desarrollo espiritual.

Del departamento salen niños larvas. Esa vegetación que rodea al niño de hoy, de cines, y revistas, y radio, es lo que da el hombre de hoy. El cine no es una cosa tierna, no es una cosa adaptada a la necesidad humana. El cine va dando una psicología fantasmal. Lleva al niño a una psicología de quimera.

Ustedes se ríen de los cuadros surrealistas. El arte es el reflejo de los pueblos y de la psicología de los pueblos. El alma del hombre actual, es como una escena donde aparecen como fantas-

mas alucinados, los sueños y las quimeras; sueños bajos, abyectos, que terminan allí, sin saber dónde: "*siento tal cosa, quiero tal cosa*". Nunca dicen: "*por qué quiero tal cosa*", ni "*de dónde viene tal deseo*", sino: "*quiero esto y deseo esto*". Siempre están en una actitud pasiva ante su propio yo. Y después se asombran de ver cosas en un cuadro, sin terminarse. Y si así están en el hombre. En el hombre moderno.

Pregunten a un hombre moderno sobre la civilización, o el arte, o la cultura, y van a ver que va a decir: "*más o menos*". "*Más o menos así*", dicen a todo. Yo podría preguntar a uno por uno de los seres humanos, qué cosa es el matrimonio, qué cosa es la juventud, qué cosa es la infancia, qué cosa es la mujer y nadie me podría dar una definición. Ése es el hombre de nuestros días. Ése es el hombre que resulta del ambiente nuestro de altoparlantes ruidosos, de cines sombríos, de ómnibus y tranvías estruendosos. Qué va a forjar ese hombre sino teorías de odio. Las teorías de odio, han surgido de las fábricas.

Hay una compenetración íntima entre hombre y ambiente. El hombre que habita en un panorama húmedo, no tiene la misma psicología del que habita una tierra radiante y seca. Y si los griegos hicieron lo que hicieron, es por la tierra en que vivían. Y si los holandeses pusieron el claroscuro

ro, es porque estaban en un ambiente de sombras. Los griegos y los clásicos de Italia, veían todo límpido.

Y si a los chicos los criamos entre maquinarias de hierro duro, y que de ahí pasan a la revista, y de la revista a la radio, y de la radio al cine, los niños van a ser de una psicología dura, egoísta, calculadora; y en la cosa humana van a tener la insensibilidad del sentimentalismo.

Cómo hacemos para que el niño entre en contacto con la naturaleza. Si no hay un movimiento ordenado de una sociedad o de una parte de la sociedad, que ponga solución a este problema...

Les puedo dar testimonio yo, de que hay almas que se han salvado, gracias a un panorama luminoso de sol, que ha quedado grabado en su alma. Dice Paul Claudel que el que ha mordido la tierra, lleva siempre el sabor de tierra entre los dientes. Y es por eso que al entrar en la Catedral de Notre-Dame en Francia, dijo: "¡Aquí está Dios!". A pesar de que estaba en contacto con Renán.

Yo no les puedo decir lo que eran los hombres que vivían en contacto con la tierra; esos hombres que cazaban animales, y se vestían con las pieles de los animales, y grababan la imagen del

amado o la amada en las piedras. Esos hombres han hecho lo que han hecho porque estaban mordiendo la tierra.

Miren lo que le va a pasar al chico que está encerrado en la cárcel del departamento. En que el padre va a decir: "*¡Que se calle ese chico que tengo que sacar cuentas!*"; y la madre lo va a tener que llevar por ahí. Son departamentos, yo les digo porque he ido de visita, en que no entra jamás el sol; y tienen un tubo de aire y luz que les viene desde abajo, pero nada, ni un rayo de sol. Y esos chicos están transparentes, y la madre, como una resignación, en los momentos libres los lleva a la plaza Congreso a tomar un sol polvoriento, enturbiado por los gases de los automóviles y los ómnibus. Ése es el destino de los niños.

Ése es el destino del hombre que rompió con Dios, y que es libre porque rompió con Dios. Ésa es la esclavitud más horrible, porque es voluntaria. Y quién lo esclaviza: todos y nadie. Cómo se paga caro el deseo de blandura. Eso sí es vida dura: las colas interminables de horas enteras, hasta para comprar una zanahoria. Ésa es la suerte que tienen los niños. Da la impresión de que salieran de cavernas. Es así como están.

Y bien. Este problema yo no lo puedo solucionar. Es toda una cosa colectiva, que tendrá que solu-

cionarla la sociedad. Ahora se está solucionando algo ya: aparecen arquitectos racionales, que tratan de poner sol, y qué sé yo. Y sólo ahí está la solución. Vamos a ver, cómo la madre va a meter un caballo en el departamento; así que tiene que comprarle revistas y juguetitos al chico, y darle todas esas cosas que no despiertan al alma.

Ustedes han visto un niño, cómo se excita con la flor, con un insecto, porque ve un milagro en esas cosas; y es que todas las cosas son un milagro. Una hormiga es un milagro, sencillamente, ese cuerpito diligente sostenido por seis patitas minúsculas, y que las seis patitas llegan al suelo... (Maeterlinck hizo la experiencia de cuánto vivía una hormiga, y tuvo una hormiga ocho días dentro del agua y cuando la sacó, estaba viva todavía). Y el niño va sacando de los pájaros, y de la hojita, y del sol, una sugerencia.

La infancia es la época receptiva por excelencia; va el niño formando lo que se llama el subconsciente, y después sacará todo eso a flote. Es en la infancia cuando se forma ese subconsciente, y después, eso alimenta a la inteligencia, cuando la persona llega al uso de razón. Cosas que él no va a saber. Como es el caso de Paul Claudel que se salvó, gracias a su comunión con la tierra. Se forma bien al niño en su infancia, recoge eso el subconsciente, y después el hombre va a saber

distinguir la luz de las sombras; va a tener como un instinto de la luz en todos los órdenes. Bueno. Éste es un punto verdaderamente importante y hay que hablarlo hoy en tono de elegía, de muerte.

El hombre antiguo estaba en medio del universo sensible, como el pez sumergido en el agua; de ahí las grandes culturas que han nacido y los procesos artísticos que han surgido de los egipcios, de los griegos. Estuvieron en contacto con la tierra, con las aguas, con el universo. Y eso estaba empapando su vida con mil sugerencias, con misterios luminosos.

Nunca identifiquen "misterio" con "sombras" sino con "luminosidad". Es cuando llegamos a mirar las cosas en sí. Nos esforzamos hasta llegar a la esencia de la cosa, y después cuando vemos la cosa en sí, ya está: estamos en la posesión del misterio. El misterio hombre, y el misterio mujer; y el misterio cielo, y el misterio ángel, y el misterio Dios. El hombre antiguo hacía así, y de ahí que daba esa floración tan diáfana.

El hombre moderno, qué es lo que ha hecho: se ha aislado de la naturaleza, porque partió de un punto falso. Todavía rebelado, /creyó que no/ es la naturaleza la gran amiga del hombre. Y el hombre ha creado un mundo de acero, y todo es

áspero, y no sabe sino matar a sus niños. Ese ambiente sin sol, sin cielos, sin aves, sin barro, sin agua. Tiene que haber una reacción, o por lo menos, una potente nostalgia, que lleva al hombre a ese contacto con las cosas creadas, de las que acepta el hombre la sabiduría.

Ahora bien; vamos a algo más próximo a nosotros. En esta edad de los cinco a los doce años vamos a ver los juegos y el trabajo.

Terminemos de una vez con ese concepto materialista, de que el trabajo es castigo. El trabajo es la posesión de comprensión que nos colma. No como el agua colma el vaso, y el vaso posee esa agua sin saber que la tiene. No. Yo poseo el bien, y sé que lo poseo. El trabajo es condición indispensable para alcanzar la felicidad, para poseerla. No hay nada mejor que el trabajo. Es una concepción soberbia de la vida, el creer que el trabajo es una imposición de Dios. La maldición bíblica, era que el trabajo iba a ser penoso, y la tierra iba a dar espinas, y el hombre se iba a ganar el pan con el sudor de su frente. Pero en el trabajo está la felicidad.

Para qué vamos a tener ojos si no ven, y para qué la inteligencia si no piensa, y para qué manos, si no se convierten en esa cosa preciosa de estar siempre como manos del arte de crear, y que todo

lo están convirtiendo en instrumentos músicos: que tocamos una cacerola, y la cacerola brilla.

Qué lindo entrar en una cocina en la que todo está en orden. Pero cuidado con el exceso, ¿no? Esas señoras que no dejan usar un vaso, porque lo van a manchar.

Bien. Pero ahora los padres están en el error de no hacer amar el trabajo a sus hijos. Error que se deriva de este concepto: creer que el trabajo es castigo; y como quieren a sus hijos, y quieren la felicidad de sus hijos, pues bien: *"déjenlo, que duerma, ya tendrá tiempo de romperse la cabeza y de trabajar; déjenlo, si le gusta"*. "Si le gusta", esos son los papitos. Me refiero a papitos y mamitas, digo papitos en general. Si para criar buenos hijos, habría que matar a los papitos y mamitas, a veces.

Y muchos son los cristianos que hablan así; por lo tanto no son cristianos, porque están sosteniendo un principio materialista. Y conciben al niño en un juego eterno; que juegue aquí, y que juegue allá, y el niño siempre mortalmente aburrido: empieza a inventar pillerías, y después ya cosas malas, y como no tiene qué otra cosa hacer... No hay cosa peor que el juego eterno. Se termina hastiado, sin saber qué hacer, y con

ganas de romper todos los juguetes. No se han fijado, qué labor tan cansadora, de estar pensando todos los días: "*¿qué voy a hacer a esta hora?*"

En cambio, el método en que ya lo he previsto todo en muchos días... pero no, "*qué voy hacer ahora: voy a leer, voy a tomar una cerveza, voy a escuchar radio, voy visitar una tía*", y a cada hora lo mismo. ¡Es un trabajo enorme! En cambio la persona que ya ha organizado su vida, y que no tiene ratos libres, porque hace hoy lo que hizo ayer, pero mejor que como lo hizo ayer, esa persona no tiene por qué aburrirse. Claro que nada de métodos rígidos, que serán como un hierro que me oprime: "*a tal hora voy a estudiar piano, sí, pero si viene un amigo de Europa, no lo voy a atender porque tengo que estudiar piano de cuatro a seis*".

No, sino que voy a dejar el piano, para atender al amigo de Europa.

Y entonces, al niño, acostumbrarlo desde pequeño. No crean que el niño es feliz con el exceso de juego, el juego tiene que venir con la fatiga de haber hecho cosas útiles; pero al niño, acostumbrarlo al trabajo desde los cinco años. Tiene que trabajar en esas proporciones a su edad. Con las mujeres no hay problema; con enseñarles a

coser, a tender camas, a ayudarle a la mamá; pero qué se hace con los hombres en esa edad.

Ustedes ven el modelo de vida que era la de los nobles: se levantaban temprano, y empezaban con los ejercicios físicos y la lectura, y otra vez la gimnasia, y andaban a caballo, y qué sé yo. Era un verdadero ejemplo.

Claro, nosotros no lo creemos porque ha habido algunos malos. Dice Berdiaeff que mucho más ruidoso es el mal que el bien. El noble es noble, y no hace ruido, es una cosa natural. En cambio, unos cuantos nobles que no eran nobles, han hecho ruido en toda la historia. No vayan a creer que toda la historia de Inglaterra estaba poblada por Barba Azul. No. Había un montón de nobles que eran nobles.

Cuando se libró a los esclavos en Uruguay, se menciona a los esclavos que eran un espectro, que sufrían, que inspiraban lástima, y no se nombra a los esclavos que se escondían en el cuarto de las alfombras y se metían debajo de las alfombras, y después se sentían unos gemidos ahí, y eran ellos que estaban ocultándose porque no se querían ir.

Los nobles nos dan modelos de vida. Se levantaban temprano, y los estudios, y los ejercicios de

armas, y el caballo, y todo eso. ¿Qué tenían preceptores y maestros, y comodidades? Vayamos al campesino, entonces: el niño desde los cinco años, va a cuidar el ganado a siete kilómetros de distancia de su casa, en donde estaba expuesto a que llegue el lobo, y de ahí que se criaban esas criaturas vigorosas. Y los niños en el campo, ayudan con las cosechas a sus padres.

Y ahora, qué solución tiene eso: el niño tiene que trabajar desde pequeño, porque si no, es brutal: aparece el trabajo como una desdicha. Y de ahí esos hombres sin aspiraciones, en que el mayor esfuerzo para ellos es recibirse de médico, de ingeniero, o de abogado. Cosa que es facilísima, porque los programas están al alcance de cualquier medianía. Así que no se pongan orgullosos porque su hijito se recibió de abogado. Pónganse orgullosas recién cuando supere eso el hijito; cuando sea un gran abogado, cuando cumpla su obligación de manera brillante.

Y esos niños que han estado nada más que jugando, que no han tenido otra obligación que la escuela, y después el colegio nacional, no pasarán nunca de la mediocridad, y serán de los que después de hacer un esfuerzo enorme para recibirse en tal especialización, y si no tienen éxito al año, recurren a un empleíto: porque ellos quieren tener éxito al año. Y eso se debe a esa situación

de comodidad. Qué diferencia a esos hombres de antes, que después de veinte años, recién se consolidaban una posición. [...]

Ésa es la generación que se saca, de este concepto de que el niño tiene que dormir hasta las diez y jugar todo el día. Y después el trabajo es una cosa "impuesta por la vida". Se habla de la vida, y no se sabe qué es la vida.

Y entonces, equilibrar esos conceptos. El niño tiene que trabajar, y después del trabajo, bien, como un asueto, que se ponga a jugar un rato. Y al niño varón, acostumbrarlo un poco a coserse sus botones, y lavarse las medias. Que se cría a los hombres con esa mentalidad de caciques. Ahora las cosas se están dando un poco la vuelta. No es verdad que el plancharse la camisa, y el pantalón, y lavarse las medias, tenga que correr por parte de la mamá, o de la hermana, o del servicio. Y que tampoco usen el servicio para cosas particulares: esto es para niños y niñas: "*Fulanita, traeme agua*". "*Fulanita, mira si vino el diario*". No, señor. No tienen por qué ser unos zánganos. Después la mamá está con veinticinco de tensión arterial, y el niño: "*¡Mamá, no tengo medias!*". Y la tonta de la madre se levanta, y va a buscar las medias. ¡Ya le daría las medias yo! ¡Zánganos! Eso pasa solamente en la Argentina.

Vieran lo que pasan esos muchachos en los noviciados: muchachos que no sabían más que de libros, vieran lo que era cuando tenían que barrer el claustro del noviciado. Se barría con aserrín y claro, el aserrín se metía en los ángulos y tomaba la escoba como un ariete, y más se le metía, y era de verlo cómo se fatigaba, y no daba más, y terminaba todo rojo. Y para él una cosa de Teología era un juguete, pero no lo pongan a barrer pisos; después nos preguntaba cómo se hacía para que no se meta el aserrín en los rincones. Y ha habido muchachos que no han podido seguir, porque no podían tender una cama, ni coserse un botón, ni lavar un piso. En cambio, los europeos sabían hacerse todo.

Créanme que vencer estas cosas, es prepararse para la felicidad. Porque es increíble que esto se convierta en montañas. Y otra cosa, es eso de que hay que darle un sentido de la limpieza al varón. Otra cosa: no permitir que deje tirado el pantalón por aquí y la camisa por allá. No, señor. No tienen esclavos. Esas mamás que están ya encorvadas, y recogiendo la ropas del hijito... A esas mamás hay que colgarlas. Esos hijos desconsiderados que no les importa que haya enfermos en la casa; vienen de jugar al rugby, o de andar a caballo, y se bañan y tiran las cosas por aquí y por allá, dejan todo un desorden espantoso, y vuelven a salir a la calle. Y la madre ahí está tirada.

He conocido madres que no pueden más. Madres de siete u ocho hijos, que no pueden más con su cansancio que se les ha metido en la médula de los huesos, que piden a Dios la muerte, porque no pueden más. Que viene la hijita con la amiga, o viene el hijito con el amigo, y: "*¡Mamá, a ver si tienes un poco de té!*", y no preguntan si está la cocinera o no. Es algo tremendo la inconsciencia de los hijos. Y de eso tiene la culpa la mamá: que "*pobrecitos, déjenlo jugar un poco*", y después no sabe lo que significan las dificultades domésticas.

Las dificultades domésticas son enormes. Tiene razón Chesterton cuando dice que el hogar es un reino, y un reino lleno de dificultades, en donde hay que atender miles de asuntos. Y sin ministros, porque ahora no hay ministros. Antes había cuatro o cinco ministros y ahora, nada.

Miren si es bueno traer a los varones. Los varones llegan a ser crueles, por culpa de las madres que no los han enseñado: "*Mamá, pegame este botón*"; y que le dé la aguja y el hilo: "*mi hijito, te lo pegas tú, yo no puedo*", y que el chico trabaje una hora con la aguja y el hilo, déjenlo nomás, así después va a responder. Y acostumbrarlo a coser, a planchar, y a cocinar. ¡Cuidar los extremos!: los chicos que están pegaditos a la mamá todo el día, y saben todas las cosas domésticas, y

"que esto se hace así y aquello se hace asá", y qué sé yo. Esas mamás que adoran tanto a su hijito, que siempre lo tienen colgado a la pretina, y que saben de todo, hasta de costura femenina; miren que la virtud está en el justo equilibrio. Que el muchacho esté iniciado en las cosas domésticas, pero sin dejar de ser hombre. Que no tenga vergüenza de pegarse un botón, o de zurcirse una media.

Les voy a enseñar una medida muy buena para aprenderlo todo: no hay nada mejor para saberlo todo, que atender. Se está conversando con la mamá, y viene la cocinera y pregunta: "*Señora, qué voy a hacer*". Y tal vez es una muchacha medio zurda, que no sabe cocinar, y entonces, pongamos que la mamá quiera hacer zapallitos rellenos; y "*cómo se hace, señora*", y "*así y asá*". Y el chico escucha, y después va a saber hacer zapallitos rellenos. Porque miren ustedes, el muchacho no sabe zurcir una media, y se tiene que ir a la Patagonia, porque le han dado un puesto en la Patagonia, y tiene que gastar la tercera parte del sueldo en medias, porque las rompe y tiene que comprar otra. Qué me dicen ustedes.

Entonces, miren que esta lección ha sido muy importante para la crianza de los niños en general. Los que tienen la felicidad de tener fondos y

quintas, que los niños chapoteen en el agua, que jueguen con tierra y con barro. No todo el día, un rato. Y comprarles cosas de carpintería. Que hachen leña. El niño necesita de esas cosas de ingenio. Hay que ver la inteligencia del niño cómo se agudiza, cuando tiene en las manos un serrucho y un formón, y tiene que trabajar la madera y hacer alguna cosa; ¡y uno se siente artista!

El perfume de la madera es hermoso. Es algo que incita al trabajo, que estimula. Por eso San José fue carpintero.

Los que puedan, y los que no puedan que se ingenien, que el niño esté en contacto con la naturaleza. Hacer sacrificios los domingos, no ese recurso fácil de mandarlos al cine. Váyanse al campo, si pueden.

Después, combatan como un signo de maldición el ideal de comodidad; de que la comodidad es felicidad. La comodidad es ruina, es quedarse estancado en el sitio en que se está. La felicidad se alcanza por esfuerzos intensivos, y la posesión de la felicidad es el fruto del trabajo intenso. Cuando yo he visto que mediante mi trabajo he cambiado una cosa, yo soy feliz. Uno se ha irradiado: ha hecho comunicación de belleza a las demás cosas. El juego debe ser sobrio. Una com-

pensación, un descanso, y una recompensa de un día de fatiga.

XII

DESEO Y NOSTALGIA

*En resumen, he descubierto esto:
Dios hizo recto al hombre, pero
ellos se buscan muchas complica-
ciones.*

(Eclesiastés VII-29)

Entonces, han entendido bien esa necesidad que tiene la naturaleza humana y el ser humano, de la naturaleza ambiente.

Nosotros no terminamos en nosotros mismos. Nosotros somos la cabeza de todo el mundo sensible, y la cabeza está llamando a los miembros, y los miembros a la cabeza; y vemos el error de Renacimiento, cuando se decía que la naturaleza

era dura y había que vencerla. A la naturaleza hay que entenderla: es algo tan bello, y tan sabio, y nada de lo hecho por el hombre, puede compararse con sus perfecciones. El follaje, las montañas, las estrellas, el agua, los resplandores todos de la naturaleza dicen al hombre.

Europa es el ambiente feliz; es un continuo bien proporcionado al hombre. Las partes que yo he conocido no tienen zarzas, ni hay hierbas espinosas. Lo que yo he conocido. En la Provenza, en Francia, hay un bosque de pinos, por ejemplo, algo precioso, y en medio, se encuentra uno de golpe con un pradito de lavanda. Es algo que sorprende tanto, y que encanta tanto, este prado de lavanda en medio de los pinos. Los follajes de Francia son como espuma, como encajes y uno siente la necesidad de un apoyo en líneas profundas. En Francia no hay puntos profundos, en Francia prevalece el aire, por eso el francés es nervioso.

Y bien: dijeron que la naturaleza era dura, que era hostil al hombre, y que había que preservar al hombre entonces, han hecho precisamente lo contrario: el medio ambiente del hombre actual, es medio ambiente de acero, cemento, gases y chirridos espantosamente diferentes. No sé cómo soportamos estas cosas nosotros, es una prueba

de la facultad de adaptación de la naturaleza humana. Y quien más padece este sistema de cosas, son aquellas criaturas más íntimamente ligadas a la naturaleza, que son el niño y la mujer. La mujer no sabe por qué está exasperada y es porque le están lijando los nervios. Que el apogeo del mal cuesta. Esos camiones radiales, esa música espantosa; después dicen que el pueblo y la gente está adaptada al arte. Ya ven cuando el arte cae en manos del pueblo, lo que sucede: ese ruido horroroso.

Saquen una gran lección de todo y respeten mucho al arte. No opinen del arte, que el arte necesita una gran preparación. ¡Ese principio de la democracia que el hombre nace preparado para todo! No. Nacemos informes, y lo que nos da plenitud humana son los hábitos, y los hábitos se desarrollan por virtud del esfuerzo humano. Cuándo crece la humildad: cuando se hace un acto deliberado por aceptar una humillación y superarla; y superarla, ¿entienden? Cuándo va a crecer mi arte, ¿Cuándo esté todo el día tocando acordes? No, cuando yo piense un poquito por qué son así esos acordes. Lo mismo la pintura, no basta estar todo el día con los pinceles y los colores, sino profundizar el sentido de la pintura; vale decir que voy a adelantar sólo cuando me estruje un poquito el cerebro. Así que ya ven.

Pues bien; vuelvo a nuestro tema. El hombre ha pagado caro la soberbia de creer que iba a adaptar la naturaleza al hombre, lo que provocó ese desprecio a la naturaleza. Por una parte, la soberbia de creer que iba a mejorar a la naturaleza, y por otra, el desprecio a la naturaleza. Miren cómo el Señor no viene con una espada a matar al inicuo, sino que opera a través del inicuo. Miren las profecías de que el inicuo iba a estar en un desierto, y que las aguas iban a pasar y no iban a ser para él. Es lo que pasa; el hombre se queda solo, no tiene más que unas cuantas glándulas. Todo se ha aislado de él. Las flores, las plantas, y la naturaleza toda se ha aislado de él. El hombre se ha envuelto en gases, en acero y en cemento para matarse a sí mismo. Dios no tiene que moverse para que lo venguen. El hombre mismo lo venga a Dios. Y la mujer y el niño son los que más sufren.

La mujer es el resumen de la naturaleza, y de ahí esa fascinación que siente el hombre por la mujer. Las que tienden ante él sus encantos, están satisfaciendo desbocamientos. La psicología del pecado es algo muy profundo y muy embrollado. San Agustín dice que el pecador está buscando a Dios. Si fuera verdad que el hombre es pura carne, ¿por qué no se satisface con las cosas de la carne tal cual es? Las estruja, las retuerce, porque está buscando a Dios; por eso

desgarra las cosas de la tierra. Pobre la mujer que se deja convertir en un ídolo por el hombre: después se le va a pedir cada vez más, que sacie, y que sacie.

Por qué no toma un vaso de vino, sino que quiere tomar tres; y cuando toma tres vasos, quiere tomar diez litros de vino. Un pobre hombre, que yo veía que se perdía poco a poco, y yo una vez le dije lo que le iba a pasar, me dijo: "Pero, Padre, ¿no ve que yo ya me hubiese tomado diez litros de vino?, ¡ya!"

La naturaleza es muy embrollada. Y el hombre por la libertad que tiene, la complica más. Se vuelca aquí, se vuelca allá. Quiere saciar sus apetitos de felicidad en las cosas de la tierra, y no se conforma con las cosas de la tierra tal como se le dan, sino que las empiezan a retorcer.

Y por qué el hombre, entonces, se vuelca tanto en la mujer; y si la mujer se aparece vestida con un traje lleno de florcitas, parece un prado, y el hombre siente la nostalgia del prado, ¡y bueno! Es una cosa evidente. ¿Entienden esto?

El hombre apetece el infinito, pero como tiene su libertad, va a donde él cree que hay esas perfecciones; y la mujer, ve una ansiedad en los ojos del hombre, y empieza a variar, y variar eso. Y

hoy es un crepúsculo, y mañana una noche llena de estrellas. Claro, una mujer de negro, con collar de perlas, parece una noche estrellada. Y una mujer vestida de blanco es una sugerencia de inocencia. Y al hombre le gusta la inocencia, aún al más corrompido.

Por eso los más pícaros quieren tanto a los niños: están devorando a los niños, porque ven en ellos la inocencia. Eso lo dice Chesterton, no yo. Esos ojos y esos labios no están manchados. .

Ustedes ven cómo un gran pecador regala una flor, y más propio sería que regale una cosa inmunda, ¿no les parece? Pero regala una orquídea, por ejemplo. Nada menos. ¿Y hay algo más delicado y puro que una orquídea? ¿Se dan cuenta, la filosofía que hay que hacer de las cosas vulgares? Y un brillante es un resplandor de la gloria. La gloria es resplandor de la perfección, y el brillante es una imagen de eso. Es algo notable. En el hombre hay un apetito por esas cosas eternas. Cuando no las posee de verdad, las posee en la representación de ellas. Y entonces se manifiesta ese apetito ingénito del hombre por la naturaleza.

Ese trozo de Evangelio en que Dios hace la ponderación de las plantas y de las aves en el cielo, es el trozo más hermoso, de una gran poesía, ¿no es cierto?: Hombres de poca fe, por qué os preo-

cupáis de cómo vestiréis y con qué comeréis. No veis los lirios del campo y las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni guardan en graneros, y nuestro Padre Celestial las alimenta. Los lirios del campo, que ni Salomón en el apogeo de su gloria se vistió como una sola de estas florecillas, que hoy es y mañana deja de ser.

Nada se compara con las flores del campo. El hombre quiere imitarlas y ustedes ven lo que hace. Yo miro una flor artificial y ¡uf!, ¡bueno! Y la imitación mármol, qué cosa horrible. Tiene una gran razón Paul Valéry cuando dice: "El hombre quiso hacer una pierna y le salió una rueda". El hombre quiso hacer ese sistema de palancas tan maravilloso, y quiso imitar eso, y le salió una rueda. No queramos imitar nada, porque somos el mono de Dios. El hombre quiso imitar un águila y le salió un avión, ¿no es cierto?

Entonces, ¿me han comprendido bien? Tengan esa bondad por los niños: hagan sacrificios por llevarlos al campo, todos van a salir ganando. El campo es una cosa, pero no la profanación del campo que son los "piquiniquis". Va el hombre al campo, a profanar el campo: dejan un tendal de latas y papeles, todo sucio, todo profanado.

Cuando quieran ir al campo, no vayan a los lugares "oficiales". Yo tenía ese afán anárquico: cuan-

do me decían en Córdoba: "*vaya a tal lugar, es precioso*". Yo me iba a otro desconocido, donde no había tanta propaganda de "Geniol", y qué sé yo.

El niño que ha podido recibir el sol, que ha podido empaparse en el vaho de la tierra húmeda, que ha podido chapotear el agua, va a tener una gran defensa para los estragos de mañana. En cambio, ese otro que ha nacido y ha vivido entre paredes grises, van a ser posibles en él todas esas teorías más ásperas y más sombrías. En el golfo de Grecia, o en la Provenza, o en Castilla, nunca podrían abrigar las teorías de comunismo. El comunismo nace del çhirrido de las máquinas, del humo y de la hulla, como los mineros de Inglaterra, que trabajan bajo la tierra, que ni siquiera ven el sol. En cambio, la vista de las aves y de la naturaleza, ¡qué distinto!

Estamos repasando todo lo que dijimos la semana pasada. Después hablamos de que las madres tienen que cambiar en ellas el sentido hedonista de la vida, de que la felicidad está en el placer. Esa idea existe aún entre los mismos cristianos. Cristianos que están rezando el Padrenuestro, y son paganos, y malos paganos. Bien. Hay que combatir ese concepto hedonista de la vida, que nos hace pensar en la comodidad como en el ideal supremo de felicidad. Miren que es el imperativo del mundo moderno. ¡La comodidad! La

comodidad relaja las fuerzas físicas y las fuerzas morales. De una persona que está hasta las diez de la mañana en la cama, no se puede esperar nada. Será pasto. Porque su sangre será agua y servirá de caldo para graves microbios.

Ahora, cuáles son las derivaciones de este sistema hedonista; ese afán de juego que se permite al niño, y ese horror del trabajo. El trabajo es lo que nos capacita para la felicidad. Ahora, no el trabajo al servicio de valores falsos, y ese trabajo que tiene por afán la comodidad y el dinero: de volverme loco como corredor de comercio, por ejemplo. No sacrificar ni dilapidar mi vida, en ese afán desmedido por conseguir algo inmediato. Me refiero a ese trabajo profundo cuya idea hay que desarrollar en el niño, acostumbándolo desde pequeño a que trabaje.

A las niñas, no cuesta nada. Porque cosen, y lavan, y limpian. Cuando son muy chicas, se les dará que sequen cubiertos y después ya se les podrá confiar el lavado de una cacerola, etcétera, etcétera. A los varones es más difícil pero hay que condicionarlos al trabajo. Porque después estarán en una carpa, y tendrán que zurcir medias, y cocinarse unos huevos fritos y papas fritas. Otra cosa es tenerlo al niño al lado de la mamá, y después el niño sepa todas esas cosas femeninas. Un justo equilibrio.

Una solución es el trabajo físico, pero ya sabemos que es estéril; entonces que hache leña, que carpintee. Que se canse bien el muchacho, que llegue rendido a la cama, que se eche en la cama y al instante esté dormido y roncando. En cambio, esos chicos que están leyendo revistas, oyendo radio, llegan a un estado de excitación a dormir, que se desvelan. Y los chicos que van al cine, después toda la noche pasan desvelados por las cintas de episodios, no pueden dormir. El niño debe trabajar.

En Europa hay otra técnica muy distinta. Yo me he quedado asombrado en Europa cómo un chico de dieciséis años era capaz de una técnica filosófica prolongada.

Claro que a un ambiente no se lo puede cambiar en dos días. Pero ustedes lo pueden hacer, no en una forma violenta, sino con una gran adaptación en los métodos, de manera de no chocar, pero ir con paciencia: se sugiere una cosa cuando se ve resistencia, se deja y se vuelve a insistir después.

Bueno. Qué vamos a decir de las madres que dan a los niños la revista, la radio, el cine. Esto es dar angustia a las madres, porque es lo que ofrece el ambiente. Llevarlo al campo es difícil, pero yo no

puedo callar el mal que le hace eso al niño. Esos niños crecen imaginativos, sombríos.

Hay alguien. Alguien, con mayúsculas, que tiene interés en todo este alboroto ambiente. El demonio sabe que el ruido idiotiza al hombre, y lo ha conseguido. Al hombre por sí solo no se le hubiera podido ocurrir esto. Claro que no, hay alguien que le está soplando todo. Yo le estoy tomando un respeto al demonio, porque he descubierto que es taimado y duro y sutil. Que está rondando como rugiente león y no necesita dormir; que puede estar todo el día pendiente de nosotros. Él sabe tentar a los que ya están. El alma que se escapa, la tienta con las cosas más imprevistas. Al alma santa no la va a tentar con las cosas groseras: entonces trata de hacerlo por otros medios, un renunciamiento, en fin, mil cosas de lo más sutiles. Miren si no es él, el que ha tratado de que no se pueda escuchar a Dios. Y a Dios se lo escucha en el silencio. El silencio es una cosa surcada por los sonidos más diferentes, y por las cosas más entrañables. Y todo eso se alborota por Alguien que está junto al hombre. Y todo esto, se ve en esas naturalezas tiernas que están en el punto de partida, que tienen todo un caudal intacto, o casi intacto.

Al niño no le permitan más que una revista a la semana, y buena, y si es posible, en colores.

[...] El niño tiene una imaginación tan vasta, que ya él lo hace todo. Que todo sea de buen gusto. Y eso: libros bien ilustrados en colores. Tengan cuidado con las sombras; que al niño no se le desboque la imaginación, y quiera una revista, y otra revista. Una a la semana basta.

Sobre todo, cansarlo. Toda la mañana, al trabajo. A la mañana no se debe permitir que juegue. Nada de juegos. ¿Han visto los chicos que juegan todo el día? Pelean como locos, porque ya están hartos. Todo se agota. Así que, a la mañana, el trabajo y el estudio. La primera parte de la tarde, también trabajo; recién después del té pueden jugar un rato. Se empieza a los cuatro o cinco años, o antes.

Ante todo, por lo menos al varón, exigirle que se sirva él, que no tenga sirvientes: "*A ver, alcanza-me un vaso de agua*". "No, te lo sirves tú". Es un principio nobilísimo, que el servicio sea para la casa y para la comunidad del hogar; la comunidad doméstica. "*Vaya a buscarme el diario*". No, señor. Que no abusen de la hermana, porque después abusan de la esposa.

¿Me permiten la palabra?: ustedes han sido, al fin del siglo pasado y en los comienzos de este siglo, unos carneros. Estaban convencidas de que la virtud en la mujer, consistía en ser una

buena ama de casa y tenerlo al marido como un ídolo, y servirlo al maridito y a los hijitos varones. Yo siento indignación por esa matrona que estaba ahí limpiando y lustrando, pendiente del hombre, y él tal vez tenía un harén en toda la ciudad. Al hijito varón lo menos que le pueden exigir es eso: que se haga sus cosas, que no le esté pidiendo nada a la mucama. *"No, mi hijito. La mucama es para la casa y no para usted"*.

Esos chicos que están absorbidos por la escuela, sobre todo los que van a los salesianos, que tienen siete horas, que hagan bien los trabajos de la escuela, que lleguen rendidos a la cama. Y en las vacaciones, se los hace trabajar.

Pero cuando estudie, sobre todo la niña, que no sea esa extranjera, no; cuidar que tenga relación con las cosas de la casa. Y cuando más se aleja a la mujer de las cosas de la casa, más le gusta el matrimonio, porque cree que el matrimonio es para que la mimen. En Buenos Aires se dan esos casos: chicas que del Normal han pasado a la Universidad, que nunca han hecho nada, y no saben lo que es lavar un plato, y están locas por casarse.

Y para terminar este tema: del cine, claro, a los chicos no se los puede privar por completo, pero cuidar de que todo sea moderado. Las cosas más

artísticas del cine son los dibujos animados, cuando son buenas.

Vayan cambiando ese concepto de que la felicidad está en el juego y tengan a los niños en la disciplina del esfuerzo.

Tratar de evitar las cosas que exciten la imaginación y que su aspecto sea pobre, sombrío, mezquino. Digo pobre en el sentido de falta de calidad no de falta de dinero.

Y la próxima vez hablaremos de otro punto muy importante: las vocaciones.

XIII

VOCACIÓN Y DINERO

El que ama el oro nunca podrá ser justo, y el que se va tras el dinero pecará por conseguirlo.

(Eclesiástico XXXI-5)

En las dos últimas reuniones, hemos hablado de este punto tan fundamental que es, nada menos, que la aversión que se tiene al trabajo y el concepto de que la comodidad se identifica con la felicidad. La felicidad se alcanza al cabo, en una vida de esfuerzos. Es una maduración, un apogeo interior, que nace de nuestra voluntad. Confundimos frecuentemente el crecimiento del cuerpo con el crecimiento de todo ser humano. El alma crece sólo por esfuerzos intensivos. Una

persona de sesenta años, puede tener el alma pueril e ingenua de un adolescente de dieciséis años.

Vamos a entrar en otro punto importantísimo, en otro problema que aparece a los padres en esta edad de los doce a los diecisiete años, y es la vocación de los hijos. No estén tranquilos: se habla de que estamos en la era de la libertad, y no es cierto. Libertad para la criatura vulgar; pero libertad para el hombre, no. Está viviéndose una atmósfera enrarecida y extraña al auténtico ser humano. No se reconocen los verdaderos valores del hombre: se tiene por patrañas cosas nobilísimas.

El que quiera ser corredor de comercio va a encontrar un campo facilísimo, y el que quiera ser vendedor de alpargatas, también. Pero el artista y el filósofo, el verdadero hombre, ése no. Y créanme que me he encontrado con ese problema de angustia: muchachos magníficos que se han encontrado en esto: "*y a dónde voy, Padre*"; y a dónde van... Tengo que darles la razón. Van a encontrarse con su desolación y su desgracia.

Madres actuales y del futuro: tienen que tener un concepto mucho más amplio de la vocación. Al niño se le puede decir: "*qué lindo es esto, qué bello es aquello otro*", pero nunca decirle "*quisiera*

que fueras esto"; por el ascendiente que tienen las madres. Nunca decirle: *"me gustaría que fueras médico"*.

La vocación se va a insinuar quizás, despertada por tales o cuales circunstancias. Un hombre que nunca ha leído un libro de poesía, no puede saber que tiene disposición a la poesía.

Hoy se han resumido los oficios y caminos del hombre, a seis o siete cuando más. Que si no es ingeniero, tiene que ser médico, y si no es médico, tiene que ser abogado; las diversas ramas de la ingeniería, el profesorado de tal o cual cosas. Cómo conciben ustedes una humanidad hecha de abogados, médicos, e ingenieros.

Es que la mentalidad burguesa es muy estrecha. Miren que en los tiempos de nuestros abuelos, el médico se hacía riquísimo porque no había más de uno. A un médico de aquella época, se le pagaba con un terreno en Belgrano, porque había curado de una indigestión a un chico. Sí, tranquilamente le daban un terreno en Belgrano, o en Saavedra; miren lo que cuesta hoy en día un terreno. Y el médico tal vez no lo quería, no lo aceptaba al terrenito. Y, claro, él era un filón de plata, y quiso hacer a todos sus hijos médicos.

No hay nada peor que alguien violentado en su vocación; es algo nocivo a la sociedad. Es un

desastre un médico malo. Se muere de hambre; y hace una cantidad de componendas asquerosas para ganar unos pesos. Pero el papito y la mami le dijeron: "*¡Ah!, me vas a dar una gran alegría si tú te haces médico*". Eso sí que es despotismo, es desorientar una vida para siempre, ¡para siempre! Es hacer al hombre nocivo y frustrado.

Por qué se comete tanta injusticia en el campo de la justicia humana: porque hay tantos abogados que tienen vocación, quieren cumplir con la justicia, tienen un gran amor a la justicia. Cómo el castigo está en el pecado, ¿no? Como vieron que el abogado se hacía rico, ya no pensaron que es el hombre el que se hace rico; creyeron que es la carrera la que nos hace ricos; y bueno, a estudiar eso, había que ser abogado para ganar mucho dinero.

El dinero debe ser un medio, no un fin. Cómo coquetea el dinero con aquellos que están tras de él. Rascan las piedras ya, porque se adaptan a las más bajas humillaciones y claudicaciones por unos pesos. Créanme que el dinero es una cosa tal, que él viene a las manos cuando menos lo buscan. Yo le decía a un chofer: "*Miren, por todo lo que hagan ustedes, van a vivir rascando las piedras, porque están buscando frenéticamente al dinero. En cambio yo, que me he reído y me he burlado de todas estas cosas, que no me importan*

un comino, miren todo lo que tengo. Ahí está". Así se paga esa idolatría, que es una auténtica idolatría de todos los días: "el dinero es necesario y el dinero me va a traer la felicidad". Y los padres, siguen con ese criterio: "Seguí esta carrera, hijito, porque esta carrera es muy lucrativa".

Pobre la mujer, que siempre fue violentada en cuestión de vocación. Nunca se ha tenido para nada en cuenta la vocación de la mujer.

En los tiempos míos, en aquellos tiempos del organito, en que los verduleros cantaban muy bien por las calles umbrosas de Belgrano, todas las niñas tenían que bordar y tocar el piano. ¡Pobres las visitas! *"Vení, Elenita; van a ver cómo interpreta de bien a Chopin"*. Y tenía que tocar el preludio de Chopin. Cómo sufría uno. Y en la lejanía, quedaba bien esas cosas de Chopin, en las lejanías, como en las noches de La Rioja quedan bien los aullidos de los perros a la luna, y la sinfonía de los batracios. Claro, es así; los pianos también en medio de la sombra de los árboles, esas notas cristalinas, daban una cierta luminosidad a las sombras. Pero ya aproximarse a uno de estos pianos, y tener que soportar media hora, uno sudaba. Los dedos trabados y la música precediendo siempre a los dedos. Los dedos llegaban siempre tarde. Qué cosa tremenda. Claro que

había una chica que tocaba maravillosamente, pero, no quiero exagerar, entre cien, una.

Y ahora, la violencia que se hace a una chica que no tiene vocación al estudio, y que "tiene" que estudiar, y que los padres gastan dinero y dinero en una carrera, y la hija su tiempo, en seguir una cosa que le desagrada, y cuando termina, enseguida se casa, y todos los pesos tirados a la calle. El perjuicio es total porque los padres gastan una enormidad, la chica se pone tal vez neurasténica porque la cabeza no le da para eso. Y además, estará mal preparada en las cosas de su vocación: no sabrá cocinar, ni lavar, ni planchar, para mandarla a la mucama después. Porque para saber mandar, hay que haber hecho antes las cosas ¿no es cierto? Porque si no, miren los papeles, si va a indicarle una cosa a la mucama, y la otra sale: "*No, señora, no es así*".

Ya ven cómo eso de poner la felicidad en una cosa, y nada más que en una cosa, prepara el terreno para la desdicha de los hijos. ¡Cómo se violentan las vocaciones por el campo! Así está desolada la Argentina. "*¡Oh no, el campo, no!, mi hijo no va a ir al campo, hay muchos peligros en el campo*". Y en la ciudad, no hay peligros, ¿no? Todavía en el campo se va a formar más, porque se va a dar unos cuantos porrazos en el caballo.

Y si tiene malas disposiciones, va a hacer males en la ciudad y en el campo.

No cuiden al hijito a los veinte años. Cuídenlo cuando está en la primera infancia, cuando está en la adolescencia. Pero no, llega a los veinte años, y ven que no sirve, y quieren tenerlo agrado a la pretina.

Cuando el hijo tenga veinte años, pueden descansar, queridas madres, pueden descansar en un otoño venerable. Si han sembrado espinas, recogerán espinas. Y si han sembrado trigo, cosecharán trigo. Pero si han sembrado trigo y les ha dado espinas, déjenlo, que ese hijo ya no les pertenece.

En el campo se va a formar mejor que en la ciudad, y si es trápala, va a ser mucho más en la ciudad.

"Ah, no, mi hijito, usted tiene que ser médico, tiene que tener un titulito". ¿No ven?, un titulito. Así como es admirable un médico que tiene vocación, porque hay que ver qué abnegación tiene; un médico como Cetrángolo (lo nombro porque ya ha muerto). Era el director del Sanatorio de Ascochinga, y le dijo un día a esa gente, que siempre le estaba haciendo trampa en el régimen, y él celoso, cuidándolos, y ellos jugando, les dijo:

"Bueno, yo estoy harto de ustedes. Son todos unos neurasténicos. Me voy al Hospital Central a cuidar setecientos pobres". Y se cerró el sanatorio de Ascochinga. [...]

Otro médico judío que he conocido, que cada vez que tenía que dar la sentencia a un enfermo, padecía más que toda la familia entera. Era de reírse, ya, porque sufría el drama de toda esa familia. Y abogados, no les puedo decir, he conocido abogados, que cualquier día iban a hacer una concesión a la mentira. Jamás. Ésos son médicos y éstos son abogados. Pero los fabricados por sus papás son unos mediocres, no hacen más que buscar que los honorarios sean mayores que lo que va a cobrar el cliente, la víctima, ¿no es cierto?

Así que les pido en eso una gran veneración a las decisiones del hijo. Observarlo, y no presionar ni imponerle ningún molde. *"Qué lindo es el campo, qué linda es la medicina, qué lindo es el sacerdocio"*. Pero que él dé la palabra. Ahora, si es un vago, que nunca da la palabra, bueno, va a ser un empleado. Entonces, apurarlo, no estar esperando mucho.

Ahora, cuándo se define la vocación de un hombre o una mujer: a los cinco años, a los doce años, a los cuarenta años. En esto no se puede

poner fecha. Pero puede ser de los doce a los diecisiete, más o menos. Hay procesos notables. Las naturalezas normales y las de más potencia, tienen toda una evolución en sus vocaciones. Cuando es chico quiere ser militar, marino, o vigilante por lo menos, pero él quiere tener autoridad. Desde los doce a los quince años, se aficiona a las ciencias naturales: medicina, zoología, botánica. Luego viene la era de la creación, de la mecánica: *"que quiero hacer un barquito y le quiero poner motor"*. Eso es en la edad de los trece, catorce, quince años. Este estadio puede durar mucho. La época naturalista va de los trece, catorce años, a los dieciocho. La época en que absorbe la naturaleza. Y más o menos pareja va, para la inteligencia práctica, la mecanicista. Ahora, si sigue en un desarrollo pujante de su inteligencia, va a venir la época de las matemáticas, y si su desarrollo continúa, viene la de la teología y la filosofía.

La vocación se puede fijar por el crecimiento y por el desarrollo que tiene la inteligencia. La vocación no va a surgir, fatalmente, en tal edad. Cuidado con encerrar al ser humano en casilleros. La mujer tiene que ser pura inteligencia. Tiene que estar mirando al niño, y ver cuándo es maña y cuándo es virtud. Porque un chico habrá estado siempre con una vocación y de repente se corta, viene una crisis. Entonces el padre no

puede tratar en la misma forma al niño que siempre es estudioso, y a este otro que tal vez le vino la crisis por vago y nada más.

Conocí a una familia, un hogar hondamente católico: y la madre estaba siempre con esa pena: *"qué le pasará a mi hogar, que Dios no lo bendice con una vocación"*. Todos eran piadosos, de comunión diaria, pero ninguno tenía vocación; y ella pensaba: *"por qué será"*. Pero nunca decía nada, y miraba con esperanzas a dos chiquillos, uno de doce y otro de diez años. Y uno de los muchachos, de diecisiete años, era estudiante de medicina, y de repente se plantó. El padre, que era médico, no sabía qué pasaba que llegaban los exámenes, y él nada; y un día le preguntó: *"qué te pasa, Jerónimo, que has dejado de estudiar"*. Y él: *"esto no es para mí, papá"*. Nada más. *"Esto no es para mí, papá"*. Y el padre no le dijo nada. Si hubiera sido violento, se hubiera impuesto. Y bien; este muchacho poco tiempo después entraba al seminario, y hoy es un excelente sacerdote. Miren ustedes, y la madre que creía que su hogar no iba a ser bendecido por una vocación.

Y los hijos que no muestran una vocación determinada por nada, tendrán que cumplir ese oficio anónimo de esa masa anónima: ser escribiente, hacer planillas, en fin. Seamos sinceros. Todos los hombres no están llamados a ser abogados,

ni ingenieros, ni filósofos, ni artistas. La humanidad necesita de todo, y todo es bueno a la sociedad. La sociedad necesita un barrendero; y existe el médico, y el sacerdote, porque hay barrendero. Y si tiene vocación para barrendero, déjenlo que sea barrendero. Y es muy noble y muy útil el señor barrendero.

Miren esa edad de la libertad que fue la Edad Media, a qué honor llegaron los oficios. Ahora se quedan pobres los señores técnicos ante los vitreaux de Chartres. (¿Saben quiénes legaron los vitreaux de Chartres? Los toneleros. Está el escudito de los toneleros). Uno ve una catedral gótica y se queda abriendo la boca, porque hacían con las piedras lo que se les daba la gana. Es algo maravilloso, realmente maravilloso. Y un sastre era un buen sastre, porque tenía orgullo de su oficio. ¡Y las campanas! Yo he oído las campanas de Santa María Magdalena, y las oía todos los días, y me quedaba asombrado. Después he oído las campanas posteriores de España, del siglo XVI, y me parecían latas. Dice Wiseman, que un campanero era un músico que sabía componer los sonidos.

Uno ve una sociedad viviente, porque todos sabían dar vida a su oficio. Las calles eran vivientes, no rígidas; esas calles con ventanas aquí y allá. ¡Las calles de Salamanca son algo tan hermoso!

Salamanca toda parece una ciudad dorada. Uno entra en Salamanca y parece un fruto maduro. Parece que la ciudad tuviera olor, es una cosa rara, no sé. Los techos rosados, todo contribuye a esa idea de fruto maduro. Y al llegar al portal de San Esteban, que ha sido una alevosía al arte, pero con suerte, porque es gótico tardío, pero le colocaron un frente plateresco: tiene un arco, y el fondo del arco es lleno de esculturas. "Un árbol", como dice Paul Claudel, "tan cargado que parece que van a caer de él todos los frutos". Y eso parece este arco. Y todo es por el amor al oficio que estaba fundado en una vocación auténtica y no frustrada.

Así que mucho respeto a las vocaciones de los hijos. Y si él no demuestra ningún síntoma, enrostrarlo en esos oficios. Pero no: *"tienes que ser un doctor"*.

Y en el arte, los artistas que no son artistas, sufren de envidia, no saben cómo echar mugre al arte del otro. Una peña de artistas es algo espantoso, ¡uf!, qué cosa atroz; les digo porque las he conocido, antes de ser sacerdote. Ahí están todos corroídos por la envidia, lívidos de ira. Eso en el orden de los artistas plásticos. Ahora, entre los literatos, ya toma otro cariz la envidia: la ironía, la sátira. No hay nada más divertido que un banquete de literatos, pero son saetas que se cruzan

cuando menos lo esperan. Para divertirse, es divertido si uno no viera la materia que se está hiriendo. Primero, cuando viene el agasajado. "¡Te felicito, viejo!", y las palmadas, y cuando pasa un poco la ovación: "Sí, estaba bien pero fallaste en el segundo plano de tal cuadro; sí, ese está para vender, está muy amanerado, muy mani-do...".

Así que les pido encarecidamente en nombre de Dios, que no fabriquen vocaciones. Él tiene un derecho absoluto a elegir estado. Los padres pueden aconsejar, pero deben tener cuidado enorme de no violentar eso. Créanme que en Buenos Aires es atroz el montón de médicos que están trabajando en autos de alquiler, y que están haciendo planillas en la municipalidad.

XIV

RELIGIÓN Y VOCACIÓN

Jesús les dijo: "Siganme, y yo os haré pescadores de hombres".

(San Marcos I-17)

Bueno, comencemos. Hemos tocado, en la reunión pasada, un punto tan importante y tan fundamental no sólo dentro de la familia sino de la humanidad entera, como es el aspecto de la vocación. No puede una madre, por buena voluntad que tenga, no puede decirle a su hijo: *"qué dichosa sería si tú fueras médico"*, o *"fuera abogado"*, o *"fuera sacerdote o religioso"*, porque la madre no sabe hasta qué punto influyen sus palabras en el hijo. El hijo podrá decirle: *"oh, bueno, mamá, dejate de tonteras"*, pero hay una influencia. La

madre debe tener mucho cuidado de sus palabras, porque sí puede desviar al hijo, y hacerlo frustrado y perjudicial a la sociedad. Ese punto no les pertenece a las madres. Piense la madre que ese médico no va a ser médico para ella. No lo va a colocar en una vitrina y lo va a estar exponiendo al público. No. Va a ser un verdadero desastre. Y no digo lo que va a ser un sacerdote que no ha sido por verdadera vocación, sino por influencia de la madre o del ambiente. Eso no pasa mucho aquí pero sí en Europa. En Europa le dan a elegir al hijo: "*¿qué quieres ser: labrador, zapatero o sacerdote?*". "Bueno, me quedo con sacerdote".

Hay que adquirir una gran responsabilidad en este punto. La vocación tiene que depender exclusivamente de Dios. La vocación es determinar a tal criatura a que llene un oficio bueno en el hogar, al lado de la labor que desempeña en la sociedad. No puede haber exceso de médicos. No les puedo decir hasta qué punto el malestar actual es consecuencia de las vocaciones desviadas. Este despotismo ha estado y está a la orden del día en la mentalidad utilitaria que prima en la sociedad de hoy: "*Hijito, este oficio da mucho provecho*", porque se ve el oficio como un medio para alcanzar el bienestar, nada más; en una palabra, un "modus vivendi", y eso es una equivocación básica en la vida, porque va a estar siempre en el

aire. Estará viviendo una mentira, porque ese médico no será médico, y ese ingeniero no será ingeniero, no será nada, será un desastre, sencillamente.

Así que aquello no nos pertenece. No demos destino a los hombres que los destinos están en manos de Dios, de Cristo Rey. La sociedad necesita de hombres congruentemente relacionados unos con otros.

Y si esto no se debe hacer con el hombre, tampoco con la mujer. Esa cabeza que no da para la metafísica, no la metan en el bachillerato. Está bien que ahora la mujer puede capacitarse para la vida, y no tiene que ser como antes, que necesariamente debía casarse para no quedar desamparada; que pueda ella ganarse la vida por sí misma perfectamente. Y si la cabeza no le da para la abogacía, que sea dactilógrafa, o sea taquígrafa; pero no. Me decía el director que van a salir quinientas maestras de la Normal este año y sumen las que van a salir del Santa Rosa, y de los otros colegios, y ya ven.

Pero es que creen que no pueden ser más que una cosa: *"Ah, Fulanito se hizo rico con tal cosa. Hay que estudiar tal cosa"*. No. Fulanito se hizo rico por él mismo. El dinero viene por sí solo; a

no venir por latrocinio. Viene por sí mismo, o no viene nada.

Así que les ruego que graben bien esto. Y si el chico no demuestra vocación, que sea hombre masa. Hombre neutro. Hombre anónimo que no se ha definido para nada, sino que va a ser empleado; y bueno, ¡qué le vamos a hacer! Si no puede ser abogado, que siga secretariado, en fin, cualquier cosa de ésas.

Ahora pasemos a una vocación importantísima, como es la vocación sacerdotal o religiosa. Si se ha hecho violencia de la vocación, en este punto se ha hecho de un modo que clama al cielo. Se ha venido violentando entre nosotros la vocación religiosa en forma sistemática, cimentándose en una idea que nace de la revolución francesa.

La revolución francesa se puede hoy comentar, y ver en sus verdaderas proporciones; ha sido una alevosía del mediocre. Ha sido la entronización del improvisado. Como ellos no vieron lo que había hecho la humanidad antes de ellos, creyeron que había que hacer al mundo. Como no se sabía lo que era el mundo, había que correr la carrera para ir haciendo verdades que no se conocían. Qué injusticia para la humanidad. Así que la labor de los griegos, de una luz maravillosa, la de los romanos, todo eso no era nada.

Había que empezarlo todo. Veán ustedes lo que es la labor del pensamiento. Si hay un filósofo antes de mí que ha encontrado la verdad del ser humano, por qué yo me voy a poner a definir al ser humano. Si ya se rompieron la cabeza los grandes filósofos. Así que ya ven ese sentido de la libertad es una alevosía y una canallada a la humanidad. Fue tal la soberbia, que fomentaron la fábula de evolucionismo. Decían que la humanidad era un mar de barbarie, y que apareció una inteligencia, una luz, que eran los egipcios. Después cayó otra vez el mundo en una gran depresión, la noche del medioevo, y volvió a aparecer esa luz a ellos. Así que ellos eran el siglo de las luces.

Desconfíen mucho de los que se ponen en condecoraciones a sí mismos. Las condecoraciones se ponen después de cincuenta años, y llegan después de muerto. Tengan cuidado con los hombres que ponen su nombre a las calles, a las estatuas, y a las estampillas. Estos decían de sí mismos que eran "el siglo de las luces". Y el desierto, antes de ahí: estaban en una gran soledad, al universo había que empezarlo desde abajo y, por supuesto, Dios no existía. Entonces, qué lugar iba a ocupar la vocación religiosa.

Volvamos al punto de partida: ustedes terminen con ese concepto de que el hombre prehistórico

tenía colmillos de animales, y se comían los unos a los otros. La prehistoria es esa época de la que no hay documentos. Pero no significa que no haya habido grandes civilizaciones. En la prehistoria había hombres que hacían sus ciudades de adobe, que con el adobe se puede hacer mucho, y tenían su arte y su música; y eso no va a dejar rastro. En cambio el hombre que hace su latrocinio en una época sonante y sucia, va a dejar su cabeza estampada en la piedra. Los griegos no nos hubieran dejado nada si hubiesen seguido haciendo sus casas de madera; después, recién, las hicieron de mármol. Los hombres eran nómades, pero los hombres nómades tienen también sus civilizaciones. El pueblo judío era nómade y Moisés era un gran pensador.

Ahora descubren que los egipcios tenían maestros. Aparecen paletas de tocador hechas por otros que no eran egipcios. De tipo cretense. Y miren. ¡paletas de tocador! Las mujeres ya eran coquetas. Era una piedra pulida, con una concavidad en el centro, y ahí ponían malaquitas y se pintaban los ojos. Pero no, tenía justificación eso, porque la reverberación del sol era tan molesta, que esto les servía como pantalla. Los hombres también la usaban.

Bueno. Ya ven cómo hay una civilización alcanzada con esfuerzo, y era algo admirable; y ellos

alcanzaron, lo que no alcanzaron en el siglo de las luces los filosofastros. Todos tenían que hacer su filosofía.

Bien. Ahí nace la revolución nuestra. La revolución de Mayo es liberal, por eso Saavedra hace un papel tan aislado.

Toda la historia es trágica. En la nuestra ha habido dos tendencias, y el interior ha sido devorado por el litoral. El interior está completamente devorado por Buenos Aires, que no sabe dónde va, ni de dónde viene, ni qué hace, ni qué quiere. Les habla un porteño. El contenido de Buenos Aires, es aire. No "buen aire".

Y bien; somos hijos de ese movimiento que quiso convencer al mundo de que en la tierra no había pasado nada, que estaban en el año 10.000 antes de Cristo. Y peor para ellos.

Porque no hay nada peor que el hombre solo: se petrifica y se hace duro, hasta un punto que no hay nada más malo con el hombre, que el hombre. Un autor ruso muestra lo que es la soledad del hombre. No hay nada más duro que el hombre sin Dios. Nosotros no sabemos, porque nosotros estamos respirando a Cristo. Porque todavía queda una mentalidad cristiana, y un ateo se apiada de otro hombre que se está muriendo de

hambre. Pero, cuando el Señor se vaya, entonces el hombre se petrificará. Los rusos, en las estepas, que andan tras los lobos, dejan a los ancianos en el camino porque estorban y les dan, por única provisión, un palo para que se defiendan, mientras puedan de los lobos.

Ustedes lean ese libro de Mansilla: "Una excursión a los indios ranqueles", lo que hacen los indios con el hombre, y sobre todo con la mujer. El hombre cayendo como una manopla sobre la mujer, y la mujer tratando de envolverlo con la astucia porque, físicamente, es más débil.

Entonces, ya hemos visto dónde nace el repudio a las vocaciones religiosas. Pues bien: ¡arrebaten el hijo a Dios! ¡Metan en sus entrañas lo que salió de ellas! Se quedarán sin hijo y sin Dios, ya van a ver.

El hombre es la prolongación de Cristo y la mujer, prolongación de María. Luz y sal sobre la tierra. Cuando se ponga el celemín, las tinieblas reinarán y no habrá paz para los que han tapado el celemín. El pecado está en la culpa. ¡Combatán las vocaciones religiosas cuanto quieran y tendrán el mundo que merecen!

En cambio, ¿quieren salvar esta hora? ¿Quieren salvar al mundo en que viven? acepten de rodi-

llas y canten el "Magnificat", cuando aparezca una vocación religiosa.

Cuando una criatura se entrega generosamente a Dios, todo brilla y se transfigura, así esa persona tenga que ir a la China. Créanme que viene un bálsamo, un poco de cielo a casa. Claro, en forma lenta; porque Dios es orgánico y no puede hacer las cosas de la noche a la mañana. Créanme que he visto hogares cambiados radicalmente por una vocación.

Y no se quejen de que los sacerdotes estén cojos y mancos, y que las religiosas no sean lo que deben de ser: si salen de hogares cojos. No se los puede cambiar si no han tenido una vida de austeridad antes. La cristiandad es una sola, y los miembros dependen uno del otro. Si la savia en ese cuerpo es escasa, qué vocación va a salir de él. En cambio, si ese hogar es virtuoso y ha habido alegría, y no ha estado con la boca pegada a la cosas de la tierra como babosas, qué distintos los hombres que saldrán de ahí.

El heroísmo no es sólo para los religiosos. Es para el hombre. La comodidad es muerte y vileza. El que apetece comodidad, está apeteciendo las ligas que lo van a atar a la tierra. La felicidad no está en la comodidad. La felicidad está en

saber ceñirse y volar. La felicidad es un apetito de cielo, y el hombre tiene que beber cielo.

Tanto así, que el religioso es el que da sentido a esta hora. Es la cosa actualísima, práctica y real. Porque el mundo se hubiera muerto hace dos mil años si Cristo no hubiera dejado sacerdotes al mundo para signar a sus escogidos. Es eso. El mundo iba a desaparecer y Cristo sacó la cara por nosotros. Dijo: *"No, Señor. Yo entregaré mi vida y salvaré al mundo. Así te amo"*. Es la parábola ésa del sembrador: el amo le dijo que la higuera no producía y que la cortara, y él le dijo: *"no, señor, espera un año más y yo haré producir a la higuera"*.

No quieran hacer su mansión en la carne. Si se sustenta a la carne, qué será con una conexión de espíritu. El matrimonio es ahora un sacramento de segundo plano. La virginidad tiene ahora todo su valor en sí. Porque la carne se rebeló contra Dios y Dios le quitó la fecundidad, y ahora la tiene el espíritu. Y quién fue la virginidad por excelencia: la virginidad por excelencia fue la Mujer que hizo un voto de virginidad, ante un mundo en que el matrimonio estaba en primer plano. Esa Mujer, María, fue digna de un Dios. Cuando el Ángel le anunció que daría a luz un hijo, a quien pondría por nombre Jesús, el cual sería grande y se lo llamaría el Hijo del

Altísimo, ella contestó: "Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco varón", y el Ángel le dijo: "La virtud del Altísimo descenderá sobre ti y el Espíritu Santo te cubrirá con su sombra".

Así que es mentira lo que dicen las niñas y los niños de hoy, que para conocer el mal hay que divertirse, que tienen que conocer todo y entonces, empiezan por el mal. Conozcan el mal nomás. Cómo van a conocer el mal, si no conocen el bien. Es como si me dijeran que van a conocer la luz conociendo las tinieblas. Conozcan el bien: escalen las más altas cumbres del bien, y van a ver las profundidades del mal.

Pero no. Continúen violentando las vocaciones religiosas. Como hacían los cananeos, que ponían una ciudad sobre los cadáveres de los niños. Eso es lo que pasa en las ciudades de hoy. En cambio, si quieren que se cumpla la profecía de Ezequiel: Ezequiel, profetiza sobre estos huesos. Y uniéronse los huesos; profetizó de nuevo y los huesos se cubrieron de nervios y de carne. Volvió a profetizar, y apareció la vida y se puso en pie una muchedumbre grandísima de hombres ¿Quieren este milagro en nuestros tiempos? No violenten las vocaciones.

Y tengan cuidado: no la contaminen con las cosas humanas. No los obispados sino el aposto-

lado, el sacrificio, la santidad. Hay madres que les dicen a sus hijos: *"Andá, hijito, al seminario que vas a llegar a Obispo"*.

Los sacerdotes prolongan la acción de Cristo: ese sacar la cara con un amor ardiente diciendo: *"Señor, entrégame la tierra que yo te entregaré una humanidad excelente para toda la Eternidad"*.

XV

HUMOR Y TRAGEDIA

*Un amigo burlón es como caballo
en celo: relincha bajo cualquier
jinete.*

(Eclesiástico XXXIII-6)

Bien. Terminando con esto de las vocaciones, insisto en ese punto: que sí es verdad que conviene que los padres no le sugieran nunca al hijo la idea de: *"tal cosa me gustaría que fueras"*, médico, ingeniero, con mucha más razón no debe decirle nunca *"me gustaría que fueras sacerdote"*. Disponer el ambiente, hacer un hogar santo, fervoroso, pero que nunca le exprese eso, porque una sugerencia en este punto podría ser nefasta: que se confundirá el deseo de la madre con una

vocación, y que después se verá que no había nada de eso.

Esto de las vocaciones es un campo sagrado y mucho más sagrado todavía éste, el lugar de las vocaciones sacerdotales, que se deben exclusivamente a Dios. Ya ven que no me pueden tildar de parcial; pongo las cosas en su punto: no fomentar, no sugerir, pero tampoco combatir. Vocación es llamamiento, y ¿quién nos va a llamar sino Dios?: *"No sois vosotros los que me habéis escogido, sino Yo que os escogí a vosotros"*.

Ahora, y aunque esto tiene más importancia en el período que sigue, es decir de los doce a los veinte años, vamos a tratarlo porque a veces en el niño aparece esta manía, y es el humorismo.

La carrera más espantosa del ingenio es el humorismo, en que todo se ladea para el lado del chiste. Es una cosa terrible y cansadora. No se puede tratar nada seriamente, porque enseguida va a aparecer ese chabacano, ese payaso que va a "poner chispa". No hay nada peor que el ingenioso chabacano que cree que siempre va a agradar, haciendo chistes. El chiste debe estar como un grano de sal. Una broma ingeniosa, oportuna; pero no hay nada peor que el chiste siguiendo al chiste.

Son insoportables los niños que se creen chistosos, y empiezan a ser los verdugos de los compañeros. Del compañero callado, que observa pero no habla, y que, tal vez, va a ser de talento. No siempre, porque eso se puede deber a la mucha timidez, pero el que va a ser de talento, generalmente es callado, y mira, y tiene una idea de lo que es malo y de lo que no es malo. Le gusta hablar, pero sabe que no tiene mucha habilidad en la expresión, y entonces más bien se queda callado. Contra ellos van a estar siempre esos chistosos que los van a estar mortificando. Esos chistosos que son, incluso, fomentado por los padres. Los consienten y los convierten en personas insoportables.

Esto ha hecho auge a comienzos del siglo en los salones de los argentinos: un chiste, y otro chiste, y otro chiste. Es algo que uno termina no sé cómo: quiere que le pase un camión por encima. Es de lo que se burló Carlos Chaplin. Ahí tienen un ingenioso. Se burló de las payasadas que le exigían los directores, y tomó el pelo al humorismo del latino. El humorismo del latino siempre ha sido los golpes, la cosa grosera. Viene, no sólo de España, sino de todo el Mediterráneo. Últimamente tuve que hacer un viaje con un griego, y su conversación eran todo cosas grotescas. Es el humorismo del Quijote. También en Aristófanes se encuentra el humorismo grosero. De Francia

para arriba, para el lado de los ingleses, está el humorismo fino. El humorismo de un Chesterton es algo magnífico. También lo tiene Bernard Shaw y los malos, y tiene valor el mismo Anatole France en la ironía.

Bueno. Así que hay que combatir eso, que es un mal gusto a toda prueba. Y no digamos el papel que hacen esas personas de cuarenta, cincuenta, sesenta años, que creen que la alegría provoca risa; y ése es el recurso de los cobardes para hacer creer que son felices. El gozo no tiene nada que ver con el ruido. Es algo muy profundo. No confundamos los verdaderos valores, con sus caricaturas. Es cobarde el hombre que se cree feliz porque ríe.

Ahí tienen a Chesterton con su filosofía humorística. Tiene un caso que creo que ya lo he citado: Al llegar a una aldea el Padre Brown se da con un hombre que ha aparecido muerto. Y todas las personas están preocupadísimas: "*¿Ven ustedes?, ahí están las pisadas, por aquí subió el criminal: ¿ven?, por aquí escapó...*". Y el Padre Brown averigua sobre la vida de este hombre, y le dicen: "*Es una gran pena porque era el hombre alegre de la aldea, el que más reía y hacía reír; el hombre feliz de la aldea*". Y el Padre Brown sigue observando, y al fin dice: "*No se preocupen, porque se ha suicidado*". "Pero, cómo, Padre, se va a

suicidar un hombre tan alegre; si era el que nos hacía reír a todos, no se le conocía preocupación...". *"Precisamente por eso"*. El optimista es el hombre que está tapando su problema con carcajadas y finalmente el problema lo devora.

El problema engendra problemas. Eso lo demuestra Dostoievski. Dice que la vida de los hombres que no descansan en Dios, se va enredando. Y toma los tipos más significativos de la sociedad, para ver a lo que van llegando.

Ese chico alegre, jocosos, que sabe prematuramente poner chistes en la mesa o en la reunión, y todos se encanta, por una parte está gastando su ingenio y por otra, se está superficializando y está perdiendo toda aptitud creadora para con la vida, y los parientes le hacen un enorme mal en festejarlo. Y créanme que les podría traer casos personales de esto. Criaturas que he visto crecer, que los padres estaban bobos con el chico, que abría la boca y hacía reír a todos. Y ahora son personas trágicas en el fondo.

El humorismo está encubriendo a una persona que lleva un drama en su alma. El humorismo profundo, no vayamos a ese humorismo de pacotilla que no encubre más que un alma insignificante y cobarde. Y cuando el chico es así, decir-

le: *"Dejate de tonteras, ya has dicho un chiste, no digas más, ya estás cansando"*.

Ustedes saben lo que es esa persona que uno se pone a tratar un asunto serio y ella se sale por petenera, como dicen los españoles, y la gente no puede hacer otra cosa que reírse. Quieren creer que hasta a la Iglesia le hacen mal esa gente, porque todo lo están minando: *"Señor ¿por qué se sale de la iglesia cuando están predicando?"*. "Oh, porque yo ya me sé todo lo que dicen los curas, siempre lo mismo, para qué voy a oír...", y todos se ríen.

Miren más: vamos a la profundidad del chiste como algo siniestro: el chiste es una cosa poderosa para disgregar las cosas grandes. Basta que se haga un chiste sobre un pasaje de la Sagrada Escritura, por ejemplo, para que ese pasaje no sirva más: cada vez que llegue ese pasaje, uno se reirá involuntariamente. Así triunfó Lutero. Lutero triunfo por el sarcasmo. Esa es el arma en la política: tomarle el pelo al contrincante. Es algo tremendo. Se dice algo grande, en serio, y aparecen enseguida con una ironía, con una broma, y eso ya no vale más. A un santo se lo puede fácilmente ridiculizar; ustedes saben que lo sublime está a un paso de lo ridículo, así que no cuesta nada ridiculizar lo sublime, tengamos mucho cuidado.

El chiste es un arma peligrosa para echar abajo todo lo grande. El chiste es el rasero del mediocre. Trata de nivelarlo todo con el chiste. Y lo va nivelando y arrasando todo. Y esto tiene su raíz en la infancia consentida y las mamás, creyendo que es genio, lo fomentan. Y hay que ver a lo que llegan las criaturas esas.

Miren que hay una cantidad de cosas alentadas por el mundo que no resisten el menor análisis. Esa alegría del mundo es ruido de los cobardes para aturdirse; no hay nada peor que la carcajada. No costaría nada convertir la carcajada en alarido. El gozo se sonríe, pero no llega a la carcajada.

Pues bien. Este punto me lo sugirió la conversación con una señora que estaba muy preocupada con ese asunto, y es un punto importantísimo en la educación de los hijos. No estoy aconsejando la austeridad, la sequedad, lo sombrío, la retracción; sino que estoy diciendo las cosas como son. No hay nada más hermoso que esa cosa seria que pone su chiste en el justo punto, en el momento oportuno. Si no hay gente más alegre que los santos: se les ocurre cosas geniales, pero así, como un grano de sal. Yo mismo he dicho algunos chistes, buenos o malos desde el púlpito, miren ustedes. Y no me digan que son chistes los que hacen una sugerencia hacia el mal, el famo-

so chiste verde. Hasta el mediocre más mediocre sabe hacer elucubraciones en ese sentido.

El chiste verdaderamente chiste, el que se despliega como un toque de inteligencia, eso lo tienen muy pocos, contaditos. Miren ustedes si hay cosas para revisar y repasar: y tiene que soportarlo la gente a ese humorismo de mal gusto, y a ese otro humorismo que parece ingenioso, y que no tiene otro valor que el de una inteligencia que se ha hecho superficial. Yo les ruego que, por el bien de esas personas, no prodiguen sus festejos y se rían con facilidad. ¿No han visto que cansa la risa nerviosa? ¿Que hay personas que hablan riéndose? Ustedes no se dejen llevar por esa reacción mecánica. Se está en un salón y se ve que la otra persona tiene intención de humorismo, y ya se ríe, porque hay una corriente nerviosa que se comunica de uno a otro, se ríen por reírse y terminan todos hartos. Y se le está fomentando a esa persona un defecto que es grave, verdaderamente grave, porque las criaturas, los seres humanos, se vuelcan en ese vértigo estúpido, y ya no hay control ni dominio de sí mismas. Hay en la mujer un dejo de risa y que es una risa nerviosa muchas veces.

Sí. Bien, entonces, concentremos así: no buscar las risas, no ordenar la conversación al chiste jamás creyendo que eso es alegría, porque la con-

versación y la inteligencia se han vaciado. Conversen porque hay ideas para expresar y si no, no conversen. Si no hay ideas, se escucha. Porque si no habla otro ser humano, hablará Dios. Y callándonos vamos a hacer el papel de inteligentes. ¿No han visto que dice Santiago Apóstol que el que domina su lengua, ya es perfecto? Es una cosa que veneramos a esa persona que habla de manera concreta, que dice lo que tiene que decir; la llamamos directamente sabia, ni más ni menos.

Y entonces, bien. No tengamos miedo de esos momentos que parecen tirantes, en que dos personas no saben qué decir. Quédense en paz, como dos amigos que se conocen, y que están contentos uno al lado del otro. Si no hay por qué entretenerlo al otro, si ya está entretenido, déjenlo en paz. Y ustedes, quédense en paz. Y cuando pierdan esa angustia, esa tirantez, entonces aparece el tema; cuando se quedan serenos, muy serenos, aparece el tema. Porque si no, uno se pone a hablar de que la luna es cuadrada y eso es más aburrido que el silencio.

Y todo esto tiene origen en esa concepción de la vida de que la felicidad es divertirse, y de que la diversión es aturdimiento, y de que el aturdimiento es alegría. La diversión no puede ser

jamás felicidad, y el aturdimiento no puede ser alegría.

La alegría es la satisfacción de una cosa colmada por su bien; pero nunca la alegría puede ser el trabajo de una imaginación excitada de un hombre. Lo que pasa es que ese hombre no tiene ninguna aptitud de esfuerzo para colmar lo que quieren sus facultades, y entonces se encubre con todo ese alboroto que tiene origen en su imaginación, y nada más que en su imaginación.

Y esto empieza con eso niños consentidos, insoportables, que colocan su chiste, porque saben que sus chistes son esperados y fomentados por sus padres. ¡Qué gente aburrida y vacía! ¡Entretenerse con un niño! Más bien sería que el niño se entretenga con ellos.

Así que ya saben, en todo humorismo hay dos tragedias: la tragedia de un alma frustrada que se ha volcado en una cosa externa, o la tragedia de un mediocre. Cuando uno ve personas que ha conocido íntimamente, y las ve que hacen un chiste, y detrás de ese chiste hay toda una vida sin solucionar... Y que ese otro que peina canas ya, está haciendo un chiste tonto.

Y los niños, cómo se farsan, cómo se ensañan con el talentoso, porque la crueldad de los niños

no tiene nombre. Hay chicos de talento, de temperamento delicado; y toda esta cantidad de chicos consentidos y fomentados por sus padres se ensañan con aquellos. La crueldad de los chicos es peor que la crueldad de los animales: empiezan con el débil, a encocorarlo para ver qué papel hace peleando; empiezan a prepararle lazos en la clase, y una cantidad de cosas que ya uno dice, ¡pero adónde estoy!

Es terrible cuando el hombre se asocia. En la medida en que el ser humano se va uniendo a otros hombres, va perdiendo personalidad y conciencia; y las muchedumbres se estimulan en el mal, y no en el bien. Se estimulan en el bien, pero incomparablemente mucho más en el mal. En las aulas uno ve que si hay tres muchachos de esos "ingeniosos", ya el aula está perdida: habrá indisciplina, porque todos estarán esperando el chiste payaso. Y en los recreos, todos detrás del cabecilla, que se ensaña con el que estudia y toma las cosas en serio.

Miren ustedes las madres, qué puede esperarse de ese chiste sistemático. No combato el chiste oportuno, desde que yo mismo, como les dije, lo he hecho desde el púlpito, no sé si acertado, pero como un grano de sal. A ese por lo tanto, no lo repudio, así que no confundan. Yo combato el

chiste sistemático, que forma en el hombre un caparazón que encubre mediocridad o tragedia.

Y de los optimistas, líbreme el Señor, como de los pesimistas. Los dos están creyendo en el bien y en el mal, pero la única diferencia es ésta: que el optimista cree que todo es bueno menos el pesimista, y a ése le tiene odio. Y el pesimista cree que todas las cosas son malas, menos él. En el fondo del pesimismo hay un orgullo tremendo. Y los hace desconfiar de todo: "y todos son malos y todos me han defraudado y todos me han engañado".

Y bueno. Hasta el año que viene si Dios quiere, y si no nos vamos a otra parte, y si no nos morimos. El año próximo vamos a hablar de la adolescencia.

Les ruego que quede de este año, esa cosa tan importante de que a la mujer le toca esa responsabilidad de ser una inteligencia viviente. La inteligencia más próxima a la carne, para convertir la carne en inteligencia. Lleven escrito eso en sus mentes. La mujer es sagrada. La mujer es materia de un sacramento, y toda ella está ordenada a esa cosa maravillosa de continuar la creación de Dios.

Que la humanidad tiene que ser una cosa creadora y si no, la humanidad revienta.

F I N

Fray Mario José PETIT DE MURAT, op





ÍNDICE

Prólogo	7
I Varona y Madre	13
II Fortaleza y Nervios	27
III Dominio y Corrección	41
IV Protección y Ternura	57
V Consentimiento y Abundancia	67
VI Desorden y Precocidad	83
VII Temperamento y Virtud	97
VIII Castigo y Exasperación	109
IX Felicidad y Gusto	129
X Tradición y Moda	145
XI Ciudad y Campo	163
XII Deseo y Nostalgia	183
XIII Vocación y Dinero	197
XIV Religión y Vocación	211
XV Humor y Tragedia	223

